

Beche  
2019

... de ...  
...  
...

Hebe Uhart

# De aquí para allá

...  
...  
...

...  
...  
...

...  
...  
...



Adriana Hidalgo editora

Uhart, Hebe  
De aquí para allá / Hebe Uhart. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:  
Adriana Hidalgo editora, 2016  
184 p.; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-3793-95-0

I. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.  
CDD A863

*la lengua / crónica*

Editor: Fabián Lebenglik  
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina  
1ª edición en España

© Hebe Uhart  
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2016  
[www.adrianahidalgo.com](http://www.adrianahidalgo.com)

ISBN Argentina: 978-987-3793-95-0  
ISBN España: 978-84-15851-90-5

Maqueta original: Eduardo Stupía

Impreso en Argentina  
*Printed in Argentina*

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito  
de la editorial. Todos los derechos reservados.

DE AQUÍ PARA ALLÁ

¿Por qué se me ocurrió escribir sobre los inmigrantes  
indígenas en sus relaciones con el río? Cuando después una  
inclinación, primero la digo y después me pregunto por  
qué. Lo mismo me pasó con los pájaros, que primero  
mecho y después me pregunté por la zona y entonces  
pensé: "¿o que son elegidos y muy vitales? ¿o que voy  
a Acacias y siempre me pasó lo ¿o que que los acacia  
indígenas? Me apuntó a más de una pero también obvié  
por pequeñas aviones azules. En mi viaje anterior  
había ido a Los Toldos, que queda a unos cuantos  
metros de Buenos Aires, allí me una de las cosas que  
con dos Heredia Coliques, además de los estudios  
de las zonas de su comunidad, además de del primer  
capítulo de Coliques y finalmente la primera y única  
clases volaba de Los Toldos. En Los Toldos también  
los apellidos Coliques y Capriles, son médicos, y en  
años, músicos, también. En la plaza del pueblo, hay  
un busto de Coliques. La gente de Llavén, que queda  
cerca de Los Toldos, cuando les viene un desborde de  
llovera dice: "Se volvió el Colique de adentro". Don  
Heredia me dijo: "¿Por qué no dicen 'vuelvo al pueblo  
Desde adentro'?"

## PRÓLOGO

¿Por qué se me ocurrió escribir sobre las comunidades indígenas en sus distintos contextos? Cuando tengo una inclinación, primero la sigo y después me pregunto por qué. Lo mismo me pasó con los paraguayos, me gustaban mucho y después me pregunté por la causa, y entonces pensé: "Porque son alegres y muy vitales". Fui tres veces a Asunción y siempre me gustó ir. ¿Y por qué las etnias indígenas? Yo apunto a mis deseos, pero también obro por pequeños avances sucesivos. En mi viaje anterior había ido a Los Toldos, que queda a unas cuatro horas en micro de Buenos Aires; allí tuve una inolvidable charla con don Haroldo Coliqueo, médico cirujano, estudioso de los temas de su comunidad, descendiente del gran cacique Ignacio Coliqueo, y fundador de la primera y única clínica médica de Los Toldos. En Los Toldos abundan los apellidos Coliqueo y Cayuqueo, son médicos, veterinarios, maestros, remiseros. En la plaza del pueblo, hay un busto de Coliqueo. La gente de Lincoln, que queda cerca de Los Toldos, cuando les viene un desborde de bronca dicen: "Me salió el Coliqueo de adentro". Don Haroldo me dijo: "¿Por qué no dicen 'me salió el pirata Drake de adentro'?"

También en Azul, en el viaje anterior había visitado a Marta Catriel. En una repisa de su living tenía la foto de dos muchachos de unos veinte años, uno indio y el otro blanco, fuertemente tomados de la mano con familiaridad de hermanos o muy amigos, aterrados por el fognazo de la máquina fotográfica (alrededor de 1900). Pregunté: "¿Quiénes son ellos, Marta?". "Son mis tíos bisabuelos." "¿Y el blanquito, Marta?" "Él era hijo de cautivo." Y ahí me formé otra idea de los cautivos, ya que muchas veces se criaban como hermanos o como primos. El gran cacique Calfucurá llegó a tener más cautivos que indios en sus tolderías y de todas esas relaciones, aprendizajes mutuos, ha quedado muy poco registro escrito. Entonces quise saber más de aquellos que, teniendo en cuenta a la mayoría de los países de América Latina, forman más de la mitad de la población. No siempre tienen en claro los mestizos criollos que tienen un antepasado indio, pero lo sepan o no, lo acepten o no, me parece que hay algo propio del criollo que es distinto al inmigrante: este trae las angustias de la pobreza pasada, por eso ahorra para el futuro y pone su dinero en casas. En las sociedades indígenas cercanas al monte o la selva, estos eran más importantes que la casa: el monte era el que proveía alimento, trabajo y diversión.

En este libro cuento la visita a los wichis y a los quom. En Tartagal, me contaron cómo el abuelo le pedía permiso al dueño del monte para entrar (una divinidad). Visité en Resistencia una hermosa escuela con un noventa y cinco por ciento de alumnos tobas, cuyo director, alto

y hermoso, que maneja la misma bibliografía que todos nosotros conoció los caramelos y las malas palabras recién a los nueve años, cuando se mudaron del monte a Resistencia; en la selva no había malas palabras, había palabras tabú. Pero había una gran valoración del silencio, y cuando él llegó a la ciudad, pensó que los chicos de Resistencia hablaban mucho pero sin contenido. Y esa persona tiene su infancia en la selva y su vida posterior en la ciudad, dos mundos. En mis viajes reforcé mi creencia de que este mundo está hecho de mezcla y en todas las etnias que visité encontré lo antiguo mezclado con lo actual; la tecnología está en todos lados. En Oravalo, Ecuador, donde los indios se han enriquecido y han desplazado a los mestizos del centro de la ciudad, se puede ver a una señora con traje regional, sentadita en un rincón manejando un celular o una computadora de bolsillo. Yo ahí me alojé en El Indio Inn, hermoso hotel, muy bien atendido. Los dueños, indios; los empleados, mestizos.

Agradezco a todas las personas de las comunidades porque de todas aprendí algo, son demasiadas para nombrarlas, pero quisiera recordar a Teresa Epuyén, con la que sentí afinidad de inmediato y ella conmigo.

de una ciudad más vieja que los otros y más mal. Era bien poder conocer más que en Vedra la conversación la Ciudad de Cultura fue un momento los edificios de la ciudad de Oravalo, Ecuador. Pero algunos casos eran los que me interesaban. Y había tanta la ciudad de Oravalo, Ecuador. Y había una afinidad por las etnias



## DOS CIUDADES Y UN RÍO

En las costas del río Negro, hay dos ciudades, Carmen de Patagones y Viedma. Carmen de Patagones es la última ciudad de la provincia de Buenos Aires y Viedma la capital de Río Negro. Si uno se sienta a tomar un café en Viedma a la orilla del río, se ve claramente en la otra orilla a Carmen de Patagones, y se distingue cada casa y la cúpula de la iglesia, de modo que la gente dice: "¿Ves? Allá está mi casa". Parece una ciudad de juguete. Allí y acá son muy cercanos, se va de una ciudad a otra en diez minutos y se cruzan de rivera y de provincia a cada rato para trabajar, pasear, comprar o porque se olvidaron de algo. Viedma es mucho más nueva que Carmen de Patagones, de hecho se capitalizó oficialmente en 1900. Tiene el aspecto de una ciudad de la provincia de Buenos Aires, y Patagones, como ellos le dicen, tiene el aspecto de una ciudad más vieja para bien y para mal. Para bien porque conservan más que en Viedma las casas viejas (la Casa de la Cultura funciona en un edificio de doscientos años, refaccionado, era de adobe). Pero algunas casas están ahora como descuidadas, despintadas. Viedma tiene la impronta de una capital, aunque no tiene más de 80 000 habitantes. Los de Viedma van apurados por las calles

de su centro mientras hablan por celular, van con cara de gente que tiene una función. Muchos son empleados administrativos, hay más autos, más ministerios que en Patagones. Eso sí, en las dos ciudades hay muchos perros, hasta en el aeropuerto de Viedma hay uno. Un perro convier- te lo que se llama un no lugar en un lugar. Ahora Viedma es más importante que Patagones, pero en el museo de esta, se ve una pintura donde Viedma era un pajonal, la nada. Y ya Patagones era un fuerte, la otra orilla no se edificaba porque se inundaba. Antes el río Negro estaba lleno de tráfico de barcos, ahora pueden prescindir de comunicarse por agua, ya que por los dos puentes llegan en un periquete. Cuando el día es soleado, se ve el río lleno de remeros. Desemboca en el Atlántico y los de las dos orillas suelen tener casita en la Boca, o sea en la desembocadura. Antes todos los productos comerciales llegaban por el Atlántico, en barco. En el siglo XIX, los pilotos de las embarcaciones y los prácticos de río eran calabreses.

### Viedma

Me alojo en el Hotel Peumayén, justo frente a la plaza, cerca de la catedral. El hotel es modesto pero muy limpio y la gente que lo atiende, muy cordial. Eso sí, el televisor de la habitación, en vez de mirar a la cama enfoca hacia la puerta de salida, de modo que debería verlo parada y levantando mucho el cuello. La señora

que sirve el desayuno grita mucho. A pesar de que es con autoservicio, ella en persona trae una taza anunciando al mismo tiempo lo que está por hacer:

—Ahora mismo le llevo una taza, ¿todo bien?

Y me pongo a pensar que Homero en la *Iliada* dice que unos pájaros graznaban agujerando el deprimido silencio de la planicie troyana. Y sí, estamos al comienzo de la planicie patagónica. Pero a tres cuadras hay una librería, El Quijote, que parece de Buenos Aires, vende que da calambre. Una señora paga muy contenta un libro muy caro y hojeo el título.

—¿Psicóloga? —le pregunto.

—Psicoanalista —me dice con un dejo de vanidad herida. ¿Cómo me he podido confundir?

A dos cuadras, un muchacho me saluda sonriendo.

—¿Te conozco, yo?

—No, pero me gusta saludar a gente que no conozco —me dice.

Muy bien. Toca entrar a la catedral. Hay algo de patagónico en el altar mayor desolado, la bóveda es toda celeste, como pintada de apuro por manos inexpertas, como si a alguien le hubiera sobrado el celeste. A un costado, alguien le reza a una gran imagen de Ceferino Namuncurá, que tiene muchas flores y un reclinatorio.

Los confesionarios están pegados entre sí y se parecen a las cabinas de los locutorios. Frente a Ceferino un enorme cuadro de Zatti, salesiano sonriente de bigotes, también le rezan, parece que ayudaba a la gente y tiene su predicamento. La pila de agua bendita tiene en relieve

algo que quiere ser un chorro de agua y en el centro un pescado de colores, el agua y el pescado parecen hechos en yeso. Ya saliendo, un cartel donde se lee: "Esta catedral se construyó en 1912. El primer templo de 1856 era precario; el segundo se incendió, el tercero se inundó y la inundación afectó los cimientos".

Hay algo de despojado y a la vez de descuido y de invento no sólo en la catedral, sino también en el edificio posterior que se supone fue el espacio fundacional: es un predio enorme y vacío, embaldosado allá lejos y hace tiempo, con yuyos saliendo de las baldosas. Parece un patio de nadie y sin embargo está rodeado de oficinas, una de ellas es un consulado boliviano.

### Carmen de Patagones

Si uno mira hacia el frente, a una cuadra de la plaza, se ve como una meseta con distintos tonos de verde, es el cerro de la Caballada y si se mira a la derecha, está la calle en bajada hacia el río, con sus barquitos. Desde ahí se ve toda la costa de Viedma, la cúpula de su iglesia. El hecho de que la vista del barranco sea tan linda y de que haya un allá tan cercano (si fuera del lugar podría localizar mi hotel), me llena de alegría y seguridad. Son las nueve y treinta de la mañana y este pueblo parece dormir, ¿empezarán el día a las once? Recorro la peatonal hasta que abra el café. En una casa de artículos regionales se lee: "Nuez india adelgazante" y "Llegó Baharat, condimento

árabe". (Llegó, como cuando los alimentos venían por barco.) Y otro: "Hay huevos de campo, fresquitos". Y en el negocio vecino: "Taller de cocina espiritual, entregado desde el alma, Oscar Galván, terapeuta ayurvédico". Y al lado: "Prohibido ingresar con alimentos" (por las dudas, debajo del cartel un pancho y un helado dibujados). Junto a ese local, una casa de vestidos de baile, hay unos zapatos que no parecen servir ni para flamenco ni para clásico, ni para baile árabe, eso sí, parecen abrigados. Por fin abre el café. En un rincón están sentados dos hippies de unos cincuenta años, él con su casaca bordada en oro suave, su pelo blanco y enrulado hasta los hombros y una laptop y ella con su pelo blanco enrubiado, con un teñido hecho en casa, por ella misma, con la firme decisión de que tenga una consistencia de lana, o de algún pasto, para estar acorde con la naturaleza. Tomaron café con medialunas.

### Cosas de museo

Carmen de Patagones tiene un museo todo blanco junto al río Negro. En una de las salas hay una pintura de 1829 donde se ven diez casitas y un gran fuerte, y del lado de Viedma, la nada. Hay también una cueva maragata; llaman maragatos a los españoles de Galicia y de León llegados alrededor de 1780. Llegaron con contratos donde les ofrecían instrumentos de labranza, casa, todo fue una ilusión. Muchos quedaron en San José

(Uruguay). En Carmen de Patagones les dieron carpas y ellos hicieron cuevas, que tenían chimeneas.

En otra pared, pedidos: "Amigo Ruan, hazme el favor de separarme dos chinitas que son para el servicio de mi familia". Y otros pedidos de niños y niñas. Hay también una silla antiquísima que tiene incorporado en el respaldo un cajón con elementos para fumar, este se abre y allí se guarda el tabaco. Está también el retrato de un negro, descendiente de los rescatados por los corsarios. Pero por la calle no se ve ningún negro.

En otra foto, de alrededor de 1880 se ve a los salesianos catequizando a la población indígena: están todos sentados en el suelo, en el pasto, la enseñanza duraba dos días y después los bautizaban. No entenderían nada. Y está el cacique Biguá, amigo del inglés Musters, que escribió el hermoso libro *Vida entre los patagones*. Y bien, Biguá vivió en Patagones. El subdirector del museo es Leonardo Dam, descendiente por parte de padre de alemanes del Volga y por parte de madre de los pueblos originarios. Es profesor de historia, investigador y está haciendo una maestría en Quilmes. Le pregunto por algo que me intriga, el juego de la chueca, que jugaban los indígenas. Me dice sonriendo: "Ah, mi mamá me hablaba siempre del juego de la chueca, es una especie de hockey que se juega con un palo empujando una pelota". Yo lo vi jugar en Pucón, Chile, y en los toldos de Calfucurá se jugaba. Y añade: "Soy docente de secundario, todos mis alumnos tienen ascendencia indígena, vamos al río a buscar palos para jugar".

-¿Y sus alumnos tienen conciencia de que descienden de la población nativa?

-No, no asocian. El insulto favorito es "Qué indio que sos".

-¿Y cómo se relacionaron los maragatos con los nativos?

-Patagones se caracterizó por tener buenas relaciones con pueblos indígenas. En 1857 se firma un tratado importante donde se le reconoce a Yanquetruz toda la margen sur del río Negro.

-¿Y cómo imagina que debió haber sido esto en el siglo XIX?

-No había ruta por tierra de Buenos Aires a Patagones, casi todo desierto de europeos. La comunicación era por barco, que llegaba cuando podía. Unos diez días de viaje. Durante cien años los indios controlaban la comunicación por tierra. Desde Carmen de Patagones se sostuvo a Montevideo por barco con víveres. El puerto de Buenos Aires estaba bloqueado por la guerra con el Brasil.

Leonardo me regala un libro: *Voces del norte de la Patagonia: 1860-1910. Testimonios orales registrados por Emma Nozzi*, y me dice:

-Ella fue el alma máter del museo y en este libro se dedicó a recopilar la memoria oral.

Nos despedimos y me voy a Viedma para leer el libro en el café Sal y fuego que está junto al río, se puede fumar y es un espacio semicerrado, calefaccionado como los cafés de Fráncfort. Aquí se juntan los profesores, intelectuales y notables locales. Es lindo día, los remeros



están en el río, miro la otra orilla y una señora en el bar dice: "Allá está mi casa".

Esos libros de memorias pueblerinas tienen algo que me llega, es cierto que comentan hechos irrelevantes, como el del que se empapó para salvar su caballo, pero algunas de las cosas que comentan, son interesantes, a saber:

En 1827, durante la guerra entre Brasil y Argentina, debido al bloqueo del puerto de Buenos aires, los brasileños llegaron hasta Carmen de Patagones con su escuadra y fueron obligados a rendirse con ayuda de la población y quedó allí capturada una goleta, la Itaparica. Hubo un mar de discusiones que duraron más de un siglo sobre si las banderas brasileñas se devolvían o no, y en el año 1950 hicieron mesas redondas con polémica para determinar el lugar exacto del hundimiento de la Itaparica.

Cuando los brasileños avanzaron hacia el Río de la Plata, los del Plata pagaron a corsarios para luchar, y entre otras cosas tomaron esclavos negros, muchos de los cuales fueron llevados a Carmen de Patagones, se formó un barrio de negros. (Hay un trabajo de la lingüista local, Hipperdinger, donde afirma que en el habla actual de los descendientes de pobladores morenos hay palabras que han sobrevivido y que emplean en la conversación, que por supuesto es en castellano.)

Otra cosa interesante que cuenta el libro de memorias es que durante el siglo XIX se mandaban muchos presos de Buenos Aires a la cárcel de Patagones, como los indios controlaban la vía terrestre, no podían escapar, era una

cárcel de puertas abiertas y les permitían venir con sus familias, muchos se quedaron a vivir allí cumplida la condena.

Otra: en el camino a Bahía Blanca había un árbol grande, sembrado de trapitos rojos, lo llamaban "gualicho", funcionaba como mojón, se decía "de gualicho para acá, tantas leguas". A su paso se detenía la galera y era respetado tanto por blancos como por indígenas.

Otra: había italianos que tenían viñas, galeses como don Jones que primero vivió en una cueva y después plantó cinco mil parras. Los mayores de las galeras, eran negros.

También se cuenta en el libro que una vez saltó tanto una galera, que se perdió una monja por el camino. Y por último, es notable el caso de los hermanos Sosa, cuchilleros notables, a los que nadie se acercaba, y que en el carnaval se vestían de mariposa.

Y no deja de sorprenderme la zona de Viedma-Patagones: aborígenes ricos, maragatos, negros traídos por corsarios, presos sueltos, italianos, galeses, anarquistas.

## El presente

Ana María Grandoso es una escritora local que me invita a comer un asado en su casa, que queda en Patagones. Su marido hace el asado, hay también un editor patagónico y una escritora española que ya ha venido muchas veces al Río de la Plata y ya ha hecho un libro entero con crónicas

sobre Montevideo, con citas de Foucault, Simone Weil, Barthes. Se ve que leemos la misma bibliografía. Al día siguiente ella iba a viajar más al sur, estaba viviendo un tiempo allí por lo que sospecho va a hacer otro libro de viajes sobre el sur del país. Siempre que estoy en el sur, y vale para Tandil y Azul, me pasa algo extraño: dentro de la casa tengo presente que existe el afuera, el cielo y las lejanías, como si no fuera necesario salir porque lo percibo desde adentro. El marido de Ana hizo la casa con sus propias manos y muy bien, y el hogar donde se hace el asado está cerca de la gran mesa donde estamos. El silencio de la casa y el cielo bajo que presiento me hacen pensar en un comienzo, estamos como al comienzo de los tiempos y al comienzo de conocernos. En el baño esa casa tiene un mueble lleno de cuadrículas para poner frasquitos, tubitos, parece un juguete gigante para divertirse los días de mucho frío o de temporal. Empezamos hablando de bueyes perdidos mezclando todo, al estilo Buenos Aires, y Concha García, la española, dice con cierto toque de alarma:

—¿Qué decís vosotros, cómo decís?

Y no es para menos. Es como una alegre conversación de locos que salta del asado al pasado y de este a un llamado del celular. Y cuando le dieron una tripa a Concha dijo:

—¡No, eso no!

Era como si su religión se lo prohibiera. Pero antes, mientras se hacía el asado, le hice unas preguntas a Ana, la dueña de casa. Ella escribió una novelita, *Vamos al baile y verás*, donde habla, entre otras cosas, de Clarisa Namuncurá,

una señora mapuche que trabajó en su casa y en la de sus padres. Venía de una casa en la que había trabajado antes donde la maltrataban y nunca quiso contar a nadie nada de su vida anterior, a pesar de que se lo pidieron tres generaciones. Un día dijo: "Nosotros nos callamos porque con eso nos defendemos, si no nos destruirían mucho más". (Esto posiblemente ante la experiencia de la burla por sus creencias.) Dice Ana: Clarisa decía "canejo" y "la grampa de la puerta", y cuando estaba sola, escuchaba música clásica.

Pero la novela también habla de su abuelo anarquista, de los nombres que ponía a sus hijos: Amor, Libérrimo (Clarisa le decía "el coronel" porque parecía que se hubiera tragado un sable). A Armonía le decía "Evita capitana". A otro hijo el abuelo le puso Luzbel y el cura dijo: "Ahora te vas a llamar Arturo".

Me dice Ana que en junio se hace una ceremonia para el día del aborígen, pero van muy pocos, la comunidad no la registra.

### La etnia maragata

Hay otros escritores, por ejemplo María Cristina Casadei, de origen español. Su casa es una venganza de las cuevas de los maragatos, una venganza discreta, como lo es ella. Es autora de libros para chicos y en uno de ellos aparecen todas las etnias de la zona, un chico blanco maragato, un indiecito y, al final, un chico negro. Su casa es *comme il faut*, está en un primer piso bien alto con su escalera de



barra lustrosa y arriba las copitas de los antepasados, todo en dorado oscuro, como su sensato peinado. Me dice: "Soy maragata, en 1779 llegaron mis antepasados a Río Negro. Se llama Río Negro porque el cacique Negro o Chanel era dueño de estas tierras y le cedió a la corona, la lonja de río cercana a la desembocadura. Al principio la relación fue buena. Los españoles vinieron casados en su mayoría, les prometieron el oro y el moro y no había nada. A algunas cuevas las revestían de seda (eran de tosca y caliza, en el libro para chicos pone en una hasta un piano). Pero había hombres solteros, las mujeres tenían mucho para elegir, una viuda encontraba enseguida marido". Sigue: "Invertimos unos seis meses en relación a los maragatos y otros asuntos. En el siglo XIX había prostíbulos importantes, la madama iba a buscar a las pupilas en un coche de cortinas cerradas. Pero al mismo tiempo fue y es muy importante la influencia de la iglesia; acá hubo y hay una imagen de vestir, tiene su camarín y las camareras le cambian el atuendo según la ocasión, día de la virgen, Navidad, es como una muñeca articulada. En teatro representamos escenas de la historia del lugar. Un episodio: un miembro del concejo deliberante se escapó un día con una mujer, ese hecho fue muy reprobado por la población, pero su proveedor no lo quiso perder porque era buen cliente, entonces le hicieron hacer un curso de moral y ética. Había días de veda en que las prostitutas no podían bajar al pueblo. En 1979 se cumplieron doscientos años de la fundación de Carmen y se hizo un desfile militar en Viedma, acá no lo permitimos. Acá yo ahora acabo de inventar un juego de

barajas con preguntas sobre la historia del lugar, es como el de la oca, avance y retroceso".

En su libro para chicos, *Juan Cruz y Painé*, hay al final un vocabulario mapuche. Como muestra, algunas palabras: *choique* es avestruz; *chau*, papá; *curri levú*, largo río; *yá*, *yá*, *yá*, grito de victoria.

Después me cuentan las malas lenguas que los maragatos de San José (Uruguay) se visitan asiduamente con los de Carmen de Patagones. Los imagino haciéndose reverencias propias de maragatos.

### Ángel Hoehenleitner

¿Cómo es la casa de un paisano alemán? La habitación en que recibe es tan compleja como su apellido y sus funciones. La habitación es escritorio, biblioteca, museo, y él se dedica a la literatura popular, es guitarrista y artesano en sogas. Dice: "Cuando me faltó el trabajo de músico me salvó el de soguero. Trabajo en arreos, recados, en cueros". Fue discípulo de Irma Constrazo, ha hecho recitales en México, Chile, Buenos Aires. Y en ese lugar rodeado de sogas, lazos, con una vitrina donde hay varias guitarras, un viejo baúl, el retrato de su papá a caballo, me acuerdo de Suma Paz, la gran cantante sureña. Cuando uno la escucha puede entender a los sureños, para los que mil kilómetros son como ciento cincuenta para los de Buenos Aires, y cuando pueden, se lo pasan viajando más al sur. Los de Patagones tienen el corazón mirando al sur, como dijo Eladia Blázquez.

Bueno, Suma Paz le hizo una canción a Ángel, se llama "El ángel soguero". Él ha recopilado dichos del sur bonaerense y también cantos. Sobre su mesa de trabajo tiene la correspondencia de Calfucurá con Rosas y Urquiza, hablamos de ello. En esa oficina taller tiene un fogón y me dice: "Porque nos hemos criado con el fuego, en cualquier casa de Patagones forma parte de la vida el hogar. ¿Ha leído usted a Bachelard?". (Me acuerdo del restaurante "Sal y fuego" de Viedma donde voy a leer y a fumar.) En la pared tiene un cuadro de Ceferino, otro del gaucho Molina, baqueano en la invasión brasileña. También tiene un afiche donde él está vestido de gaucho en Santa Rosa, un paisano rubio y de ojos azules. Le pregunto cómo imagina que han sido estas tierras antes y me dice: "Todo era campo libre donde transitaban los dueños de la tierra. No hay que imaginar la tierra como un desierto, era para andarla". Y me recita:

Los piratas de este puerto

Le han envidiado la baquía

De cruzar un mar de pampa

Con el instinto de guía.

Y después de tanta tradición, de sogas y caballos, la señora de Ángel me lleva en su auto a Viedma, al hotel, en un periquete.

\*\*\*

Liliana Campazzo es poeta. Fue librera, ahora es docente, bibliotecaria y tuvo siete hijos.

—¿Siete?

—Ah, pero en el campo es diferente. La primera impresión que tuve de ella es que es un tsunami, se mueve, recuerda, vuelve a moverse, propone y al momento se le ocurre otra alternativa. Me imaginaba los siete hijos chiquitos de ella, uno se cayó, otro se levanta, el tercero se agarró un dedo con la puerta. Me invitó a comer a su casa, prepara a toda velocidad un *omelette*. Su casa está en Viedma, en un barrio de chalets con jardín. Le pregunto por un cartel que vi en Patagones que dice "Fiesta patronal, Jesús y María nos invitan a construir familia".

—Es que en Patagones son muy religiosos, en Viedma, no tanto. Hay rivalidad de una orilla a la otra, los de Viedma los llaman los uruguayos porque se lo pasan recibiendo a los uruguayos.

—He leído por ahí que se hicieron mesas redondas para determinar dónde estaba la goleta brasileña hundida. Este espíritu de análisis moroso, ¿sigue vigente?

—El 7 de marzo es la fecha en que se conmemora la batalla que se libró contra el Brasil, los vecinos se armaron y repelieron el ataque. Una heroína, una mujer, agarró unos uniformes vacíos, los relleno de paja, y desde la otra orilla, se veían como un ejército. Esto fue en 1827. Todavía ahora se sigue discutiendo si eran veinte o cuarenta jinetes los rellenos de paja y en esa misma fecha se hace la danza del maragato y los uruguayos vienen a festejar acá.

-Liliana, si hubo una colonia de negros, ¿por qué no se ven en la calle?

-En Patagones remataban esclavos negros, los usaron después en la guerra contra el indio y en la del Paraguay.

-¿Y vos te imaginás cómo ha sido todo esto a comienzos del siglo XX, por ejemplo?

-Me parece que más lindo que ahora, el río estaba más limpio, yo he llegado a ver en la costanera árboles de enormes troncos, mucho mimbre, mucho junco, todo más agreste.

Interrumpo las preguntas porque el perro se quedó afuera y tengo miedo de que se escape. Le digo:

-Voy a mirar.

-Ah, no, no se va. Quiere jugar con sus amigos.

Efectivamente, estaba en el jardín, jugando con otro perro que parecía una oveja.

-La puerta de calle está abierta.

-Ah, lo más que hace es dar la vuelta manzana, después entra.

Liliana escribe así (de su libro *Yuyo seco*):

Cuando por la ruta tres

Pasa el verano

Y mi ciudad

Se encuentra despoblada

Yo, alondra, caracol,

Hojita al viento

Buscaré una excusa

Para nombrarte

Encontrando

Una flor bajo una piedra

Una piedra bajo una flor

Yuyo seco.

**Calficurá**

Lo que me llevó a mí a Carmen de Patagones fue la lectura de *Nuestros paisanos los indios* de Carlos M. Sarasola.

Me llamó la atención la importancia de la zona durante la colonia, en época de virreyes y en todo el siglo XIX. Carmen de Patagones está a unos ochenta kilómetros de las Salinas Grandes y la sal durante el virreinato era buscada por blancos e indios, se consumía en Buenos Aires y se exportaba a Montevideo. Desde siempre supieron cristianos e indios que esa era una zona estratégica: era una zona de intercambio de cautivos, de pactos, citas, alianzas y comercio. Las Salinas se descubren a fines del

siglo XVIII y los virreyes organizan expediciones anuales hacia allí; debían pedir permiso al cacique para pasar. Había caciques importantes que eran dueños de tierras y hacendados. El río Negro era un centro importante de traslado de muchos indígenas con sus familias, había una red de caminos naturales que llevaban al río. Había caciques ricos, con gran caballada. Y hacia la segunda mitad del siglo XIX, se entregaban las raciones pedidas por los indígenas a cambio de mantener la paz, no malonear (a veces sí los incitaban a malonear en momentos de lucha

política, por ejemplo, cuando Buenos Aires se enfrenta a Urquiza, uno y otro bando no vacilan en provocar rebeliones contra los fortines o lo que fuere. Cuando en Carmen de Patagones se funda un fuerte, se establece un importante contacto entre cristianos e indios. Al principio los indios fueron amistosos con los cristianos, pero dos cosas perturbaron la relación: el establecimiento de poblaciones blancas en la zona (los indios se sentían invadidos por considerar al territorio como propio) y que, hasta el siglo XIX, el derecho de vaquear, o sea de hacerse de ganado propio, permitía que uno pudiera llevarse una vaca como si cazara una mariposa.

Con los saladeros, la carne tuvo otro valor y ya no se pudo salir de cacería libremente.

En 1835 Rosas apoya la creación de la Confederación de Salineros (indios amigos). Y es poco después cuando aparece Calficurá, el cacique más importante de toda la zona sur de Buenos Aires y de Río Negro. Se desplazaba en un área muy grande, tenía contactos con el cacique Saihueque de Neuquén, intercambiaba cautivos que venían de Córdoba, y a veces esos intercambios o pactos regionales de todo tipo se hacían en Azul o Tapalqué (se decía "el Azul", "Tapalqué").

Y yo procuré entonces saber algo más del tema y encontré un libro imperdible: la correspondencia de Calficurá con Rosas, Urquiza y luego Mitre. Su autor es Omar Lobos, es de Ediciones Colihue. He comprobado que en Buenos Aires no lo compra nadie, en Carmen de Patagones, sí.

Y como don Quijote, que iba impulsado por los libros de caballería, me largué a Carmen de Patagones.

## Los pedidos

En una de sus cartas a un comandante de frontera, Calficurá no está conforme, porque los campos que usaba para vaquear le están siendo quitados por los cristianos, y añade que no debe agradecer el envío de raciones, porque estas son en pago del arrendamiento de los campos. ¿Qué pide? Además de lo usual, yerba, azúcar, aguardiente, muchas veces pide una guitarra, cohetes, banderas o tela para fabricarlas, espejos, aguja. Dice: "El tabaco que me manda que sea bueno", y "ron de Madeira porque ese aguardiente me hace mucho daño". Y "una resma de papel y cuatro tinteros y para mí un sombrero de paja que sea fino". Manda las medidas del pie para las botas y pide remedios para su hijo.

Pide también que se los trate bien a sus enviados y reprocha a las autoridades cuando los maltratan, se queja de que unos indios de sus toldos han ido a jugar a la pulpería, y el pulpero les sacó todos los aperos y la ropa, llegaron desnudos. Dice: "Castíguelo a ese pulpero".

En cuanto a los pedidos de bienes, son muy discriminados en relación con el rango de las personas: para unos cristianos que han desertado y los tiene desnudos en los toldos pide ropa como para cubrirse, yerba, azúcar, pero "para mi hijo Namuncurá y mi hijo el platero, un apeto



bueno". También crítica lo que le mandan, dice que le mandaron "una silla bastante ordinaria y unos estribos chicos".

En 1858 pide diarios de Rosario y Paraná, y en 1859 escribe a Urquiza pidiendo noticias del día y hora en que Urquiza piensa entrar en Buenos Aires. En otra carta, pide un almanaque.

Y en una carta al comandante del fuerte de Azul: "Le suplico que me haga el bien de mandar con el portador una cajita de polvos porque tengo los deseos de procurarme una chinita que no puedo conseguirla".

### La consejería

Los consejos son valorados tanto en las tolдерías como en los fuertes y guarniciones. En una carta a Rivas, Calfucurá dice: "Le mando a Cayuqueo y otros, querido compadre, los mando para que los aconseje bien". Y en carta de J. Cornell al cacique Yanquetruz: "Esta vez le aconsejé cristianamente y usted me escribió que había seguido mi consejo (...); siento que usted y sus caciques hayan venido en son de guerra llevando ganados para el lado del Tandil, pero esto ha sucedido porque le han dado malos consejos".

También están los consejos de Calfucurá a su gente, antes de un beberaje, de que se divirtiesen con orden, sin pelea, que guarden los cuchillos y las boleadoras y que los chicos no se loncoreen (juego de tirarse fuerte del pelo). Y añade que lo dice "para que no fueran a

contar por ahí que los indios no procedían como amigos y hermanos".

Y en una carta a Barros, jefe de guarnición, le encomienda a su hijo Vicente "que es un poco dado a la bebida y usted hará el favor de privarlo que no tome más, el pulpero que le dé bebida a mi hijo pagará multa".

### El maestro Larguía

El diario del maestro Larguía que está en este libro no tiene desperdicio. Larguía es un hombre muy hábil para contar la vida de los toldos, y es maestro de Pastor, hijo de Calfucurá. Pastor quiere mucho a su maestro. Pero Larguía es inhábil para las cosas prácticas que le manda a hacer el cacique y, además, un especialista en endurecer situaciones. Carece del don de la persuasión. Se ve que era un hombre de principios férreos porque cuando Calfucurá le ofrece una chinita que está en un toldo, Larguía le contesta que en su tierra eso no se usa (imaginamos la voz estentórea del español). Y el cacique le dice algo así como que es un viejoonso. Pero se intuye la misión de Larguía en el toldo, porque le dice que Catriel ha permitido la entrada de colonos en sus tierras y Calfucurá niega que eso sea cierto. Escribe entonces a un jefe de frontera: "Amigo Granda, también le hago presente que no pueblen Sauce Grande o Carhué porque esos son campos que trabaja mi gente y estoy esperando otros mil indios para establecer en esos campos". Pero

volviendo a la pelea con el cacique, uno se imagina a Larguía drástico, reafirmando su pensamiento primitivo y, cuando ya el cacique cansado, está a punto de pegarle o de mandarlo solo por esos campos de Dios, se interpone su hijo Pastor y llora por la situación. Y Larguía se salva.

Pero Larguía cuenta muy bien cómo jugaban a la chueca, las carreras de caballo, y que cuando Calficurá lo vio a Pastor dibujar un perro y le mostró cómo leía y escribía, le dijo a su hijo "Sargento baqueano".

### La vida en las tolderías

A menudo concebimos a los toldos como lugares estáticos donde se sientan los indígenas a sus puertas. Lejos de eso, eran una usina de actividad y variedad: en los toldos había cautivos, refugiados, visitas y huéspedes de otros toldos, enviados de las guarniciones o chasquis. Calficurá llegó a tener cuatrocientos cautivos que se canjeaban por indígenas retenidos en los fuertes o por algún beneficio. Los cautivos liberados eran usados como fuente de información por los comandantes de los fuertes. La relación de los indígenas con los cautivos era muy diversa. Dependía de lo valiosa que resultara la persona para ese medio. Una persona con habilidades prácticas era muy apreciada, por ejemplo, si era capaz de rumbear, de poner cosas rotas, de leer y escribir o si tenía alguna otra capacidad útil al grupo, por ejemplo, tocar la guitarra. En una carta de un jefe de frontera a Alsina: "El cautivo

santiaguense M. Carabajal dice ser tomado por Payné en la invasión última, tenía toda la confianza del cacique". Del diario *La Tribuna* (1865): "El comandante general de la frontera ha remitido a Santa Fe a un cautivo llamado Polonio Mendoza que había venido a visitar a su padre, cautivado de pequeño, se vuelve a los toldos a cuya vida está acostumbrado".

Y así como es activo el canje de cautivos, lo es de chismes, confidencias y otras yerbas. En carta de 1858 a Urquiza: "Juan Catriel me ha pedido un cautivo, juega a dos barajas, cree que yo lo voy a auxiliar y yo se lo hago creer". Y en cuanto a Coliqueo: "Hermano, estoy tan aburrido con esos indios ranqueles y ese Coliqueo que es un toro viejo que no se le pueden cortar las aspas". Y: "Acá todos los días recibo mil embustes, y hay tantos cuentos que estoy loco de la cabeza".

Pero Calficurá sabe defenderse de los cuentos y reproches; cuando un jefe de frontera lo acusa de haber maloneado, dice que es tal la extensión de terreno en que están sus toldos, que no puede gobernarlos a todos, escapan a su mirada, él necesitaría un chasqui para comunicarse con los que están más lejos. Maneja todos los recursos de un político: la persuasión, la amenaza, el doble discurso, el hacerse la víctima. En otra carta dice en relación a malones: "De todo me culpan a mí". La amenaza, cuando un jefe de frontera le dice "Amigo" (todas las cartas de un lado y de otro empezaban con "Amigo"): "Tengo un refuerzo de quinientos hombres en el fuerte"; como argumento disuasivo Calficurá



responde: "Amigo: Han venido ochocientos indígenas de Chile y debo agasjarlos".

En cuanto al doble discurso y a sus capacidades his-triónicas, una vez aparenta enojarse con Largaúa, que está sorprendido y azorado. Calfucurá le dice, después en privado: "Yo finjo estar enojado con usted para que vean que soy leal a ellos".

### **Volviendo al presente**

Cerca de la estación de micros, a unas veinte cuadras del centro de Viedma, hay unas avenidas asfaltadas que van hacia todas partes. Son anchas y dan ganas de lanzarse por ese espacio deshabitado para ver adónde llevan. Más allá de las avenidas, hay un barrio de casas bajas, de material, todas distintas. En una de ellas vive Teresa Epuyén. En la casa tiene televisor y teléfono, su hija Verónica, celular. Teresa me recibe sentada junto a una mesa grande y tomamos mate. La hija, Verónica, camina nerviosa con su celular.

Teresa me dice: "Yo nací en la meseta de Treneta, la placenta de mi mamá (*coñue*) está enterrada allá. Fuimos nueve hermanos, quedan dos, a mi papá le gustaba mucho chinear, tenía dos esposas y quería tener tres. Cuando andaba queriendo la tercera, mi mamá dijo: 'si quiere tres yo me retiro'".

Se acerca Verónica que al principio está seria y retraída conmigo. Teresa dice:

—Mi hija no trabaja porque es hija de mapuche y el CODESI (Confederación Indígena) no ayuda. Yo soy como el perro cadenero, me llaman para que atienda el corral y después me olvidan (*se ríe*). No, qué voy a guardar rencor, a mí me gusta estar tranquila, tengo cualquier cantidad de gente amiga, ahora está el problema de mi viejo, que está internado, está en diálisis por el riñón. Mi primer marido era ferroviario, vivíamos bien, eso sí, no me dejaba hilar ni que hablara mapuche. Y yo ahora con esta pierna.

—Que te tenés que operar —dice Verónica pasando con su celular.

—Me duele la rodilla pero soy como las máquinas viejas que arrancan andando. La abuela era buena pero brava, castigaba con arriador, mamá también era buena, era muy derecha, decía que había que apreciar a todos, mi papá era más seco. Mamá me obligaba a que la vaya a ver a la abuela, comíamos *sulupe* (tomates rojos), algarrobo, caracú de potro, ciruelo, durazno. Yo vivía en el campo, con cabras, ovejas y caballos, jugaba a hacer corrales para encerrar animales con piedras, hacía casitas.

Verónica:

—A mí juguetes no me compraban, quedamos pobres porque a papá le gustaba mucho el *pulque* (vino).

Verónica se va a vender unos productos por el barrio, que es el de la terminal de ómnibus. Vende cremas, tupperts, portasachets. La casa tiene una cocina-comedor grande, un televisor y un armario de pino con copitas. Hay dos habitaciones más.

—Fui a la escuela hasta segundo grado cuando fui a vivir a Yaminué, cerca de Ramos Mexía. ¡Una helada y una escarcha! Aprendí a leer diarios y revistas y ahora con mi marido estábamos terminando la primaria lo más bien, pero con esto de la enfermedad se cortó. Los dos íbamos a la escuela. A mí me gustaba aprender matemáticas y mucho también dibujar. En el campo ordenaba las chivas, y el perro, qué lo tiró, las lleva solo al brete donde hay que esquililar; no, esquililar no me tocó porque era borrega. Pero vino un gran temporal de nieve, tres meses, y los animales se fueron a campo libre, estuvimos criando a mamadera once corderos guachitos, se llamaban Jabalí, Moro, la liebre, se escaparon, se perdieron, se murieron de frío y de hambre, sufrí mucho, yo jugaba con ellos, me saltaban encima, me chupaban las orejas (...). El hornero arregla su casa y se hace una amiga de afuera y la hornera también, se busca otro de afuera, el gorrión se acercaba a la casa a comer las migas. Cuando fui a Buenos Aires, dos veces fui al zoológico a ver todos los animales. ¡Los monos disparaban de acá para allá!

Aparece saliendo de una pieza Nahuel, nieto de Teresa, de dieciocho años. Dice que no tiene amigos en el barrio, es parco, pero cuenta:

—Estuve en Bariloche, aprendí a juntar leña, aprendí un oficio. No, amigos, no, con los chicos del barrio, buenos días, buenas tardes, nomás.

Cuando Nahuel sale me cuenta Teresa:

—Él tuvo un tema de droga y fue a Bariloche confinado para su reforma. Acá en el barrio hay mucha droga, hace rato que la venden los dominicanos.

Pero me interesa el tema del campo. Me dice Teresa:

—Había un caballo manso, mi mamá me llevaba en las ancas, me ataba con un pañuelo. ¡Qué dolor de panza cuando el caballo galopaba! Y cuando fue el temporal, ataron el caballo con una cuerda, la cortó y se escapó. Ese campo era una reserva indígena y no sé ahora, alambraaron todo, pero yo quiero que me entierren allá. ¡Había un arroyo limpio! ¡Mi papá luchaba tanto por ese pedazo de tierra! Después de ese temporal que se fueron todos los animales mi papá dijo que no nos podía dar de comer y nos repartieron en casas de familia. Me tocó una rusa que me pegaba. No, no podía ir a mi casa porque mi mamá y mi papá estaban en el campo. Me quedé ahí en la casa de la rusa de los doce a los dieciocho años. Me pegó con un jarro de esos grandes y yo le dije al marido que trabajaba como guarda y era muy bueno: “Yo me voy a ir”, porque con ella era para peor. Ya tenía unos diecinueve años y me vio una maestra, me quería llevar a Buenos Aires y dije: “Antes voy a Valcheta a visitar a papá y mamá”. ¡Cuando llegué mi mamá no me conocía! Y después lloraba, me dijo: “Ahora te quedás acá”. Y ahí me quedé.

Entró la perrita y Teresa dijo:

—Ella quedó ciega y le torea a la sombra, tiene mucha paliza de la otra perra.

De una de las piezas viene el nieto más chico, Alejandro, de quince años. Dejó la escuela porque le pegaron y “lo patotearon mucho”. Él respondió y los suspendieron a todos. A él le gusta el reguettón. Teresa no parece inmutarse por el comunicado de Alejandro y

me trae un montón de fotos y unos libros para que vea: “Estuve en Buenos Aires en un encuentro de mujeres indígenas, yo era delegada de Río Negro”. Busca uno donde hay fotos. “¡Me quedé con un solo libro!”, dice. “Me comuniqué con gente de otra comunidad, pero me querían llevar para la parte política y a mí me interesa lo de lo social.”

El libro está lleno de dedicatorias, una dice: “Gracias por su lucha”. Hay fotos visitando Los Toldos en un encuentro entre mapuches de Bariloche, por reclamo de tierras para otras personas; y en otra, está con Sofía, mapuche chilena entregándole plumas de avestruz. Me aclara Teresa que los chilenos no tienen ñandú y que esas plumas son para bailar el *choique*, una danza mapuche. Me dice Teresa: “El *choique* gambetea, se echa tierra con la patita, come todo, tuve uno guacho, ¡qué avestruz, qué compañero! El *choique* deja la pluma que se vende y la carne se hace sobre piedra caliente”.

Vuelve Verónica de su excursión de venta: vendió casi todo y Alejandro, el más chico, nos muestra una foto que tiene en el celular disfrazado de Vicky Xipolirakis, con sus grandes tetas. Nos reímos todos. Después Teresa me trae la foto de la ceremonia de la liberación del cóndor, que se hace en Viedma: traen tres cóndores y los liberan, eso simboliza la alegría del vuelo del hogar de los pichones para que busquen nido nuevo.

Le pregunto a Teresa qué le gusta ver por televisión. Me dice:

—A mí me gusta ver boxeo por televisión.

Verónica dice: “Sí, a ella le gusta, a mí no”, y Teresa dice: —Y cuando mi viejo estaba bien y estábamos mirando, yo le dije: “Viejo, ¿por qué no boxeamos un poquito nosotros también?”.

Alejandro se relajó. Sonríe. Me dice, mientras salimos: —Cuidate.

Y Teresa, con ese tono de ligero mando que tiene la gente de tierra adentro cuando hacen suya a una persona, me dice:

—¿Cuándo volvés?

—Uy, Teresa... no sé.

Me fui a tomar un ómnibus para ir al centro de Viedma. Me di vuelta para mirar la casa y Teresa estaba en la puerta, mirándome.



## EL OBRADOR

A unos doce minutos de taxi del sur de Rosario está el Centro Cultural El Obrador. Está en un barrio de casitas de material, muy decorosas, que corresponden a la comunidad toba, son parte de los tantos que emigraron a Rosario. En él se desarrollan actividades diversas: huerta con plantas de todo tipo, talleres de cerámica y cestería, taller de juguetes no convencionales en madera, y se hacen diversas celebraciones y conmemoraciones. Yo ya había ido hasta allí una vez y salí tan contenta del lugar que quise volver. El centro ha expandido sus instalaciones, aumentó el número de coordinadores y desarrolló una acción positiva para la comunidad. Tienen escuela primaria y atienden a los adultos que no han terminado su escolaridad. El taxista, curioso y respetuoso de la comunidad toba, desconocía la existencia del centro. En una salita con sillas, mesas y estantes, hablo con dos integrantes de la comunidad, Ruperta Pérez y Arsenio.

Ruperta es corpulenta, de rasgos suaves y tiene rulos. Contratan esos rasgos suaves en los que se puede adivinar cómo ha sido ella en su infancia con unos ojos muy penetrantes. Ella nació en el monte chaqueño. Cuenta: "Antes anotaban a la gente con cualquier nombre, García,



Borges, el apellido del que anotaba. Yo no conocía los caramelos, mis caramelos eran el mistol, el chañar, el algarrobo. Hasta los siete años no hablé castellano, cuando llegué a la escuela era un problema, cuando tenía tarea recurría a la lengua materna y después traducía. Mi mamá no me podía ayudar, no sabía castellano, mi papá sí sabía, pero no sabía leer ni escribir. Un solo tío nos podía ayudar en las tareas de la escuela, él había ido al servicio militar. Mi papá nos envolvía a todos en naylon y nos llevaba a la escuela, quedaba a cuarenta minutos de bicicleta y unas cuatro horas caminando. Yo cuando llegué acá a Rosario extrañaba el monte, a mi familia, extrañaba cultivar zapallo, maíz. Y me asustó el apuro de la gente, todos iban tan apurados, yo soñaba con el apuro de la gente. Después me acostumburé, me parece que las mujeres nos acostumbamos más pronto que los hombres, ¿no? Allá en el Chaco mi papá luchó tanto para que las tierras quedaran en la comunidad y acá hasta la fecha, las casas donde vivimos no figuran como propiedad efectiva, estamos en la gestión de la tenencia de tierra. Es porque los indígenas no tenemos personería jurídica, entonces el proceso que se viene trayendo es sobre leyes. Decimos que tenemos derechos como comunidad, muchos de nuestros hermanos están viviendo en terrenos que no tienen propiedad, o terrenos malos. Nosotros los indígenas tenemos la idea de que la tierra no se vende, si alguien deja la casa, que la tome un hijo, un sobrino que la necesite. Y acá para construir hubo muchos problemas, entregaban la casa

sin inodoro, faltaba una pieza y había que dormir en la cocina, nos hacíamos una vivienda atrás hasta que completaran la casa. No, no hay agua corriente. El Centro El Obrador tiene que ver con capacitaciones, para saber nosotros tobas y mocovíes de dónde venimos. Acá hay artesanas y hay herramientas para que el chico se lleve ese aprendizaje, es un saber que se guarda cada uno, hay artesanas, todo es gratis. Acá en el barrio en la primaria empiezan a hablar bien castellano, inglés, pero se pierde la lengua materna. Pero no crea (*se ríe*). Un hijo mío estaba en primer grado y la maestra los cascaba porque eran muy cabezudos y él le dijo *nsogoy* (bruja). Venga, que le muestro mi taller de artesanas”.

Es un espacio grande donde hay toda clase de materiales, artesanas que hacen allí y que traen del Chaco. Ruperta va para allá una vez por mes a ver a sus padres y a traer materiales. Me dice: “Estos bolsos están hechos con botellas de gaseosa y lavandina, con papeles grandes de envases hacemos bolsos, acá se reutiliza todo”. Antes me había dicho: “En nuestros países han pasado muchísimas cosas y los pueblos originarios son los que han sufrido más”.

Y es cierto. Por ejemplo, en 1956 se suprime la Dirección del aborigen y otro tanto pasó durante el Proceso. A partir de 1983 hubo una presencia más activa de las comunidades indígenas, y presencia de las mismas en los cargos de gobierno.

## Arsenio

A Arsenio yo lo conocía de otra vez en que había ido al Obrador. Es un hombre mayor, sin embargo, lo encontré más fuerte, más recio que la vez anterior. Es profesor de artesanías y consejero de los jóvenes. Me dijo: "Yo muchas veces pienso qué es lo que me empujó acá a Rosario y es porque el alimento nuestro, el algarrobo, no había para comer. Talaron todo el monte, el monte tiene miel, tiene algarrobo, tiene farmacia. El monte es una farmacia también. Yo he participado en un congreso de la parte salud de los pueblos originarios, y hemos visto que los guaraníes son muy cuidadosos de la parte salud, llevaron hierbas para mostrar, nosotros no llevamos nada. Mi papá, que cocina todo a leña, no consume sal ni aceite, no tiene colesterol, ni presión ni nada. Yo no terminé la escuela que quedaba a cinco kilómetros de la casa. Tuve que ayudar a trabajar, mi papá cosechaba algodón. La primera palabra que aprendí en castellano es 'regadera'. El maestro me dijo: 'Vení, Arsenio, agarrá la regadera'. Y vi que era un embudo que contiene lluvia. Después en tercer grado, me fui dando cuenta de todo. Allá en el Chaco había una abuela que curaba a los bebés o, por ejemplo, si picaba víbora le saca el veneno. En la pesca la raya también tiene veneno. Cuando se fractura una persona lo entablilla con madera, lo cura, lo lava. Ahora esos poderes se han perdido, se ha perdido casi cien por ciento de la cultura de la comida, nuestros ancestros eran nómades para no agotar a los montes, en invierno se iban a la costa, al río.

"Cuando vino la evangelización, mi abuelo se desorientaba. Cuando llegaron los curas las biblias eran en español y les decían que estaba mal lo que creían hasta entonces. Mi abuelo se desorientaba y decía: '¿Cómo puedo creer en un papel? En un papel escriben cualquier cosa'.

"Otro abuelo contaba distinto sobre la religión, decía que había que creer. En el enfrentamiento con el Paraguay se camufló con el ejército y aprendió a rezar. Ese abuelo entre el Chaco y Formosa tuvo una cautiva.

"A mí, mi abuelo me contaba del padre de la miel, del padre del monte, él se viste de persona pero cubierto de hojas, si te quiere, se deja ver y te ayuda, se te aparece. El padre del río nos da pescado.

"Pero ahora la ideología es muy compartida, acá la mayoría son mestizos de mocoví, de guaraní, y se pierden de la lengua materna. ¿Usted me habla de la escuela del barrio toba de Resistencia? Mi sobrino es celador en esa escuela y yo allá tengo mi casa cerca. A fin de año me voy a vivir allá".

## Tareas e instalaciones

Leticia Kettle es coordinadora técnica del centro cultural y me lleva al salón de usos múltiples. Ahí hay mesas de juegos, disfraces, biblioteca, muchos juegos de mesa, y unos búhos que son piñatas en una ceremonia que hacen durante el solsticio de invierno, para fortalecer el sol, se reúne gente de distintas generaciones, juegan con



el horóscopo chino y circula entre ellos la consejería en relación a los amores, al mal de amores. En la huerta hay hierbas aromáticas y las venden en ferias de huerteros. En 2008 se reunieron los ceramistas, carpinteros, costureras para inventar sobre piezas de cerámica juguetes no convencionales.

Mariela Mangiaterra es psicóloga y coordinadora de la fábrica de juguetes junto a la artista plástica Elsa Albornoz. Me dice: "La fábrica de juguetes es un microemprendimiento de creación, producción y comercialización de juguetes con gente de la comunidad quom y criollos".

Los juguetes son un capítulo aparte. En una gran carpintería dos emprendedores fabrican conejos que andan sobre ruedas, una especie de marioneta que parece una geisha movida por hilos, un camión volcador y una orquesta entera con los músicos, recreando las del cuarenta, que funciona con un motor y luces. Y acá se recicla todo, hay una caja que contenía remedios que funciona como contenedora de juguetes, está el monte con los animalitos, el oso hormiguero, el pecarí, el yacaré. La tapa de la caja se transforma en mesa y encima caben más diez utensilios, el ante, la jarrita y sobre todo la olla, tan importante en la comunidad. Y la perla de todo esto es el ajedrez: se han adaptado las piezas tradicionales al monte toba: el rey es un puma, la reina, una abeja, la torre, una choza, el caballo, un ciervo (el guasuncho), el alfil es un ñandú (*mañec*) y el peón es una tortuga.

—¿Qué actividades desarrolló el centro durante los últimos tres años?

—Talleres de expresión, de hip hop, de computación, de origami, de tejido y bordado. Este año, las cartucheras para la escuela se hicieron acá. Se hacen charlas, pero no de manera formal, sobre la marcha. Se trabajó sobre los cuarenta años del golpe militar, nos reunimos con el complejo astronómico de la Municipalidad y se fabricó un libro gigante en madera donde se contaban historias y leyendas de los quom, y todos los años, el 29 de junio para el solsticio de invierno, hacemos una quema de hierbas; Ruperta la hace y quemamos muñecos y batatas asadas, San Juan es festejo gringo, pero se mezcla con la tradición quom. Se pide que se vaya lo viejo para que entre lo nuevo. Después nos comemos las batatas asadas y se piden deseos. Los chicos piden los juguetes que quieren, pero a veces escriben deseos conmovedores. Un chico escribió: "Yo deseo que mi papá deje de tomar".

Y me voy contenta de El Obrador. En una cita de un libro, leí que una indígena de la comunidad mapuche escribió: "No quiero que me den una mano, quiero que me la saquen de encima".

Puedo asegurar que este no es el caso.

## YO NO SABÍA

Un sábado bien temprano salimos de Concepción del Uruguay (ellos le dicen Uruguay) Javier, profesor de Historia, Mirra, médica, y yo a visitar una comunidad indígena que está en el pueblo de Maciá, a una hora y cuarenta minutos de viaje. Ese pueblo tendrá unos 8 000 habitantes, su calle principal asfaltada con uno o dos restaurantes. Tres cuadras hacia adentro las calles son de tierra y con la guía de Mirra, que conoce el terreno, llegamos a la casa de la cacica María Celia. Ella duerme porque cuidó toda la noche a una señora de la comunidad, muy enferma. Vista de afuera, la casa es amplia, nueva y recién pintada. Entonces vamos a la casa de la hija de María Celia, Luján. Luján trabajó como agente sanitaria en el hospital de Concepción del Uruguay y la médica Mirra quiere hacer presión para que la reincorporen; Luján no quiere volver a trabajar a ese lugar. "Me discriminaron", dice, "me mandaban hacer trabajos a la calle a mí sola, a los otros, no. Y lo que más me dolió es que me cesantearon porque dijeron que me había insubordinado ante un superior ¡¿Desde cuándo yo?!"

Aquí, una aclaración importante. Ni se insubordinan ni se insubordinaron. Hubo grandes matanzas para quitarles

las tierras en el siglo XIX, la última fue en 1914. En ese entonces no sabían escribir, debían dejar una marca con el dedo accediendo a la cesión de tierras; al que se negaba, lo mataban. Pero Luján no sólo sabe firmar, sino que terminó el secundario y tiene su terciario hecho como paramédica. Ella tiene unos treinta años, tuvo su primer hijo a los dieciséis años, es bonita y sensata. Dice: "Cuando yo iba a la escuela veía que todos eran de origen italiano o español, le pregunté a mamá de dónde veníamos nosotros y no me quería decir, hasta que cuando tuve uso de razón me dijo que éramos de ascendencia indígena, y me quedé tranquila porque si no me quedaba algo inconcluso, pero es que mi abuela había obligado a mi mamá a no decir que éramos de origen indígena por las matanzas que habían hecho". Y añade: "Yo he visto que en la mayoría de los libros de historia se dice que Colón descubrió América, si ya estaba América".

Mientras hablamos, su marido actual Roberto Palomeque, callado y sonriente, está sentado en el suelo puliendo ollas que están muy tiznadas; las está dejando relucientes. "Hay que recuperarlas", dice. Le pregunto si estudió y me dice que no, pero Luján dice: "Lee todo lo que cae en sus manos, los manuales del colegio de los chicos y una enciclopedia, eso sí, no le gusta el fútbol". Luján tiene una beba en brazos y le da la teta, mientras juegan alrededor tres chicos entre los cuatro y los nueve años. Yo llevé varios libritos y le di al mayor *Cuentos de la selva*, de Horacio Quiroga, el Andersen latinoamericano. Los *Cuentos de la selva* les gustan a los chicos de cinco a doce

años, de cualquier sector social que provengan. Le digo al mayor:

-Decile a tu papá que te lo lea.

-No es mi papá, es mi padrastro.

Cuando ya nos íbamos viene en bicicleta el hijo mayor de Luján, de unos quince años, está en secundario. Es un poco gordito, un poco indiferente. Tiene una cara de buen alumno que mata. Le digo a Luján:

-¿Es bueno en la escuela?

-Sí, es bueno -dice sin énfasis.

Roberto, el lector, toma a la beba (su hija) con gran cariño y le digo a Luján:

-¿Y él, de dónde proviene?

-Él no sabe de dónde viene, viene de los montes.

Y se ríen, Roberto que es rubión acepta con toda naturalidad su origen incierto.

La casa de ellos está hecha de plástico, es como una especie de iglú en azul y gris perla. Mientras Luján nos acompaña a la casa de su mamá le pregunto por qué la casa de su mamá es confortable y la de ella precaria. Me contestó:

-Le dejé la casa de material a mi marido anterior porque no quería que los chicos se criaran en un ambiente de peleas y tensión por la casa, acá están tranquilos y pronto nos van a dar una nueva.

## La cacica María Celia

María Celia se despertó y nos recibe en una cocina comedor amplia, tiene un armario de madera de pino y frente a una mesa grande un mapa donde están ubicadas todas las etnias indígenas del país. Debajo del mapa, un pizarrón y un puntero. Ella nos dice: "El cacique se encarga de organizar a la comunidad, el vocero, de informar. Todos los problemas se resuelven en la asamblea, pero cuando hay controversia en ella, se va al consejo de ancianos".

Vendría a ser como un tribunal de primera instancia. Y añade: "Un conflicto se dio porque unos hermanos no querían ser censados, vinieron sociólogos y antropólogos para asegurarse de que eran indígenas, ellos alegaban que eran preexistentes, para qué los iban a censar. Ahora tenemos ochenta y seis familias censadas, estamos peleando por catorce lotes, somos trece clanes que se han ido relacionando, nos conocemos todos.

"Mi abuela Victorina vivió la guerra del 14, la de Europa y la de nosotros, recién en ese tiempo hay registro escrito. Mi abuela que me crio nos prohibía decir que procedíamos de indígenas, decía que nos iban a matar con la palabra y la discriminación. Y tenía razón, porque estamos más o menos igual, trabajo hay poco, acá las mujeres limpian las calles de Maciá y los hombres viven de changas. Mi abuela y mi bisabuela trabajaban por un plato de comida. Mi abuela Victorina era tan buena, nos contaba el cuento de la solapa, que es mujer y águila, que se roba a los chicos

a la hora de la siesta. Nos llevaba a todos los gurises al monte, al río a pescar. Yo trabajé en el monte de hachera, cuando faltaba algo ella decía 'Ya vendrá la providencia' o 'El universo proveerá'. Y añade: "El monte siempre dio de comer, frutos, huevos, pero ahora no tenemos más monte, si te ponés a pescar en un arroyo te bajan a tiros. Ahora no existe más el sendero del cazador, todo está alambrado. Teníamos perros especializados en mulitas y otros en nutrias. Vos te parabas y veías el monte tupido, parado, monte tupido, sentado, veías al enemigo. Ahora hay un proyecto de huerta comunitaria y de plantas medicinales, pero no es lo mismo, no mandan fondos".

Me cuenta las costumbres de antes: "Los varones tenían perros, porque ellos iban a cazar, ningún perro entra a la casa, y si querés que el perro no se vaya por ahí le cortás un pedacito de oreja y lo enterrás frente a la casa, y también se entierra el ombligo, para que el hijo no se vaya de la casa. La madre podía pegar a los hijos, el padre, no. Las mujeres hacían el parto sentadas, y amarradas a un árbol. Todavía se sigue haciendo la ceremonia del primer encuentro de pareja en el río. Las primeras caricias, pero son de los pies a la cabeza, se empieza por los pies, que están en contacto con la tierra, donde está la fuerza". Y agrega: "Mi clan se salvó porque en una *degollación* mataron a todos, menos a un chico enfermo que se escondió, de ahí venimos todos nosotros". Sigue: "Yo fui al secundario y después al bachillerato de adultos, quise estudiar administración de empresas pero no pude, me gustaba mucho estudiar, me gustaban



todas las materias menos inglés. Preparé profesoras para primario y secundario”.

La cacica María Celia lleva un colgante con las cuatro etapas que han pasado (aclara que el 4 es sagrado). La primera etapa es la de antes de la conquista, cuando los aborígenes poblaban la tierra; la segunda, la conquista; la tercera, la de las matanzas del siglo XIX, y la cuarta, la del equilibrio de la naturaleza, y del hombre, la que está por venir.

Dice: “Yo represento a la Argentina en encuentros con pueblos originarios y estamos en contacto con nuestros hermanos uruguayos; cuando estaban amenazados de muerte en Uruguay, les ayudamos a cruzar el río, ellos vinieron para acá”. Y añade: “Nosotros no somos una comunidad, somos una nación dentro de una nación más grande. Su nombre es Pueblo Nación Charrúa”.

Luego María Celia va al pizarrón y desarrolla los principios de la nación charrúa: 1) Igualdad; 2) Valor de la palabra empeñada; 3) Solidaridad.

### Alicia

Ni Luján ni María Celia hablaron de su vida íntima. María Celia es sumamente prudente debido a su rol de cacica. Por la ventana entreabierta se ve una cabeza rotunda, luego, su dueña entra. Y dice: “Yo soy Alicia, cédula de identidad 3 425 678, tengo más garrotazos en mi cuerpo que palabras en mi mente. Yo soy hija de la ñata Cuello, y Los Andarriegos hicieron un chamamé con

la Ñata Cuello. Yo tuve quince hijos, Griselda, Esmeralda, Dolores, Amilcar, Paola, tengo hijas maestras. Mi mamá le puso a un hijo Juan Domingo y a otra María Eva y yo le puse a uno Alfonsino porque gracias a Alfonsín tenemos democracia. Yo me separé de mi marido José Dolores Díaz porque me hizo una gran ofensa, yo venía a Buenos Aires al Gutiérrez para curar a un hijo discapacitado (va a su casa y trae el retrato del hijo que es a color) y él me dijo que me iba a vagrear a Buenos Aires. Me ofendió y lo dejé, eso que era muy buen marido. Yo quise a mi primer novio, el Hugo Gutegal y lo voy a seguir queriendo, donde hubo fuego, cenizas quedan. ¿Qué cómo vivíamos? El pueblo me crío a mí. Vivíamos en rancho de techo de palma, después de techo de paja, estábamos en comunidad, nos cuidábamos unos a otros. Los vecinos también. Teníamos leña para vender, mi mamá me quería mandar a la escuela porque ella no sabía escribir y me mandaba casi desnuda y en patas pero a la escuela”.

Y añade: “Ahora voy a la iglesia católica y a la evangélica, yo no creo en el lobisón ni en la luz mala, sí creo en Cristo porque dio la vida por nuestra *sabiduría*, nosotros somos sólo allegados, a mí dios se me representa sentado, con dos varillas, una para arriba y otra para abajo”.

Sentados con nosotras había dos nenes mirando unos libros con dibujos de conejos, cerdos y otros bichos. Alicia los miró y dijo:

—¡Ay! ¿Por qué se les ocurre pintar animales que los van a matar? A todos estos los van a comer, hay que pintar humanos.

## Almuerzo

No pudimos visitar a un integrante del consejo de ancianos porque estaba durmiendo la siesta. Entonces Mirta, la médica, Javier, el profesor de Historia, la cacica María Celia y yo fuimos a comer a una parrilla. Por el camino María Celia viene contando que el día anterior se reunió la asamblea y se suspendió la sesión, un chico quería introducir la política en ella y la mayoría no quiso. Además él quería ser *taita* (cacique) y no lo aceptaron.

El local de la parrilla es oscuro y largo, está a cargo de una pareja de italianos, ella lleva la voz cantante y se sienta a nuestra mesa después de anunciar que no va a invadir. Se queda todo el tiempo de la comida y hace pública una pelea que mantiene viva ante nosotros con un funcionario de la Municipalidad de Maciá por un trámite administrativo. Es una diatriba cósmica, en realidad era como si estuviera hablando con el funcionario y nosotros nos hubiéramos borrado. Les dijo que se metieran los papeles allá lejos y después el funcionario le mandó catorce inspecciones a la parrilla.

La cacica comentó muy mesuradamente los lotes que reclamaban para las trece tribus y sólo añadió: "Para ser indios para el intendente, deberíamos vivir en tolderías y con plumas".

Entonces la italiana le dijo vivamente:

-¡Vos tenés que luchar más!

Cuando terminamos de comer, la italiana le dio a la cacica la carne que sobraba; esta dijo:

-Esto para mí es muy humillante.

¿Lo habrá dicho porque, como contó, su abuela trabaja sólo por la comida? Le explicamos que en Buenos Aires es costumbre que la gente se lleve a la casa la comida que sobra. Pero es posible que la cacica no acostumbrara a ir a la parrilla. Añadió:

-Ella pide por ella sola, yo no puedo endurecer la situación, no miro por mí misma, miro por la comunidad. Y a mí ese espíritu prudente me hizo recordar un dicho criollo de la provincia de Buenos Aires, cuando le dice al contrincante que no tiene razón, pero de modo muy político: "No me parece Roldán que todas las vacas sean suyas". ¿Algo de que la vehemencia excesiva no se condice con ser parte del universo? ¿Temor por haber sido oprimido, que el criollo trae del indio? No sé. Lo que sí sé, es que cuando llegamos a Concepción del Uruguay, les conté a cuatro personas distintas que en Maciá había una comunidad charrúa. Todas me dijeron lo mismo:

-Yo conozco el pueblo de Maciá, pero no sabía que allí hubiera una comunidad.



## CHACU

El pueblo quom (toba) es la comunidad indígena más numerosa del Chaco, son unos treinta mil habitantes. Su población está sobre todo en Resistencia, Quilipi, Punta de Indio y Las Palmas; se asentaron cerca del río Bermejo, de hecho han tenido relaciones fluidas con la zona de Embarcación, al norte de Salta. Muchos iban hasta allá en busca de trabajo más rentable, pero los dueños de los obrajes los obligaban a quedarse en su sitio para tener mano de obra barata. Estaban confinados en reducciones. Se cree que los quom están en esta zona desde hace unos siete mil años. También hay otras etnias, como los wichís, que están también en el norte de Salta. Los pilagás y mocovíes son de origen patagónico y vinieron subiendo hace unos siete mil años. Es probable que los quom vengan de los arawak de la selva amazónica. Los chané de Salta vienen de los arawak, con seguridad, por la similitud de rituales.

Los quom fueron muy aguerridos y resistieron tanto al poder civil como a la penetración religiosa. La iglesia católica prendió muy débilmente, más tarde sí entraron los evangelistas. Es tan tardía la "aculturación", sería más legítimo decir reducción, que recién en 1940 se les toma

a los quom juramento de argentinidad. Hubo una breve época de buenas intenciones, se les entregan tierras... pero con título provisorio de modo que esto hizo posible su despojamiento en nombre de diversos proyectos, explotación de los bosques, del algodón y finalmente el cultivo de soja. En 1924 se reprime con ferocidad una huelga algodонера y mataron a muchísimas personas, niños y ancianos entre ellos. Esta matanza fue tapada por los operativos de prensa de la época, se la hizo pasar como un enfrentamiento entre los quom y la policía. En 2004 el gobierno pidió perdón a los quom por la matanza de Napalpí.

En cuanto a la penetración religiosa, las misiones franciscanas no prosperaron. Habían elaborado un reglamento muy severo donde les impedían beber, tener más de una mujer, recibir gente en su casa que no fuera de la familia, etc. Perduraron las sectas evangélicas, más permisivas en cuanto a las actividades que se desarrollaban dentro del templo. Parece que aún ahora en el interior del templo se puede bailar, interpretar sueños y el jefe espiritual de la comunidad que suele ser también pastor puede comunicar su pensar y su sentir a su gente. Venaría a ser una iglesia con más show. ¿Cómo se hibrida la creencia de los pentecostales con las creencias anteriores? Por ejemplo, el Espíritu Santo es visto como "viento del cielo"; la figura de Cristo como "el señor de los animales" (en la cosmovisión quom cada ente tiene dueño, el río, el monte, cada animal) y las sanaciones milagrosas de la biblia ensamblan con las curaciones de médicos indígenas

preexistentes. El culto se hace en quom. Con la llegada de los evangelistas aparecen nuevos roles, predicadores, cantores, lenguaraces. Históricamente los poderes públicos han visto con malos ojos las reuniones de muchas personas para hacer rituales y comunicarse visiones, de modo que el encuadre de la gente en templos debió tranquilizar a los políticos y a los colonos. Los quom distinguen dos clases de liderazgo, el del líder espiritual que viene a ser un orientador de las vidas y del alma, y el del líder político que maneja la persuasión, se sabe expresar y maneja las relaciones de la comunidad con el afuera. Confían más en el primero que en el segundo, que funciona como capataz y se ha quedado con una gran parte de los salarios de los trabajadores.

En las culturas de selva o monte, este es más importante que la casa, porque el monte provee de todo, comida, diversión, es centro de trabajo, de conocimiento. De ahí que la destrucción del monte, tala de árboles para explotación forestal y ahora soja, produce un impacto real en las poblaciones que viven en el interior del Chaco. El monte provee de algarrobo y miel, el algarrobo es muy proteico. Esta preocupación es más real que la abstracta preocupación ecológica de las ciudades.

Chacu en quechua quiere decir "Tierra de caza" (venados, pecaríes, ñandúes). Los incas bautizaron despectivamente a las etnias preexistentes: a los chiriguano (guaraníes) los llamaron "estiercol frío", y a los matacos (wichí), animales de poca monta, sin importancia. Toba quiere decir "frentón", porque se depilaban la frente antes de la pelea.

Como la población de los quom es muy movable, muchas personas que han nacido en el monte se trasladan a las ciudades y participan de los dos sistemas, el del monte y el de la ciudad. En el monte, recurren a sus propios médicos y en la ciudad al hospital o a la salita de primeros auxilios. Una persona de origen toba me dijo: "Nuestra concepción del mundo es más espiritual que la occidental". Alguna razón hay en esta afirmación: que los ríos y montes tengan deidades protectoras que castiguen el abuso de los recursos produce en el sujeto una búsqueda de la armonía, la sensación de que él no es un todo, sino parte de un todo. El sujeto que se apropia indebidamente de las riquezas del suelo, se considera un todo.

Entre los quom de los montes se valoraba el silencio, de ahí que el que hablaba, debía hacerlo con propiedad. Las palabras son eficaces, es decir, producen hechos y por eso ciertas cosas no deben ser mencionadas para no convocarlas (nosotros tenemos también pensamientos eficaces, nos decimos "No debo pensar esto, porque... voy por mal camino"). El tema del encierro de la niña en su primera menstruación llama la atención por ser esta práctica común con los guajiros de Colombia y Venezuela. La diferencia es que en Colombia se sube a la joven a un chinchorro y en el Chaco se la encierra en una pieza, no puede comer carne ni nada con sal y recibe una instrucción en tejidos y también consejería. Esto no es sólo un ritual de pasaje de edad. Carlos, profesor de quom del Centro Cultural Leopoldo Marechal de Resistencia, me dijo: "En las zonas rurales la sangre emite

un llamado al festín de los espíritus, el hombre de la casa no puede cazar mientras la joven está con el período y ella no puede acercarse al lago porque perturba a los espíritus de ese lugar y eso trae consecuencias para toda la comunidad, esta sufre daño porque rompe una regla y queda literalmente hundida en la tierra".

En Resistencia me cuentan que en el interior hay mucha mezcla de quom con español, italiano y eslavo. Se pueden ver descendientes de esclavos hablando quom y practicando rituales.

Los descendientes de quom con los que he conversado en la ciudad de Resistencia son inteligentes, rápidos y eficaces. Como dijo un descendiente: "Para muchos blancos los indios somos vagos y haraganes. Yo soy mecánico, carpintero, albañil, profesor de idiomas y político".

### Una visita al barrio toba

Con Noelia, profesora de Lengua del secundario del colegio para chicos y adolescentes del barrio toba de Resistencia, vamos a recorrer la escuela y la comunidad. Me cuenta: "Últimamente han leído los cuentos de Quiroga, muchas veces los chicos relacionan los cuentos con la realidad barrial. Quiroga les gustó. El curso suele tener un portavoz que dice si el cuento les gustó o no. Cuando les pregunto los motivos de gusto o disgusto, me dicen: '¿Y acaso a veces a usted algo no le gusta y no sabe por qué?'. Les da trabajo dialogar y algunos son muy

tímidos, no quieren pasar al frente a leer, se ponen el libro cerca de la cara y debo ir hasta el banco y el alumno lee para que lo escuche solamente yo. Tengo alumnos de diecisiete, dieciocho años, porque están en un proyecto de reinserción, trabajan y estudian, a veces ya tienen un hijo, es un sacrificio. Uno que estuvo en la cárcel quiso que leyéramos *Romeo y Julieta*, recién comenzamos. Ahora hicimos los títeres, ellos los hicieron y vamos a representar una obra en castellano y en quom. Con los títeres se expresan más, uno le hizo decir al muñeco: 'Me gusta hacer el amor'. El director me apoya en todos mis proyectos'.

La escuela es nueva, muy grande y sobre la puerta de entrada tiene un cartel: Escuela Toba. Tiene primario, secundario, jardín de infantes y una biblioteca que atienden dos personas, hay libros que los alumnos han traducido del castellano al quom. Sobre una mesa, muchos de leyendas. Los hojearon y en uno está el tema del encierro menstrual, según ese texto, si la mujer sale de su encierro, se enferma de fibroma o se convierte en antropófaga.

El director del secundario, señor Zacarías, es de origen toba. Es alto, delgado y a la vez corpulento. Dice: "El año pasado entregaron computadoras y libros de texto para la biblioteca, entre ellos *Mafalda*, Enrique Pigna y Galeano". Me cuenta que hay pocos egresados universitarios, los chicos sueñan con ser médicos, abogados o expertos en computación, pero los discriminan por el barrio de procedencia, la artesanía no es un oficio prestigioso para

ellos. Me sigue contando: "Yo vengo del interior, de Las Palmas, cuando vine a esta escuela creí que era una escuela de criollos, en el interior hay otras prácticas, se habla la lengua en la casa. Yo en todo mi secundario sufrí doble crisis, la de la adolescencia y la de la relación con los chicos de la ciudad; ellos escuchaban música electrónica, te discriminaban si hablabas otra lengua. Yo pensaba que eran tontos porque hablaban mucho, pero decían cosas sin contenido. Tengo más experiencia en escuelas criollas que en tobas. ¿Para qué quiero experiencia en toba si yo lo soy? Mis padres entienden más o menos el castellano. Mi papá, que tiene noventa años, fue de los primeros que se levantaron contra la gente de la empresa, la gente trabajaba por la comida y algo de ropa. Esta gran empresa inglesa azucarera era dueña de todo, hasta del registro civil, había apellidos como Brown, por ejemplo. La mayoría de la gente de este barrio viene de Las Palmas, a sesenta kilómetros de Resistencia.

"En el idioma no existen malas palabras, existen palabras tabú (referidas a la muerte, nombrar a los muertos). Yo a los nueve años preguntaba en casa ¿Qué son las malas palabras? "

"Mi abuela tuvo como diez maridos sucesivos, allá la idea no es un amor para siempre, sino un compañero de vida. No había pelea de parejas, porque cuando el hombre se enojaba, ella le decía la respuesta cantada. Era música con contenido. Mi abuela decía que no había que gritar a la tarde, porque a la tarde los espíritus se molestan' "



(Le pregunto por el encierro de la chica en su primer período.)

“Sí, a mis hermanas mayores las pusieron en una habitación aparte, las acompañaba la abuela, no comían carne ni se lavaban el pelo y yo, que hasta el día anterior había jugado con ellas, pensaba que estaban enfermas.” (Le pregunto si subsiste la función del consejero anciano.) Me dice: “Yo conocí a la anciana consejera, la buena y la mala. La buena se quedaba en su casa, tendía a la armonía, pero en casa nos tocaba de visita una mala, que causaba problemas, había que darle la silla, se llevaba la comida”.

Llaman por el celular al director, y damos por terminada la entrevista. Visitamos también a Roger Ronco, director de la escuela primaria. Él es también de origen quom. Dice: “En esta escuela el noventa y ocho por ciento de los alumnos es quom, el resto, criollo. Yo soy de Las Palmas, donde la empresa manejaba todo, el capataz maltrataba, había gente de apellidos, por ejemplo, Sarmiento, puestos por el dueño de la empresa. Mi nombre lo puso el dueño de la empresa donde trabajaba mi papá.

”Yo escribo cuentos cortos, sobre cosas del monte que me contaba mi papá, por ejemplo, uno era que un hombre estaba cosechando y amaneció con la cama en el monte y un mosquito gigante se lo llevó”.

Roger es amable, de cara ancha y piel lustrosa.

## El barrio toba

El barrio toba está en la ciudad de Resistencia, da a una ruta, sería como un barrio cualquiera con casas de material, pero están pintadas de distintos colores, mucho amarillo, mucho azul, cada uno la reformó a su manera. Pero las van a tirar y van a hacer casas nuevas hacia adentro, a unas cinco cuadras de la ruta, porque van a tener cloacas. Las calles son de tierra apisonada. Algo de barro hay. Cerca de la escuela hay una unidad básica muy chiquita y en la salita de recibo el encargado ha puesto un retrato del gobernador y paralelo otro de su nieta de quince años, muy linda y arreglada, en diversas poses, “Recuerdo del cumpleaños”. Afirma José: “Esta calle tendría que haber sido una peatonal”, y lo dice mirando la calle barrosa. Es toba también, estudió hasta segundo año de secundario pero interrumpió para casarse. Él se expresa muy bien.

Cerca de la unidad básica está el centro de salud que se inauguró hace unos tres años, la directora pertenece a la etnia quom, lleva su pelo cortito, casi al rapé, en toda su figura hay como una voluntad de saneamiento y de pasar desapercibida. No es muy optimista. Dice: “Hay Chagas, no se erradicó la tuberculosis, tenemos un solo médico para los dos turnos y un solo pediatra. Hay muertes en personas de edad mediana, cincuenta años, por alcoholismo. Hay gente que viene del interior, por ejemplo, de Pampa de Indio, madres, y por razones culturales, tal vez, en el monte se usa menos, la madre mira al bebé pero no lo estimula. Otra cosa muy frecuente

en la gente que viene del campo es que tienen miedo de bañarse después de una operación, pueden estar un mes sin lavarse, tienen miedo de que le pase algo a la herida. Muchas de estas cosas se podrían solucionar para que los jóvenes no repitan las pautas de los padres. Además hay incomunicación entre los miembros de la familia, muchas veces los padres acompañan a los jóvenes a la salita y se vienen a enterar acá de cosas que deberían haber contado en la casa. Se necesitaría de un tutor que siguiera la evolución de cada familia y que estableciera relación entre los miembros de esta.

"Se carece además de una provisión regular de medicamentos y, en el interior, de agua potable".

### El Centro Cultural Leopoldo Marechal

A tres cuadras de mi hotel está el Centro Cultural Leopoldo Marechal. En el frente tiene un hermoso mural: hay un faisán chico, un pájaro carpintero, dorados, rayas y una tortuga bien patuda. En la pared vecina se lee "Caminos del wichi" y debajo "*Chemins du wichi*". En el corredor que da a las salas, grandes retratos de Jauretche y Scalabrini Ortiz. En la primera sala, se exponen en una vitrina bolsas tejidas, sombreros, un instrumento toba, el violín de lata (*nebaké*) que fue incorporado en el siglo XVIII y flautas de caña. En otra sala, muchos retratos de cantores quom. Debajo de los mismos, los nombres artísticos que se pusieron: Shenaite (mujer solitaria); otra;

"mujer perseguida". Juan Rescio se puso "El dueño del monte". Recordemos que todo lugar, todo ente tiene su dueño que es una divinidad protectora; el avestruz tiene un cuidador muy alto, Yale locaic; también hay una madre de los peces y de la víbora. Una mujer tiene el nombre artístico de "Flor de algarrobo" y un coro quom se llama "Bandada de zorzales".

En otra sala, amplia y con una mesa grande en el centro, está Carlos Barreto, profesor de quom, esperando a sus alumnos. Me dice: "La mayoría de los que vienen a aprender la lengua quom no son de la comunidad, son gente que trabaja con quom, maestros, médicos, trabajadores sociales, funcionarios del gobierno. En la ciudad hay resistencia entre los quom a aprender la lengua, la discriminación hace que se aferren al castellano. En Chaco tienen fuerza las asociaciones de reclamo. Acá tenemos diputados indígenas. Yo vengo de Pampa de Indio y me crie comiendo cosas silvestres, conocí los caramelos de grande, no tenemos electricidad, la escuela rural quedaba demasiado lejos, pero éramos muy felices. A los ocho, nueve años tenía una noviecita, yo quom y ella guaraní, nos entendíamos por señas y mis padres se reían mucho. Como a los nueve años vine a la ciudad y la gente no me gustó, hablaban demasiado y decían poca cosa. Allá teníamos el monte, el monte provee de todo, mi papá traía los cueros de víbora, de guasuncho, pescado grande sacado con lanza, y todo se canjeaba, no se vendía. Trabajaban en los obrajes, o limpiando los cercados, con eso se compraba ropa.

”Siempre estoy estudiando algo, hice un curso de mecánica del automotor, yo soñaba con los motores de los aviones pero terminé fabricando tuercas. Después cuidé a pacientes oncológicos, hice estudios teológicos y más adelante empecé a hacer militancia social articulando las veinticuatro etnias del país, tuve oportunidad de aprender de todos los dirigentes indígenas de nuestro país. Hace tiempo estuve ocho meses en las cámaras, pero me interesa más la política social que la partidaria”.

El profesor Barreto parece no tener más de cuarenta años, es como si hubiera vivido cuatro vidas en una. Es alto, delgado pero corpulento y lleva su pelo corto y su piel brillante tan notoriamente limpios como si los hubiera pulido.

\*\*\*

La Fundación Mempo Giardinelli celebraba sus veinte años de actividad y convocó a escritores del país y del exterior para presentar ponencias, leer cuentos y crónicas y para todas las cosas que dicen los escritores en esas ocasiones. Había escritores de España, de Portugal, de Brasil, de Chile, Paraguay y Colombia. Cuando le conté a la escritora española que había ido a la escuela de los tobas, que el director lo era, me miró con estupor y me dijo:

—Pero... pero... ellos visten...

—Visten como nosotros —le dije.

La ecuación es: indio, pobre, ignorante, plumas. Yo agradezco a la fundación porque me contactó con la

profesora que me guio hasta el colegio, y eso no estaba entre los trabajos del encuentro, fue a pedido mío, pero creo que hubiera sido lindo que, para el público que venía de todo el país y para los mismos escritores, que se hiciera una mesa con producción escrita y oral que abarcara todas las etnias indígenas del Chaco.

## TUCUMÁN

### Camino a Amaicha

Otra vez voy a Amaicha donde hace unos años he entrevistado a la Pacha doña Felisa; me dieron ganas de verla otra vez. Mi propósito básico es ir hasta las ruinas de Quilmes, donde la comunidad tiene un interesante conflicto, se han entregado las ruinas para que las manejen ellos mismos, pero no se ponen del todo de acuerdo en la forma en que esto debe hacerse. Una interna. Pero ahora recién estoy en el camino, en Santa Lucía, donde la gente planta rosas en la vereda y se ven muchas flores en el fondo de las casas, más atrás, los cerros flanqueados por arbustos altos. Y ahora viene el camino del monte, ni mirando hacia arriba con el cuello torcido de tan levantado se puede ver algo de cielo, todo es monte. Ni un sembrado a la vista, ni un perro, ni un hombre, todo es monte y ríos con el lecho seco. El colectivo levanta gente por el camino, una chica sube en medio de la nada. ¿De dónde habrá salido? Es morocha y va vestida de blanco, su vestido es de una tela pesada, como arrasada, debe ser el vestido de salir, el que se reserva para viajar, para presentarse ante la gente. Junto a la ruta, dos caballos y un chanchito. Más adelante hay burros también, todos comiendo junto al



micro. De repente los cerros aparecen pelados, amarillos y después más claros como con un resplandor, y el colectivo para, estamos en Tafí del Valle. Detrás de mí conversan un hombre y una mujer, son compañeros de viaje, desconocidos entre sí. Los escucho: no se afirma mucho la frase en ninguna vocal o consonante, la S no es sibilante como en Santiago del Estero, no hay canto en las vocales, se arrastra un poco la R pero menos que en Santiago del Estero, donde la tonada es más contundente. Hablan como velando la voz. De repente ella lanza un "¡Ah!" de asombro sofocado. Canta un poquito él al final de las palabras, dice "banco" y "co" va para arriba y parece que interrogara. A veces el tono es perentorio y la R sonora.

Ahora hay ovejas al borde del camino, dos vacas, con los cuernos muy blancos, están sentadas una frente a otra, como si conversaran. Ahora el suelo se vuelve seco, triste, amarillo, también hay unos ranchos chicos y dos caballos flacos, uno es color gris metálico, todo veteado como una asadora a medio pulir. Kilómetros y kilómetros de tierra seca, ni los cerros se ven bien, están opacos y borrosos. Y aparecen los cardones, como dos kilómetros de cardones que parecen un ejército, tienen tres, cuatro dedos, algunos son derechos, otros jorobados. Hay un refugio para pasajeros de colectivo que parece una ruina prehistórica y un cartel "El cardón del abuelo. Empanadas".

Mientras miro los cardones voy recordando su existencia y que ya los vi, es lindo reconocer.

Recién llegada a Amaicha decido ir con el mismo envío a Quilmes, a unos veinte kilómetros de Amaicha.

El boleto se vende en lo que llaman La Terminal, es una ventanilla de una pieza que corresponde a la misma casa donde hay un comedor oscuro. Falta menos de una hora para que salga el colectivo a Quilmes y el boleterero está. "Debería estar", pienso. Y me agarra esa urgencia de porteño, de que si no voy en una hora a Quilmes me hago bicho bolita. Allí nadie se inmuta, es muy posible que el boleterero vaya a venir y si no llegara a venir por una enfermedad, razón suficiente para que la comunidad se entere y le participe sus condolencias. Me pongo a charlar con una chica que espera y me cuenta: "Hago dos viajes a la mañana en moto para llevar los chicos al colegio y otros dos de vuelta para traerlos". Ella parece contenta, pero me dice que hay poco trabajo en Amaicha y: "Mucha gente de acá se va a trabajar a Ushuaia o a Río Grande, allí pagan".

Me voy entusiasmada a Quilmes, entusiasmada y dudosa, sería la primera vez que yo trabajaría un conflicto intracomunitario, y todo me parecía azaroso. El micro me deja en la ruta, frente a una casa de artesanías que está como en el desierto. La mamá de la encargada de la casa de artesanías es de Buenos Aires y vino en auto a visitarla, a la hija, que vive en ese páramo. Se llama Soledad y vende a los coches que pasan por la ruta. Y ella me desilusiona, Quilmes no es lo que yo pensaba, no hay un pueblo con su plaza, su capilla, donde estén las ruinas, viven todos en poblados separados y las ruinas están como a cinco kilómetros. Nada es como uno piensa. Soledad llama a un remise que me devuelve a Amaicha,

y me voy a la biblioteca donde ya he estado. La biblioteca no es ese reducto cerrado que acostumbramos ver: la puerta está abierta y entran visitas. Primero un perro, después un chico y luego una señora muy mayor con la hija y el yerno. La hija le lee en voz alta a la señora algo sobre la Pacha (a propósito de la Pacha, el chofer me dijo que había muerto, creí que era la que yo conocí y me dio pena, por suerte era otra Pacha).

Ya sentada y con mi material pedido me pongo a leer palabras derivadas del quechua. *Aca*, excremento; *cumpa*, compañero; *poncho*, de *punchu*, perezoso, porque no hay más que pasarlo por la cabeza; *sur*, avestruz, y *zupay*, el demonio.

En la plaza de Amaicha hay negocios chicos con carteles, pintados de color natural con una base marrón, todos tienen un escalón para acceder y al verlos uno se imagina lo que debieron ser las casas de comercio en el virreinato. El color de las casas pega con el de los cerros. En los carteles, se lee: "Pollería Virgen del Valle"; "Drugstore Las churitas", y un anuncio, "Cardiólogo, clínica médica. Atención en la casa del señor Roque Pastrana".

En la calle se puede hablar con todo el mundo, le pregunto a un hombre por qué dos casas están como tapiadas por ladrillos, como cegadas. Me dijo:

—Porque tienen más de ciento cincuenta años, ahí dentro vive gente, pero no pueden salir por adelante, se puede derrumbar, salen por la puerta de atrás.

Después me dijo que era indio de corazón y que también era curandero, que yo tenía un leve dolor en

el hombro, etc. Pero le di las gracias. En un negocio converso con los parroquianos, les pregunto por los hippies viejos que vi la vez anterior. Me dicen que el nor-teamericano, que era un borracho irredento, murió. Lo dicen con respeto, como si fuera una pérdida importante para la comunidad.

En la plaza, todo el mundo habla también. Una chica morena le puso a su nena de nombre "Estrella del cielo" en quechua. En el otro extremo de la plaza, dos chicas, una rubia y otra morena. La rubia es de San Fernando y la morocha de Iruzaingó. Ella está casada con un flaco que se acerca a hablar y me cuenta: "Hice todos los murales de Amaicha, aunque lo mío no es esto, es la pintura". Me enseña un muestrario de seres ilustres dibujados por él, mientras el nene se les escapa. No es lo mismo que se escape un nene en Amaicha que en Buenos Aires, un pantalón colorado se ve a una cuadra de distancia. Él es entrerriano, van por toda la provincia haciendo murales, donde los llaman, van. La chica rubia me dice:

—Hace un año que vivo en Amaicha.

—¿Y te vas a quedar?

—No, me voy al norte de Salta, a la cascada. ¿Conoce?

—No.

Unos van tras los murales, otros van por las cascadas.

Del otro lado de la plaza hay una fotocopiadora con cola de cuatro, cinco personas, atienden aparte y primero a un hombre muy viejo que pide un lápiz de punta fina, la vendedora lo llama don Eusebio. Una señora con aspecto de ama de casa, me dice:

-¡Pobre hombre, y todavía tiene ganas de trabajar!

-Ah, ¿sí?

-Le mataron una hija -me dice sembrando suspenso. Cuando el hombre se aleja del mostrador, ella añade:- La hija era novia de un carnicero, parece que lo encaró y él sacó la cuchilla.

-¿El crimen quedó impune?

-Y usted vio cómo son esas cosas...

Como si fueran cosas esquivas, que andan por el aire.

Y ella me pregunta, no sé por qué:

-¿Usted escribe?

-Sí, ¿por qué?

-Yo también escribo: "plantas para la salud". Tengo un libro.

-Qué bien.

Ella me dice:

-¿Por qué no viene a mi casa? Vivo en el kilómetro 340.

-No puedo, señora.

Demasiada sociabilidad.

Al lado de la fotocopidora, otros carteles: "Panificación Virgen de Guadalupe" y "Escuela de teatro", debajo "Comunidad indígena". Hay también anuncios para aprender guitarra. Muchos negocios tienen la bandera indígena. Cruzo la plaza y entro a un mercadito, ahí habíamos de los burros que yo recordaba de la vez anterior, rebuznaban por la noche en la plaza y como mi hotel daba a la plaza, me asustaron. Un hombre me dice:

-Cómo no van a estar. El burro rebuzna exactamente cada media hora de reloj. Yo lo tengo controlado.

## El hostel

Paso a describir el hostel donde paro. Se llama La Guarida. Yo le digo la cueva, la caverna, la madriguera, y me dicen que no conocen esos lugares. El techo de la habitación es de madera clara y pasa, pero lo que se ve si construí, lo que refuerza el aspecto de cuevas, madrigueras o cavernas. En el piso de abajo están la dueña y sus hijos, pero ellos no atienden enseguida, ellos siempre están en sus habitáculos. Quiero preguntarle algo a la dueña pero una chica me dice:

-Mamá se fue a buscar plata al cajero de Santa María porque en el de Amaicha no había.

Santa María queda en Catamarca, justo al lado, y me doy cuenta de lo lejos que estoy de Buenos Aires. En mi habitación no hay espejo, ni en el baño ni en ninguna parte, me peino mirando mi sombra en la pared. Salgo rápido del baño porque está lleno de agua, no me puedo bañar porque no hay agua caliente, ayer había, pero es que la regula la dueña desde abajo. No hay papel higiénico, después me entero que lo venden abajo, a cinco pesos. Pedí que me trajeran toallas y me trajeron dos, muy coloridas eso sí, pero eran como las que uno no sabe si tirarlas o dárselas a un pobre y las tira de miedo que el pobre se ofenda. No hay armario para guardar la ropa, pero hay otra camita y ahí puse toda la ropa, la tenía controlada. Del techo pende una lamparita potente pero lejos de la cama, no sirve para leer, podría correr la cama

pero prefiero no innovar, no sea que haya un yacaré en esa madriguera. No bien llegué y quise descansar me asusté porque no podía cerrar la puerta con llave, la llave había quedado chueca y tuve miedo de quedarme encerrada. Pensé: si me quedo encerrada, grito: "Señora Rosa, señora Rosa, *apri que sono mé*". Nadie oiría porque estoy en el primer piso. Pensé: debería mudarme, porque no quiero morir acá, pero estaba tan cansada que el pensar en mudarme me cansaba más.

### La escuela de Amaicha

La escuela primaria de Amaicha es cómoda, bien consagrada, parece recién pintada y todo se ve muy limpio. Las paredes del patio están cubiertas por murales y lettereros. Los murales tienen pinturas con motivos de la zona: el cardón, el ñandú, el cóndor, el guitarrero. Junto a un mural, un cartel: "Si estás embarazada, hacete el análisis del Chagas". Hay una panza con una carita sonriente en el centro. Junto a otro mural, está copiado en un pizarrón el menú de la semana para almuerzo y desayuno, como si fuera un restaurante. Diariamente varían. Una maestra entra a la escuela con un perro muy lindo, el Pochocho. El perro se queda en la escuela toda la mañana porque la sigue. Cantan "Aurora" y los abanderados de ese día son nombrados y aplaudidos por todos los alumnos. Con los aplausos entran otros perros que dan vueltas. El noventa, noventa y cinco por ciento de los chicos, es moreno; son

criollos o indígenas o mezcla de los dos. Algunas caras son de un marrón intenso, como si virara al rojo. Después, la maestra que está de turno nombra un chico que cumple años en el día y todos le cantan cumpleaños feliz. Rezan un ave maría y la maestra dice: "Sólo me resta desearles que tengan una linda jornada".

Pido permiso al director para ver una clase y me lo da. Le comento el rezo del ave maría a la entrada. Me dice que es una norma provincial, en toda la provincia se imparte religión como materia obligatoria y se reza en la escuela. La maestra de tercer grado se llama Raquel Medina y es muy simpática con su pelo ondulado teñido de rubio. Les reparte el desayuno, leche con una tortita. Todos tienen sus mochilas, sus lápices de colores y están en mesitas de a cuatro. Raquel me cuenta que ha recibido muchos libros del Ministerio, unos cien, pero los guarda cuidadosamente en un armario blanco porque a la noche hay una escuela nocturna y... Toda una pared está llena de armaritos blancos, ella hizo una ficha bibliográfica de libros, en otro guarda un recuento de libros que presta, como si fuera también bibliotecaria. En la pared opuesta ha colgado máximas que ella les explicó: "A leer se aprende leyendo". Y otra: "Si tienes información, podrás manejarla, si no, te manejará otro". Le pido a un nene que me explique esa y me dice: "Quiere decir que si no sabés escribir podés firmar cualquier cosa y después te engañan". Muy bien. Antes de desayunar, dan gracias a dios por el desayuno, todos a coro, con voz potente y cantarina. La maestra guarda otros cajones con verbos,



adjetivos y cerca del pizarrón hay como un tablero con palabras del cuento "Caperucita Roja", que están leyendo. Me dice que a los chicos les gustan más las versiones inventadas de Caperucita que la original, por ejemplo que el lobo cuidaba el bosque y la abuela era una mentirosa. Pero se apura en decir, para que yo no crea que ella no respeta: "Eso sí, estudiamos bien la tradicional". Reina en la clase una alegre permisibilidad, a una nena ella le dice: "Me encanta tu peinado hoy, María". Me acerco a una mesa y les pregunto a los chicos cómo se llaman: Candela, Joselyn, Bryan y Gonpi que en quechua quiere decir "Viento". Me hubiera gustado preguntarles sobre las costumbres de sus animales pero logré poco, ellos deben trabajar. Una nena dice: "Cuando el cordero no quiere tomar el pecho", y otra me cuenta que a veces la madre no quiere al cordero. Se ve que una nena tenía un pleito con otra porque le dice: "Te he pillado".

Me quedaría todo el día en la escuela, viendo otros grados y los recreos, pero no quise abusar de la gentileza de la invitación.

Famaillá queda como a una hora de micro de San Miguel de Tucumán. En la terminal hay una imagen de la virgen, una señora sube al colectivo y le dice al chofer: "Vengo del baño". Y yo me canto a mí misma: "Si voy en micro estoy feliz, aunque este tenga olor a pis". Por el camino, otra imagen de la virgen con rosas del mismo color de su manto, son coquetos los tucumanos, las cruces del camino que indican muerte están en

casetas con adornos de colores cuidados, una tiene un hermoso arbolito bien recortado detrás. En Lules ya se ven bien los cerros. Hay caballos urbanos que se acercan a la ruta. Y llegamos a Famaillá. Hay un cartel grande: "Franquicia de la empanada". Llegamos a la capital de la empanada. Junto a la ruta, el intendente ha construido un emporio culinario -patriótico, escultórico, con innumerables y monumentales esculturas, hechas con algún material duro que produce fijeza en los ojos y manos de los esculpidos-. Hay como una cuadro de esculturas de empanaderas, todas con cara triste, ellas vendrían a ser las empanaderas de la patria, pero hay un detalle, las empanadas les han quedado negras a todas. Comento ese detalle con una lugareña y me dice:

-Nunca había mirado eso y está mal, porque la comida entra por los ojos.

Hay varias empanaderías y los manteles de las mesas son celestes y blancos. Hay una decoración que mezcla la bandera de la patria y empanadas, una réplica del Cabildo con granaderos esculpidos de gesto torvo y un guía turístico que se ve repite lo mismo desde hace años. Dice: "Los gobernantes, los hermanos Orellana, están en esta foto. Enrique Orellana es el intendente y José, el legislador". Lo dice todo ligerito, como con temor de olvidarse de algo, no sea que lo dejen sin empanadas. Los hermanos Orellana se turnan: cuando uno es intendente el otro legislador y viceversa. Se los ve imponentes, en una enorme foto, los dos son de cabeza grande, el gesto es triunfal. Sigue el guía: "Todos los años se celebra la fiesta

anual de los mellizos, vienen de Paraguay, de Brasil, de todas partes". Al lado, un cartel: "El pueblo tucumano donde todos ven doble". Y el guía: "Lo llaman la cumbre de los mellizos". Después salgo y leo carteles de los comercios: "Panificadora del Cabildo", pizzería "El sol del 25". Hay también varios perros esculpidos y está también el monumento a la bandera macha, que es como un falo retorcido, celeste y blanco, también podría ser un cucurucho de helado aplastado. Y para rematar las construcciones y el emprendimiento, un cuadro alegórico con figuras de tamaño natural donde están la dama de principios del siglo XIX del braceté con su marido, el militar con su arma, el cura con su cruz, un labrador y una pareja de collas, estos sí, un poco más lejos. Todos convergen hacia un mapa de la Argentina. O sea que la idea de país del que hizo esto es que la patria es un mapa. Todo me hace acordar al Billiken pero mezclado con Molina Campos, aunque sin intención de caricatura. Son construcciones de las que no se puede decir que son convencionales o vulgares, porque no alcanzan ese nivel, son producto de alguna idea apurada del tipo: "Dentro de tres meses debo tener cincuenta empanaderas, una dama antigua y un mapa, como sea". Y eso encargado a quien sea. Pregunté a una chica del lugar si le gustaba el complejo patriótico donde todos se acercan al mapa y me dijo:

-Ah, sí, muy bonito, pero, ¿qué representa?  
Muy bonito y no sabe lo que es. Le digo, sintiéndome hipócrita: "Quiere decir que a la patria la hacemos entre

todos". ¿La patria? ¿El mapa? Frente a esta monumental construcción, un cartel: "Próximamente parrilla El pollo rengo". Y detrás, los cañaverales.

Saliendo de la ruta y yendo hacia adentro, están las casas, son chatas, eso sí, algunas con muchos frutales y flores. La Santa Rita que en mi casa es apenas una guía, allí es un árbol de gran tamaño. En otra casa hay cardones con sus dedos, mucho material de construcción y un gato sentado sobre un pilón de arena, el gato tiene manchas rosadas. En la casa de al lado, un electricista. En la pared, muchos carteles: "No insista, demuestre cordura y sensatez, no insista fuera de horario". Y otros carteles con muchos "No": "No vendo TV", "No...".

La casa de al lado está llena de flores y plantas varias, hay un perro que no ladra, y parece por su quietud y su mirada que se le hubiera muerto un familiar. Los perros en este pueblo son muy extremos; el que no tiene cara de animal doliente ladra furioso y ataca, uno se agarró de mi pantalón y tardaba en soltarme. No sólo hay muchos perros y gatos, desde otra casa donde hay carros viejos, barro y mezcla de cosas indiscernibles, salen a la calle a tomar el agua que se forma al borde de la vereda pollitos, un pato y un conejo. Un verdulero barre el suelo con una escoba de ramas. Le pregunto:

-¿De qué está hecha esta escoba?

-La planta se llama apata.

Sonríe como si estuviera diciendo una picardía y le faltan la mitad de los dientes. Sonríe abiertamente, sin pudor, debe ser común la falta de dientes.

## De vuelta en Quilmes

Mi propósito era averiguar el conflicto de los Quilmes tan grande en Amaicha, y por lo tanto allá, que casi no se podía ver, la tierra entraba en los ojos, en el pelo. Era tan grande que no sé si no pude o no quise ver las ruinas. En cuanto llegué, pedí conversar con alguien sobre temas que me interesaban en algún lugar resguardado. Pese a no ser temporada turística, hay varios autos y micros estacionados cerca de algunos, pocos, puestos de artesanías, gaseosas y variedades. Los puestos son de madera, atendidos por gente de la comunidad, pagan por ellos una mínima cuota. Allá lejos, en el cerro, se ven las ruinas. No fui pero leí en el folleto de Teresa Piossek "Los Quilmes", que vivieron allí desde el 800 de nuestra era, su lengua primitiva era el cacán; esta se perdió. Construían pucarás para avisar al enemigo, sabían construir represas, desviar ríos para anegar los campos de otros o favorecerse con sus aguas. Hacia 1480 se produce la invasión inca y muy pronto, la española. Pero los españoles no logran reducir hasta mucho más tarde a los calchaquíes, sólo logran colocar encomiendas en Santiago del Estero. Hubo dos grandes rebeliones, la del cacique Juan Calchaquí entre 1560 y 1563, y la segunda, encabezada por un español, Bohórquez, que fue reducido. En 1665 los Quilmes fueron trasladados a Buenos Aires, de Tucumán a la localidad cercana a la capital, a pie, en una penosa marcha donde murieron más de la mitad.

En la casa de al lado un gato me mira detrás de un vidrio y eso me recuerda que es temprano, todavía no han soltado al gato, pero tres perros de ese patio me ladran sin parar, debo haber despertado a toda la gente de la casa. En la otra cuadra una verdulería que en una pared tiene una campana de vidrio y dentro de esta, imágenes de la virgen de Luján y un San José al que se le despintó toda la cara, la campana está con candado y eso tan descolorido contrasta con el color de las frutas. Le pregunto a la verdulera por qué cierra con candado y me dice: "Pongo candado porque la gente es muy dañina", y: "Tengo que cambiar las imágenes, están muy deterioradas".

Me pregunto, ¿qué creará la gente que hay en esas imágenes, por qué conserva ella eso? ¿Quién lo sacaría? ¿Qué piensa la gente del pueblo de las esculturas raras? Creo que deben pensar que si están, por algo será, tienen el valor de cosas que están por ahí, mientras no molesten... ellas allí y yo acá.

Antes de irme, donde ya termina el barrio, miro el fondo de una casa lleno de frutales, parras y flores. El dueño está en la puerta, y comentamos la música que sale bien fuerte de una casa cercana. Me dice:

—Él pasa música los viernes, sábados y domingos, pobre el que vive al lado, no debe poder dormir nunca.

—¿Y usted puede?

—Y... a veces no se puede.

—¿No se han quejado a la Municipalidad?

—Sí, pero no surte efecto. Él trabaja en la Municipalidad.



Y ahora en la comunidad tienen asamblea, justo lo que yo querría ver. Pero no se puede. Es lógico, son temas internos y soy de afuera. Entonces hablo con dos guías turísticos que pertenecen a la comunidad, David y Pablo. David me dice: "Esto es patrimonio provincial, esto fue privatizado y la primera concesión la toma Cruz (el mismo que organizó el museo en Amaicha) para hacer un negocio. Este lugar fue abandonado en 1665, y en 1977 se restauran las ruinas y pasan al Estado. ¿Cuál fue el interés del gobernador Bussi al estatizar las ruinas? Que en 1978 se hizo el mundial de fútbol y entonces se habilitaron en función lucrativa, esperando mucho turismo. Luego aparece un terrateniente de apellido Chico que dice que las tierras donde están las ruinas le pertenecen y el Estado provincial lo indemniza y se queda con 206 hectáreas. Ahí lo toma Cruz, hace el hotel y en 1998 un anexo, y luego queda Cruz como cinco años fuera de contrato. Hubo gente de la comunidad a favor y en contra de Cruz, luego lo desalojan con la fuerza pública. En 2008 se hace una asamblea y por mayoría la comunidad decide tomar el sitio arqueológico. Todavía no se resolvió el conflicto, esas construcciones que usted ve sin terminar es por ese motivo. La comunidad reclama que el sitio sea de ella y Cruz reclama derechos intelectuales, no es que se considere el arquitecto si no el que pensó el proyecto".

Luego David me dice:

—Uy, se me hace tarde, debo ir a la asamblea.

Me quedé un poco picada porque se fue pronto y quería preguntar otras cosas y además intrigada por los

derechos que reclama Cruz, si hizo en las ruinas lo del museo de Amaicha, es para colgarlo. Pero por suerte Pablo se queda a conversar. Finalmente entiendo que el conflicto de los Quilmes está tan politizado, que es dudoso que yo entendiera mucho. Y decido hablar con Pablo de otras cosas, me cuenta que es de familia de artesanos, guía de turismo de la comunidad, estudió casi cinco años Historia. Me cuenta algo de historia: "Acá hay González y López de clara herencia aborigen, en Tucumán hubo encomiendas y el encomendero les ponía su apellido, y a veces no permitía que se los pusieran a los indios. Había apellidos como Rosa, o María Rosa. A mí me gusta mostrar a la gente las cosas del pasado, los abuelos escondían la herencia. Mi abuela paterna contaba que a su bisabuela la escondieron cuando iba huyendo el ejército. Lavalle pasó por aquí, escondían a las chicas para que no las violaran".

Le pregunto por el ritual indígena cuando muere una persona y dice: "Nosotros consideramos la muerte parte de la vida, se cree en un ciclo de reencarnación, cuando muere una persona se canta, se baila, se invitan cigarrillos, vino, asado. Mi abuela vivió hasta los noventa y seis años y andaba a caballo o en burro hasta los ochenta y cuatro, trabajaba todos los días y comía carne siempre. Mucha gente muy mayor cría cabras, cultiva hortalizas".

—¿Y ahora, hay alguna costumbre que se mantiene?

—Sí, a pesar de tener heladera, se mantiene cocinar con carne disecada (charqui). O el uso de hierbas, por ejemplo, el arcayuyo, con esa se hace una infusión que alivia la fiebre. Y en el lenguaje mezclamos palabras todo



el tiempo, *chango, guagua*. Bueno, no me acuerdo pero muchas más.

-¿Y hay discriminación?

-A veces los de Amaicha, a mí me dicen "el Quilmeño". En Catamarca me sentí muy cómodo, me hice amigo de una chica y ella dijo: "Pero no pueden ser tan indios". Lo dijo sin querer, yo no me enojé.

Me tomé una Coca Cola en un puesto, pedí un remise y me fui a Amaicha. De camino, junto a la ruta pero sin ningún vecino cerca, está la casa de la Pacha Felisa que vive allí con casi noventa años, en ese lugar prácticamente desértico, con un nieto de unos veinticinco años, que tiene un retraso. Yo creí que ella había muerto, pero el chofer me dice:

-No, la que murió es doña Celia, la Pacha actual, la velaron nueve días, nueve días de rezo cristiano pero hicieron el velorio indígena. La Pacha Celia era una mujer de gran consejo, acá venían extranjeros a aconsejarse con ella.

Felisa es la Pacha 2013.

El frente de la casa de Felisa está lleno de botellas de agua o gaseosa, unas cien. Creí que eran para decoración, o algún conjuro contra el desierto. Golpecé las manos y salió un muchacho:

-¿Está tu abuela?

-No -Y después-: Sí.

Salió Felisa, con un bastón de palo, yo la había visto hacía unos dos años sin bastón. No me conocí, me miraba con interés, como tratando de pensar de dónde

venía yo. Estaba sorprendida y me hizo sentar afuera de la casa. Me iba contando:

-He sembrao y he estado tejiendo.

Le ordena al chico que busque el tejido para mostrarme.

-¡Arriba de la cama! -grita.

El chico tarda y trae el tejido. La Pacha lo crio a él y a muchos otros. Me vuelve a preguntar: "¿Te conozco?".

Lo dijo como con duda y después:

-Yo a él le enseñé a tejer.

-Felisa, ¿para qué son todas esas botellas que hay ahí?

-Porque no tengo pozo, no tengo agua acá. -Y me lleva a su pieza-: Vení que te muestro.

Tiene como un retablo con algunos santitos y en el centro, un retrato grande del cacique nuevo. Es un moreno fino, joven, muy lindo. Me dice:

-Lo tengo para que me ayude, a lo mejor el cacique nuevo me hace poner el pozo, porque el cacique de antes, se escondía.

Me dijo que al pueblo Amaicha no quería ir, que ahí, en su casa, mandaba ella y que a ella no la iba a mandar nadie. Cuando me levanté para irme, me hizo como una señal en la frente, que no entendí qué significaba. Mejor así, un secreto tan secreto que ni yo supe qué era.

### San Miguel de Tucumán

Otra vez estoy en San Miguel de Tucumán, a poco de volver a casa. Pero al hotel lo pienso "casa", allí dejé

ropa y recibo los mensajes. Me voy a entrevistar con una socióloga que no conozco, Josefina Doz Costa. Me intriga su apellido y que me dijera que vendría con grandes anteojos, no sé por qué, los imaginé ahumados. Nos reconocimos enseguida y nos sentamos en una de las mesas que el hotel tiene en la vereda, llenas todo el día. Los tucumanos son callejeros y conversadores.

Comienzo:

—En el norte, ¿las comunidades indígenas tenían caudillos como los mapuches del sur?

—No, porque acá los pueblos indígenas estaban bajo el sistema de encomienda, la última resistencia indígena fue acá muy anterior a la del sur, tenían un cacique muy importante, Juan Calchaquí, él residía entre Quilmes y Amaicha, esta resistencia se da en la ciudad sagrada de Quilmes, él es el símbolo de la defensa territorial. Amaicha tiene títulos de propiedad otorgados por cédula real en el siglo XVIII, es la única localidad de la provincia que los tiene. Actualmente Amaicha es una comunidad indígena bien organizada. Tiene una bodega comunitaria, una buena feria artesanal y la escuela de Gobernanza, que se dedica a formar jóvenes líderes dentro de la comunidad indígena.

—En la escuela de Amaicha los chicos rezan un ave maría cuando entran y, en la clase, agradecen a dios el desayuno. ¿Acá no responden a la ley nacional según la cual la enseñanza pública debe ser laica?

—En las escuelas públicas de Tucumán, se reza antes, durante y después. En los juzgados está la cruz. Ayer

hubo una gran marcha de los Pro vida, gente de escuelas católicas que hacen la apología del antiabortismo. La iglesia tiene mucha incidencia en los temas que le interesan, en la relación entre las comunidades y el gobierno, por ejemplo, en el conflicto de Quilmes no se meten.

—¿Cuál es la historia del conflicto de Quilmes?

—La comunidad de Quilmes está organizada hace cincuenta años. Las ruinas primero se privatizan, Bussi las estatiza con la intención de convertir las ruinas en un sitio lucrativo. Alrededor del 2005 la comunidad empieza a hacer presentaciones para conseguir la tenencia de las ruinas. El proceso judicial todavía está sin definición. Quilmes tiene catorce pueblitos designados que tienen delegados, los envían al gobierno superior que es el cacique, este está controlado por la asamblea.

—¿Tiene relación la comunidad que vive cerca de las ruinas con la de Quilmes en Buenos Aires?

—Tienen una relación incipiente, los de Quilmes (Buenos Aires) tienen una bandera, en ella hay una cara indígena. Una vez por año se visitan y también anualmente el cacique de Quilmes viaja a Buenos Aires.

—¿Hay discriminación acá en Tucumán?

—Los políticos se cuidan un poco al hablar, pero se usa la palabra "indio" peyorativamente y si rascás un poco... para la policía, cuanto más oscuro un sujeto, más peligroso. Ahora yo estuve trabajando en Jujuy y el nivel de discriminación es mayor que en Tucumán, allí los de

la capital discriminan a los de la Quebrada, y estos a los bolivianos.

—En Amaicha ha muerto la Pacha Celia y el velorio se hizo al estilo indígena. ¿Cómo es?

—El cuerpo pasa a formar parte de la tierra y el alma entra en un estadio superior, pero el especialista en estos temas es Delfín Jerónimo, que pertenece a la comunidad. Ahora mismo lo llamo.

Para ver a Delfín Jerónimo me trasladé a otro barrio, a la Fundación Andes. No me escuchan cuando toqué timbre y cuando casi me voy, me abren. La fundación está en un primer piso, se ve gente trabajando con computadoras y todos le preguntan algo a Delfín. Está muy ocupado. Yo no sabía que lo vería, no tenía una buena entrevista preparada para él y lo que me interesaba saber bien eran las honras a la Pacha. Además, él se sentó a prudente distancia, no detrás de una mesa, hablamos de silla a silla. Pienso que si hubiera habido un escritorio o estuviera detrás de una mesita, la entrevista hubiera salido mejor. El estar sentados así me producía una sensación de provisoriedad y de que me tenía que ir pronto. Pero algo me dijo: "Ha quedado muy poco de nuestra espiritualidad. Se hacen ofrendas a la madre tierra, donde vuelve el cuerpo y el espíritu vuelve al mundo de los vivos, mejor dicho, los visita. Entre nosotros no se habla de cielo, hay una comunidad entre vivos y muertos, se hace una ceremonia anual de espera de los espíritus. Allí se preparan comidas, juegos, en ellas participan todos,

grandes y chicos. El cristianismo ha querido imponerse y extinguir la religiosidad antigua pero no ha podido. El 3 de mayo se celebra la cruz para la religión católica, pero lo hicieron coincidir con la celebración indígena de la cruz del sur.

"Acá la situación es distinta a la de las comunidades del sur. En Tucumán se repartió el territorio en manos de encomenderos, se desmembraba a la familia, acá hubo una tradición de sumisión, la explotación era feudal se trabajaba por la comida o por poder criar un animal. En la época de los militares, hubo persecución y cárcel para los dirigentes indígenas. Ahora la gente recién empieza a tener confianza en ceremonias públicas indígenas, hay como un despertar y una toma de conciencia. Yo veo un gran cambio ahora, hay avidez por conocer nuestra historia. Es muy lenta esta valorización y hay muchos años de estigmatización, y la gente, el criollo, aunque desciende del indígena, no quiere serlo".

Nos despedimos, a él lo requerían y me volví un poco frustrada de la entrevista. Como en Quilmes, sospechaba que Delfín sabía mucho más. Y después pensé, ¿por qué me tiene que contar a mí, que soy una especie de paracaidista? Para compensarme, me tomé un colectivo para ver cómo se viaja en Tucumán. Me manejé lo más bien y le acerté a la esquina del hotel.

0.10.2010  
Delfín

## San Miguel

Al día siguiente me iba a Buenos Aires, y la noche anterior había festejos en la plaza Alberdi, frente al hotel. Esa plaza era mi pensadero, mi fumadero de resumen del fin del día. Los festejos eran por el día de la madre, había un grupito de gente que parecía escuchar música, pero no, un locutor hablaba y decía "Tucumán danza" y después "Feliz día, Pacha". Unas veinte personas hacían un semicírculo, frente a una profesora de baile y me parece que de gimnasia porque les hacía hacer elongación. Veinte caras morenas le obedecían, chicos, grandes, viejos, y ella decía:

—Vamos a aprender la chacarera, vamos a despedazar el cuerpo, ese cuerpito perezoso...

Después vinieron dos copleros, que se contestaban:

Santiagoño soy señores

De Santiago del Estero

Más vale ser santiaguño

Que tucumano cuatrero.

Y el tucumano respondió:

Mira tú, don santiaguño,

Que me has llamado mattrero

Voy a comprar una pala

Para cavarte un aujero.

Y mientras la profesora de baile seguía enseñando los pasos de la chacarera. Dijo:

—Ahora el cuerpo se despreza con "Luna tucumana".

Y se pusieron a bailar, chicos con grandes, como fuere. Yo no bailé, pero sí canté: "Ay lunita tucumana, tamborcito calchaquí..."

Yo no bailé, aunque ganas no me faltaban. Pero canté "Luna tucumana" y con ese canto me despedí de Tucumán.



## EN EL CHACO SALTEÑO

Invitados por la Dirección de Cultura, venimos a ver películas sobre pueblos originarios que serán mostradas a comunidades aborígenes de las etnias toba, wichi y guaraní, pero en la zona predominan los wichis. En realidad los tobas son quom. Toba es el apodo que les pusieron los españoles y quiere decir "frentón" porque se despejaban la frente en señal de duelo, y a los wichis los llamaban matacos, que significa animal de poca importancia. Estoy en el hotel con un cineasta, ya que le pasarán su documental, y Francisca, chilena mapuche que eligió las películas para ver. En otro hotel hay muchachos que exhibirán las películas, manejarán los autos para llevarnos de pueblo en pueblo. El hotel se llama "Altos de Bermejo" y estamos en el pueblo de Embarcación, a ocho kilómetros del río Bermejo y unos cien kilómetros de Bolivia. Nos regalaron una bolsa y una remerita con el logo de "Semana del cine de los pueblos originarios".

El pueblo de Embarcación donde me alojo tiene unos 20000 habitantes y a la entrada hay un cartel de bienvenida sujetado por torres de ladrillo y una escultura de San Roque con su perro. San Roque tiene cara de borracho humillado y el perro lo mira; tiene un pedazo de algo

en la boca que puede ser carne, o un pan de manteca o tal vez el mismo morro. El perro tiene algo de ornitorrinco. Embarcación es un pueblo lleno de grafitis y pasacalles; uno, morosamente pintado frente a la escuela dice "Cien años. Portal de la educación". Bajo el portal de la educación los perros pelean y hacen su estudio de campo. Esos perros pelean juiciosamente y están por todos lados. Dentro de la escuela, un cartel "Cincuenta años superando las desigualdades sociales, favoreciendo la inclusión integral de las personas". Pido permiso para entrar a un aula y la vicedirectora me acompaña a una sala de séptimo grado. Me comentan lo que leyeron: *El diario de Ana Frank, Platero y yo, Corazones de Hierro*, y cuentos de Elsa Bornemann.

Después veo a las maestras que toman café y me dicen que hay cierta mejoría en la situación económica de los alumnos desde que se entregan los planes trabajar pero además ellos escriben al gobierno para que mande libros y en la escuela hay treinta computadoras, y les han enviado los manuales y libros de lectura para todos los grados. Cuando salgo, en el patio central veo una imagen grande de San Expedito, iluminada por una luz potente.

En la calle, un señor va en una moto con una muleta que la lleva como si fuera un remo y al lado de la escuela hay una feria que vende de todo, ropa, desodorantes, mantas coloridas. En un negocio donde venden mantas, una pareja, acurrucados uno en otro, mira un televisor de espaldas a los posibles clientes. Están

absolutamente centrados en lo que ven: un pastor del rubro de los sanadores. Un sanador vocifera: "Señor de todos los ciudadanos, ata ese espíritu que atormenta los cuerpos a la cuenta de tres". A la cuenta de tres echa a los espíritus y yo podría haber robado todo que la pareja no se daba cuenta.

Se ve que es un pueblo muy religioso, un remise tiene escrito: "Hoy salí con dios, si no vuelvo, estoy con él".

Y en los frentes de las casitas no hay pasto, sólo tienen césped las casas mejor construidas y cuidadas, que no abundan. El resto es suelo pelado con una tierra que a veces, por franjas, quiere ser roja. La vuelta por el pueblo me distrajo de mis preocupaciones. ¿Yo tengo que dar una charla? ¿Un taller? ¿Será un encuentro? Se dan como veinte péculas en distintas comunidades y centros, ¿tendré que verlas a todas? Se dan en sedes distintas, me siento acosada por la multiplicidad. ¿Cuántas péculas! Y si, como es de suponer, debo ver algunas para comentar, ¿ante quiénes? No parece haber mucha premura por explicarme, será que lo que debe suceder, sucede. O me tienen mucha confianza los organizadores o tal vez acá la palabra tenga poco valor, a lo mejor lo que vale acá es el cine. Pero hasta un payaso de circo sabe lo que va a hacer; yo no sé. ¿Quiénes serán los asistentes al encuentro o lo que fuere? Gente de las comunidades, me dijeron críticamente. ¿Con qué nivel de instrucción? No se sabe quién va a venir.

## Inauguración

Como falta una hora para que nos lleven al caserío de Misión Chaqueña, caserío donde se hará la inauguración del festival de cine, charlo con Alejandro Fernández Mouján sobre su película. Y me dice: "La protagonista es una chica paraguaya de catorce años, Damiana, y es la historia de lo que se hizo con ella. Era de la etnia de los achés, y como gente de su etnia robó un caballo a unos colonos, estos se vengaron e hicieron una matanza, a la madre de Damiana la mataron a machetazos, ella se salvó y fue a parar a Buenos Aires, donde fue llevada a la casa de Alejandro Korn, el filósofo y hombre de ideas progresistas, él la puso al servicio de su madre. Como la muchachita a los catorce años es vista como desenfrenada sexualmente, la mandan al Melchor Romero y ahí muere de una enfermedad, no sabían que la tuviera. En esa época los antropólogos pensaban que esa etnia era el eslabón perdido entre el hombre primitivo y el actual. Y además, con esos criterios antropométricos obsesivos y con ese cientificismo agudo, pensaban los científicos que era esta muerte de algún modo un sacrificio necesario para el avance de la ciencia. Sus restos son enviados a Alemania para su investigación exhaustiva y Alemania los devuelve cuando está en plan de devoluciones y debe enviar unos restos a Namibia".

Nos vienen a buscar. Llegamos, después de más de una hora de viaje, a un caserío, Misión Chaqueña. Son unas cincuenta casas visibles, todas con cercos de palos

desparejos, sin pelar. Finalmente, aparece la escuela, grande y cómoda, con un patio central que alberga a unas doscientas personas. Llegamos cuando estaban cantando el himno nacional en wichi, las doscientas caras morenas, de un moreno oscuro. Adelante, la bandera de ceremonia que llevaba la abanderada wichi, con sus ojos penetrantes, su pelo atado y sus zapatillas lavadas. Sentadito cerca, un perro juicioso. El himno y la bandera pegan fuerte en esas latitudes, no es lo mismo que ver y escuchar en Buenos Aires. Un integrante de la comunidad (la escuela pertenece a la comunidad que la cedió para este festival) dice, en wichi y en castellano, que ese acto es un hecho histórico para ellos. Luego viene un grupo de danza indígena: unas abuelas wichis bailan en ronda y cantan temas relacionados con la recolección, con la infancia, de repente el auditorio se ríe y no sé de qué. Hay una señora que parece la intelectual del grupo o una señora más abastecida, no baila descalza como las demás, sino con unas sandalias de una sola tirita, y su blusa y pollera están al tono, su pelo canoso cuidado y va en un degradé armonioso, de más oscuro a claro en las puntas. Ella canta y es expresiva, baja y sube la voz.

Y por fin, la película, *Damiana Kryggi*. Esa película es lo más triste que he visto. A mi lado un hombre wichi llora en silencio. Se restituyen el cuerpo de Damiana y la cabeza en distintas fechas. Por lo tanto primero se entierra el cuerpo y luego la cabeza. En Asunción no se abren las cajas, las entregan a gente de la comunidad aché y hacen ceremonias, cerca de la selva paraguaya, con su tierra

colorada. Cuando entierran la cabeza que vino en una cajita (pasó por la cinta de equipajes del aeropuerto) sus hermanos paraguayos lloran y un líder dice unas palabras muy sentidas en guaraní, después, cada uno va alisando la tierra donde pusieron los restos, como si quisieran acariciar.

En la sala, se para un hombre del público y se presenta como guaraní: "Soy bilingüe", dice y añade: "Yo me preguntaba quién soy, y le he preguntado a los abuelos pero los abuelos callaban, porque eran todas historias muy tristes".

Y yo pensé: acá hay público que viene de lejos, de caseríos más chicos que donde estábamos, la Misión Chaqueña, ¿era necesario pasar una película tan triste en la inauguración? ¿No hubiera sido mejor pasarla en otro momento, ya que seguramente muchos venían con esperanza de encontrarse con conocidos, de festejar un poquito? El documental era muy bueno, y es cierto que deben recuperar la memoria y saber qué pasó; tienen en algunos centros talleres de autoestima, pero para recuperar la autoestima, ¿no es necesario a veces un poco de alegría, teniendo en cuenta lo tímidos y apocaditos que son la mayoría de los wichis? No sé.

### Día de la clase

Al día siguiente me tocaba la clase en Tartagal, a una hora y media de auto, pero eso a la tarde, mi mañana era libre y me di otra vuelta por el pueblo. Cerca de la

plaza, un edificio chico con un gran predio de tierra con un letrero: "Centro Infantil de Policía" y debajo, "Por el camino del bien". En ese campito de tierra están jugando a la pelota chicas y varones; entro y hablo con la agente Roxana Varela. Me dice: "Les enseñamos gastronomía y manualidades (sobre su escritorio tiene cáscaras de huevo y unas cintas). Hay muchos chicos que andan solos porque los padres trabajan, hay también chicos de la calle pero ellos no quieren venir, a veces se esconden en el monte, pero los que vienen participan de los desfiles de la policía, llevan distintivo y guantes blancos". (En un local de la otra cuadra hay un letrero: "Se venden guantes blancos".)

A la vuelta de la comisaría del niño hay un local de comida muy chico, con una tabla que vendría a ser un mostrador a la calle. La base de la pared está pintada de color azul y arriba, se ve que para aprovechar el color, hay una pizza pintada de azul, las aceitunas de un azul más oscuro. Al lado hay una larga pared con mural de los Simpson pero a Homero le han borrado la nariz y a su mujer, el pelo. Me siento para tomar un café en una sillita de afuera pero no hay nadie, viene el dueño y me dice que no hay café pero que me puedo quedar sentada hasta la eternidad. Lo invito a sentarse y me dice: "¿Que para qué se hizo la comisaría del niño? Para sacarlos de la droga, acá se ejercita mucho el deporte. Los chicos drogados me arruinaron los Simpson, yo veo los Simpson y el Chavo. Ellos se drogan con lo que venga desde los diez años y aspiran nafta. Toman lo que venga, se inventan



bebidas nuevas. Ahora están controlando más la droga y sí, nosotros nos conocemos todos. ¿Ve ese que pasa allá enfrente? Ese no es de acá". (Mientras me habla va controlando y saludando a cuanto bicho pasa en auto, en moto o a pie.) Dice: "Estamos a cien kilómetros de Bolivia y este es lugar de entrada de droga. (Sigue saludando a destajo.) A mí me quieren nombrar concejal, pero hay un problema, porque soy analfabeto y no sé entenderme con las carpetas. Le voy a decir la verdad, somos muy quedados acá, se podría fomentar el turismo, algo".

Al día siguiente tuve mi primera clase en Tartagal, a más de una hora de Embarcación, en un centro que trabaja temas tales como identidad y memoria, y allí funciona la FM 99.5, La Voz Indígena. En el centro se dictan talleres de idioma guaraní y trabajan el tema de la memoria desde 2001 y han publicado un libro que colecta costumbres, rituales, recuerdos, trabajos, de las etnias quom, wichi, guaraní y chané. Hay también cuentos de animales, de remedios curativos, del enamoramiento y del parto. Me llamó la atención el recuerdo vívido de la guerra de Bolivia con Paraguay, una guerra entre pobres, de la que los dos salieron perdiendo, y un rito, el del enclaustramiento durante la primera menstruación de la niña: es igual al de los guajiros de Colombia y Venezuela, y el relato es de la etnia chané, que como los guajiros vienen de los arawak, oriundos de las selvas amazónicas.

Y también hay un relato con un juego similar al hockey, que he visto jugar en una comunidad mapuche

en Chile. Un relato wichi cuenta cómo se daba el enamoramiento:

Antes un joven, cuando se enamoraba de una chica, imitaba el canto de un pájaro, cuando se acercaba a la chica elegida, ella le respondía con el canto del mismo pájaro (un chalchalero, una calandria, un cardenal).

Algunos jóvenes no querían imitar a los pájaros para que los padres no se dieran cuenta de que estaban enamorados, pero como tenían costumbre de rasguñarse, los padres se daban cuenta por las marcas.

Un relato sobre la guerra boliviano-paraguaya es de una mujer guaraní: "Mi papá hizo un pozo en el cerro, donde tenía cerco para sembrar maíz, mandioca, batata y maní. Mi papá nos tapó bien, nos dejó alimentos, nos hizo un techo con laras y palos y encima le tiró tierra". (Los salvó de los militares pero a él lo mataron.)

También hay relatos para dolencias y teñidos. Para teñir el pelo de rojo, hervir cáscara de mora hasta que el agua esté anaranjada, eso tiñe el pelo de rojo. Para la bronquitis, hervir un pedazo de caparazón de quirquincho, y grasa de rana para el dolor de cabeza. Hay otro relato que cuenta la persecución de las jovencitas wichis por parte de los blancos, y los padres rapaban a las chicas para que no se las roben.

El primer día de clase o charla estábamos sentados en una sala grande; José Ruiz me vino a hablar aparte, antes. Me dijo: "Yo soy trabajador de radio, nacido en

Ushuaia y allá comía sopa de tortuga, acá los tamales me mataron, por eso voy siempre con mi comida a cuestas: es chocolate y arroz con leche. Yo por la radio pongo música de América, folklore del Chaco salteño; cumbia y rock, no. Yo probé todos los instrumentos, el charango, la quena, pero no se me daban, lo que más se me da es la trompeta. Mi mamá era guaraní y mi papá criollo, por ser mitá y mitá me discriminaron los guaraníes, yo no sabía el idioma, ahora estoy estudiando, estaba en una reunión y me dijeron: 'Se da la vuelta y se va.'"

Y me contó de sus antepasados europeos, pero después me pidió: "Eso no lo ponga porque no lo consulté con el cacique, que es mi consejero".

En la clase hablaron varios. Lucas dijo: "No pertenezco a la comunidad pero tengo amigos que sí, y ahora están un poco mejor; las personas nos damos cuenta de que somos seres humanos". Desde atrás levantaba la mano para hablar una señora flaquita, sufrida y seria. Dijo: "A los wichis no nos dejaban entrar a la escuela pública, a mí me discriminaban porque era pobre, yo no podía comprar los libros y los lápices de colores, nos decían indio sucio, mataco sucio, y a mí me gustaba tanto estudiar, la lengua, la historia, y no pude".

El segundo día de clase vieron una película del gran cineasta boliviano Sanjinés, autor también de *Sangre de cóndor*. La película que vieron reseña todas las luchas sociales anteriores a Evo Morales y hace comprender por qué llegó al poder Evo Morales: cuenta la larga tradición de lucha del pueblo boliviano. Tiene escenas conmovedoras,

como el abrazo de los combatientes bolivianos con los paraguayos cuando terminó la guerra del Chaco en 1931. En el siglo XIX, un analfabeto, Eduardo Quispe, aprende a leer clandestinamente, ya que no le estaba permitido y también de modo oculto prepara maestros rurales para que enseñen a la gente y así se liberen. Pero lo más importante de la película es una escena de rebelión: llueven las balas sobre una multitud y esta sigue adelante, muriendo, como si no pasara nada. Y por fin Evo, en su discurso de asunción del mando, recuerda a todos los caídos por las luchas de liberación.

Se suponía que al terminar la exhibición de la película haríamos un debate, mi charla o lo que fuere se daba en el marco del festival de cine de pueblos originarios. Pero mis alumnos esta vez se habían sentado de otra forma: estaban las sillas contra la pared, como atrincherados, lo que me obligaba a caminar por todo el gran espacio desolado del centro. Me daba vuelta abruptamente para ver a los que estaban detrás de mí, y sentía que descuidaba a los de adelante. Dije:

—Por favor, ¿no quieren sentarse en el centro como ayer? Nadie dijo nada, no se movieron. La antropóloga que coordina el centro, rubia y de ojos celestes, dijo algo, bastante largo para mi gusto y hablaron dos maestros bilingües que no habían venido el día anterior. El resto, mudo, como esperando algo. ¿Cómo podría yo saber el efecto producido por la película? Aunque en realidad, ¿qué había para debatir allí? Me hubiera gustado poder espiarlos cuando hablaban entre ellos, a ver qué decían.

Les pedí los deberes y me los dieron con gran lentitud, como si meditaran sobre si debían entregarlos o no. Cuando ya a la vuelta camino al aeropuerto le comentaba la clase al remisero, aclarándole que yo era ansiosa y quería todo rápido me dijo:

—Es que a usted le falta tiempo y a ellos les sobra. Se pasan sin comer dos días como si nada, esperan ocho horas como si nada.

Cuando terminé la clase estaba descontenta. Hacían un silencio tan elocuente como el de la asamblea espantosa que ponderaba las hazañas de los héroes de guerra: cuando llegaba a un cobarde, lo cubría con un silencio oprobioso. Hubiera deseado que se enojaran y me insultaran. Por otra parte, pensaba que no era malo un poco de silencio después de tanto ruido, pero es posible que yo no supiera utilizarlo. En cuanto a los deberes escritos, en el que se pedían recuerdos familiares de costumbres, trabajos y juegos de chicos, pocos entregaron, quizá para no quedar demasiado expuestos. Me llamó la atención el uso de la k. Escriben: "Porke eran indocumentados". (La documentación es un tema permanente y pendiente en los wichis que viven en el monte.)

Escribe Reyna Nancy:

Y al no tener documento eramos indefensos, no había leyes ke nos ampare y defienda. El pueblo sufrió todas estas cosas porke no tenía eskuela, porke no sabían hablar español. (...) Ahora seguimos resistiendo y vivimos luchando para alcanzar y recuperar todo lo ke nos kitaron.

Ayda Valdez que cuenta muy vívidamente, escribe:

Con los cueros de animales se hacían sillas, cajas y bombos, a los animales más chicos, como ser zorros, nutrias, corzuelas, se los embalsamaba y a los cueros de las ovejas se los usaba como colchón en catre de cuero. (...) Mi abuela era artesana y partera de la comunidad, antes cuando el bebé nacía a la mamá le hacían soplar un mate porongo y al bebé le ponían una manta larga bien ajustada porque decían que al nacer como sus huesos son frágiles se podían torcer. (...) Nosotras las niñas jugábamos con muñecas de chala de choclo y los varones se hacían camiones de la madera del monte. (...) Los perros tenían que salir a cazar junto con mi abuelo, eran ocho perros, todos bien guapos y cuando un perro dejaba escapar un chanchito del monte inmediatamente se le cortaba un pedazo de oreja porque así el perro se hacía más sentidor y baqueano. (...) Había veces que los perros desaparecían en el monte cuando iban a cazar, desaparecían los más lindos y mi abuela me contaba que el dueño del monte se los llevaba.

Aquí una aclaración: el dueño del monte era una di-  
vinidad, porque otra alumna contó que su abuelo, para  
cazar, le pedía permiso al dueño del monte.

Felisa Mendoza escribe:

Mi papá había ido por primera vez a Salta, para reclamar  
por las tierras y todo le llamaba la atención. Miraba una

pared y vio una imagen y dijo: "¿Quién es ese negro fero que me persigue?". Era él mismo. Nunca se había mirado en un espejo grande, siempre en un trocito de espejo.

El día en que pedí los deberes, se acercó una señora muy desvuelta y me dijo:

—Mi hija escribe todo el día, ¿quiere que le traiga el cuaderno para verlo?

—Cómo no —dije.

Y al día siguiente me mostró un cuaderno entero lleno de máximas y aforismos y una hoja suelta que me daba como muestra. Los aforismos recuerdan a Almafuerte. "Nunca digas que no tienes nada, siempre hay algo muy dentro de ti que no se puede ver pero no se pierde". Y otro: "Cree en ti, sin importar nada más, sigue tu objetivo".

Toda una hoja llena de máximas y debajo:

Ana Carema

Comunidad 9 de Julio

Tartagal

Y ella va en camino de ir a la Facultad de Letras, seguro.

### El cacique Secundino Pérez

Hasta hace unos años, la ruta separaba el pueblo de Embarcación en dos. De un lado la población criolla y

blanca, con casitas de material, y del otro, unas casitas precarias, de color oscuro, con cercos hechos con palos desiguales. Desde que llegué a Embarcación, yo veía desde la estación de servicio donde tomaba café esas casitas y quería saber qué eran, quién vivía allí. Vistas de lejos parecían parte de la tierra, como sus brotes. Por fin me animé y le dije al encargado de una gomería que estaba sobre la ruta que quería hablar con algún habitante de esas casas. El de la gomería silbó hacia una casa y se vio una figura. "Sí, está", me dijo. Y ahí me encaminé. Esa casa era difícil de entender, era como si alguien hubiera querido tener el presente y el pasado juntos. Atrás había oscuros depósitos, con cerco de palos desaparejos y adelante un albañil blanco estaba construyendo una casa de material. El dueño era el cacique Secundino Pérez que me recibió en el patio de tierra y me empezó a contar: "Aquí en estas casas hay wichis, guaraníes, criollos. Yo estoy casado con parte guaraní, mi madrastra era guaraní y entiendo un poco la lengua. Yo estudié el secundario y soy maestro capacitador bilingüe, hay que mantener el idioma. (Me mostró una lámina donde se ven objetos y animales con nombres en wichi y en castellano. El mono le salió con una cara absolutamente humana.) Yo mismo hice las láminas".

Me mostró también dos grandes cajas que el gobierno le envía, con cuadernos, lápices, libros de cuentos y blocks para colorear. Él debe repartirlos. Le pregunté por el cerco de palos, y me dijo que los usan sin pulir porque los antepasados los usaban así. Le conté que en la segunda



clase la gente no hablaba y me dijo: "Yo soy muy tímido, cuando voy al gobierno de Buenos Aires me quedo callado. Yo me acuerdo que mi abuela me aconsejaba respetar a los mayores, dejarse aconsejar y no ofender. Yo me crie con mi abuela, mi abuelo trabajaba en la Municipalidad y yo pude terminar el secundario de grande porque él dejó una pensión para mí. Mi mamá se fue a Bolivia y ya de más grande fui con mi hermana a buscarla. Ella nos atendió de diez y dijo que estaba arrepentida de habernos dejado. Yo de chico he sido lustrín y diarero, también en esa época corría el tren que venía de Formosa y se cargaban bultos. Tengo varios nietos, se llaman Jeremías, Mateo, Nahuel, Estefanía, yo con mi señora y mis hijos vamos a la iglesia evangélica, allí nos dan consejos espirituales. Acá en el pueblo nos hacen fama. Dicen que pedimos y que no trabajamos, hay discriminación. Acá hay proyectos que no se emplean, hay un tanto por ciento de las regalías de petróleo que nos corresponden y no se emplean. Usted me pregunta de la droga, y sí, se drogan, los padres vienen como dominados por el problema, no saben dónde están los chicos, se van lejos, al monte. Acá Embarcación es como un depósito de droga, un chico falleció por aspirar nafta y también toman algo que está en la virulana del Cablevisión".

(En ese momento cantan como cincuenta gallos todos juntos y el cacique los hace callar.)

"Antes era más complicado para la gente, venía el dueño de la tierra y con policía y motosierra, cortaban las casas. (...) Yo tomo el día del aborigen como algo

de duelo, pero no todos lo toman así, algunos quieren festejar y no los vamos a obligar a que se pongan tristes. Hay gente que ha salido de la comunidad, pero yo siempre he pensado en estar en la comunidad. Yo como wichi sostengo la cultura."

\*\*\*

Me voy de Embarcación con montones de preguntas. ¿Les son útiles a las comunidades las películas de matanzas en el pasado? Por supuesto que tienen que saberlo, pero, dado que son tímidos y pobres, esa reiteración de un pasado feroz, ¿no los deprime? ¿No habría que levantarles la autoestima? Por ejemplo, hacer una película donde los protagonistas sean ellos mismos, contando su vida doméstica actual, con sus animales queridos y sus plantas, y también con el recuerdo de sus abuelos, sus enseñanzas. Pierden media vida haciendo trámites para obtener tierras y obtienen muy poco. He leído por ahí que un integrante de los quom dice: "A nosotros siempre nos pasan para la semana que viene". ¿No les vendría hacer como a los de la comunidad de Otavalo, Ecuador, que se capitalizaron y se hicieron excelentes comerciantes, con éxito? Todo esto pensaba mientras iba en un remise al aeropuerto de Jujuy, charlando con el remisero. Y después en el restaurante del aeropuerto, un papá colmaba de regalos a su hijito de tres años, ante la mirada complacida de la mamá.

## CUESTIÓN DE PERTENECER

La primera vez que fui a La Paz, a pesar de ser muy joven, me afectó la altura. Sentía la cabeza como si tuviese una sopa espesa adentro. No es una sensación muy desagradable pero es rara, es como si uno se volviera otro. Como si hubiera entrado en otra dimensión. Además, debía caminar despacio porque las calles de La Paz suben y bajan y uno se cansa. Veía pasar a mi lado a personas llevando fardos de pasto, barras de hielo, bolsas con leña que los hacían caminar inclinados y muchos eran jóvenes y ya tenían la espalda doblada de cargar tantas cosas en la espalda que mi apunamiento pasaba a segundo plano. Pensaba, ¿por qué no podrán llevar todo en un carrito? Yo ya había imaginado uno para ellos, todo de madera, las ruedas también. Al día siguiente visité la catedral y junto a la pila bautismal había un cartel: "Prohibido tirar mistura y papel picado dentro del templo". Como yo en ese entonces no sabía nada sobre religiosidad popular, ni sobre mezcla de rituales, pensaba: "¿A quién se le ocurre tirar papel picado en la iglesia?". Y dudaba pensando en cómo podía ser que tiraran eso, o sería que los curas de La Paz estaban chiflados.

Pero lo que sí era indudable es que había muchas personas pidiendo limosna, o con las piernitas deformadas por

falta de alimentación y aquí también inventé un dispositivo para que se alimentaran: debía ser con una ceremonia religiosa, un ritual. Un elegido, preferentemente vestido de blanco subiría a un cerro y de allí emergería para bendecir los alimentos y después ordenaría: "¡Debemos tomar leche! ¡Debemos tomar miel! ¡Comamos el pan!".

También observé que la gente no miraba a los ojos, tenían la cabeza baja o miraban más allá, como atravesando al otro y pensé: "Deben tener alguna forma de mirar". Me compré un diccionario quechua-español, donde la expresión "mirar de soslayo" tenía más de veinte sinónimos.

Después fuimos a Tiahuanaco, lugar sagrado, y a la vuelta, supongo que habremos perdido el micro, volvimos en la parte de atrás de un camión con dos campesinos. Ellos no hablaban castellano. Les ofrecimos unas pocas naranjas y ellos nos dieron una manta, porque hacía un frío de morir. Y así, sin hablar, con sonrisas nomás, nos entendimos. Y aprendí que no se necesita hablar para entenderse. Otro día, tampoco recuerdo cómo llegamos hasta allí y cómo conectamos con esa gente, fuimos a unas oficinas en medio de un desierto, nos llevó en auto una pareja, él boliviano y ella norteamericana, y esa oficina era, supuestamente, para ayuda de los indígenas.

Nos invitaron a comer en el centro de ayuda; él era ingeniero, un mestizo hermoso, ella, que llevaba la voz cantante, era una rubia llovida, y en su tierra debía haber sido una secretaria de cuarta, pero ahí mandaba con el vigor de un piojo resucitado. Él se sometía. Ella habló

pestes de los indios, recuerdo que dijo, que a pesar de que les habían enseñado a comer con cubiertos, no bien ellos se iban, comían con las manos. Pensé que yo haría lo mismo si estuviera acostumbrada a comer con las manos, pero no había lugar para disentir o argumentar. Él asentía a todo lo que ella decía. Eran todas quejas sobre la conducta de los indios. Es muy difícil intervenir en un discurso sin fisuras.

La segunda vez que fui a La Paz, joven, de unos treinta años, ya con lecturas hechas sobre política y otras yerbas, también me apuné. Ya en el aeropuerto me asusté un poco: había una especie de sala de primeros auxilios con gente atendiéndose. Pregunté qué era eso y me dijeron que era para los asmáticos y los cardíacos. Me apuné con esa sensación de sopa espesa en la cabeza, pero eso ya era conocido por mí. Igual, pasé tirada en la cama los dos primeros días. En cierto modo es una dolencia benigna, porque no es que uno esté acostado y no se aguante estar en la cama; es un estado en el que no se desea nada. A los tres días visité a Soria, libretista de *Sangre de cóndor* del excelente cineasta Sanjinés. (A propósito de Sanjinés, vi una película sobre Evo Morales donde se cuenta de modo impresionante cómo Evo no fue ningún milagro: lo precedieron innumerables luchas campesinas; en una de ellas, a fines del siglo XIX, la gente, en vez de escaparse ante el tiroteo del ejército, le ponía el pecho a las balas, seguían matando y ellos seguían marchando.)

Soria se prestó inmediatamente a tener un encuentro. Grandote, oscuro y sonriente me fue contando cómo

tuvieron que recurrir a actores improvisados porque en Bolivia había pocos actores, los mismos que eran de teatro eran de cine, y no pasaban de diez o doce. En la película se cuenta un proyecto norteamericano donde se ayudaba a parir a las mujeres, pero los esposos descubren que cada vez que las mujeres van a tener hijos allí, los hijos mueren. O si no, las esterilizaban sin previo aviso. También contó que pasaban esa película en muchas comunidades del interior, a veces la veía gente que nunca había pisado un cine en su vida. Entonces, como la película tenía *racontos*, para hacerla más comprensible, la volvieron lineal en el tiempo. Soria se luxó un tobillo durante una filmación en la sierra, y lo curaron en la comunidad, cuando llegó a La Paz, se hizo atender. Él usaba las dos medicinas, la de la sierra y la de la ciudad. Todo esto lo contaba con humildad, paciencia y sonriendo.

Y hace poco yo tenía muchas ganas de volver a La Paz, para ver cómo les iba yendo con Evo Morales, pero tuve miedo de los cuatro mil metros de altura. Entonces pensé: "Hay tantas colectividades en Argentina, están en La Plata, Escobar, Liniers, en Morón. Voy a visitar alguna de aquicito nomás". Y así hice. Un domingo, tomé un micro hasta Once, el tren hasta Morón, otro colectivo hacia la base aérea de Morón y caminé tres cuadras. El barrio era como tantos del conurbano, de calle asfaltada, la moto en el jardincito delantero de las casas. Algún auto, los perros despiertos y los dueños de la casa dormidos porque era temprano (yo siempre llego temprano a todos lados). No veía a la comunidad boliviana por ningún lado. Yo

esperaba un barrio entero, y le pregunté al único vecino despierto dónde estaba la comunidad. Me dijo:

-Toque timbre, es enfrente, hay gente adentro.

No era un barrio, era una capilla donde se oficiaba misa el primer y tercer domingo del mes, seguida de almuerzo, y ahí convergía gente de la colectividad que venía de otros sitios. Mi contacto con la comunidad se llamaba Beba, pero yo no la conocía personalmente. Me dijo por teléfono:

-¿Te quedás al almuerzo?

Sí, le dije con entusiasmo pensando en un montón de preguntas que había preparado, cómo se sintió al llegar a Argentina, qué extraña de allá, etc. Junto a la capilla había un local y me atendió una señora encargada que evidentemente pertenecía a la colectividad boliviana y le dije que esperaba a Beba. Me miró con profunda desconfianza y casi no me deja pasar, en realidad me colé porque entró el yerno de la señora guardiana a quien pregunté:

-¿Usted es de la colectividad?

-Yo no, mi suegra.

Antes de entrar yo había mirado los carteles pegados en la puerta de entrada. Arriba había una inscripción: "Colectividad de residentes bolivianos, virgen de Copacabana". Debajo: "Prohibido entrar con bebidas al templo". Y un tercero, de protección ante robos, extorsiones y cuentos del tío. El encabezado era: "¿Cómo contestar al teléfono ante llamadas extrañas?". Había varias respuestas. Uno de los ítems era: "Lo tenemos vigilado". Respuesta:

ella no era actriz, del momento  
busca en lo habitual la materia del relato



“¿De qué color es mi camisa?”. Se ve que era gente precavida.

Cuando entré, pude mirar el local, amplio, para bailes y todo tipo de eventos, con unos bancos y mesas de madera, al final, los baños con el letrero en castellano y en quechua.

A un costado, la cocina. Le dije a la cocinera para qué había ido y tampoco conocía el nombre de Beba. Me dijo:

—Hable con la encargada, yo sólo le puedo contar un montón de pavadas.

Iban llegando autos, algunos importantes y abordé a un señor mayor que bajó con su señora y dos nietas. Le dije:

—Señor, ¿usted es de la colectividad?

—No, mi señora es.

La señora ya había entrado y me dejó pasar a la capilla, donde había una imagen chica pero muy linda de la virgen de Copacabana. También me dejó entrar a la sacristía donde había una vitrina con muchos trajes.

—¿Y estos vestidos?

—Son los vestidos de la virgen. Tiene más de treinta y cinco.

Pude ver algunos con bordados plateados, otro tenía en la manga el escudo argentino, mucho verde con dorado y en el estante de arriba había muchas coronas de la virgen que parecían de plata. La señora estaba con las nietas en la capilla y les dijo a las nietas:

—Hay que rezarle a la virgen.

Y para dar el ejemplo, rezó en voz alta:

—Virgen de Copacabana, dame fuerza y valor para luchar contra mis enemigos que me achatan y menoscaban.

Salí de la capilla porque me sentía intrusa. Pensé: “La gente que tiene enemigos es o se considera importante, no me van a contestar nada”.

En la puerta, vi una señora de rasgos indígenas y me dijo:

—Entrevisite a mi marido, ahí está.

Él se prestaba lo más contento, su señora desapareció, y mientras nos sentábamos en los bancos del salón, una señora nos seguía como si quisiera ser incluida. Tenía rasgos indígenas, su vestimenta era muy pulcra y urbana. Le dije:

—Señora, usted también.

Nos sentamos en el gran salón de actos y de baile y empiezo a preguntar. El hombre me dice:

—Ah, pero yo soy español, no soy originario.

En broma, le dije: “Entonces, no me sirvé”.

Y a la otra señora que se había colado, que tenía rasgos indígenas le pregunté si era originaria. Me dijo:

—Yo, de ninguna manera.

Dijo que todos sus abuelos eran españoles. Entonces di por terminada la entrevista y me fui a la puerta, a esperar que llegara más gente. Abordé a una pareja, los dos evidentemente originarios, parecían de distintas etnias y les hice la consabida pregunta.

—No —dijo evidentemente fastidiada la mujer. El marido titubeó, como si quisiera demorarse un poco conmigo, pero ella le dijo “Vamos, vamos” y se lo llevó.

Ya vencida, fui a ver si estaba la famosa Beba, mi contacto. La encontré muy ocupada, porque estaba tildando gente en una planilla a medida que entraban, posiblemente para inscribirse a un futuro viaje a Tucumán, anunciado por un cartel en la puerta de la capilla.

Beba me dijo:

—Muchos son de pueblos originarios pero no te lo van a decir, no quieren ser confundidos con los campesinos, te van a decir que no son. ¿Te quedás al almuerzo?

—No, gracias, no ando bien de la panza.

Y me fui silbando bajito.

## LA SELVA DE LIMA

Hace muchos años conocí la ciudad de Iquitos que está en la selva peruana. A ella se viajaba y se viajaba desde Lima en avión, porque por vía fluvial si el curso del río no es favorable, se tarda como diez días. Viajaba en ese vuelo mucha gente humilde. Cuando bajamos, se santiguaron. Recuerdo ese viaje en detalle; en el hotel había un guacamayo de todos colores, las paredes del hotel, azules. La ciudad se levanta a orillas del río Marañón que es un afluente del Amazonas, y por el río se trasladan todo el tiempo familias con chicos, perros, cacerolas, todo en canoa. Las casas están sobre pilotes y en la otra orilla, la selva. Cerca del hotel, una señora conserva de los moscos zancudos a unas tortas como de pan casero, las abanica sin prisa ni pausa, el pan y la pantalla de palma son de color claro, el pasto y los árboles de la selva de un verde oscuro.

Los moscos zancudos están en todas partes, y también en la mesa de la biblioteca. Las mujeres que andan por la calle son lindas y tienen la espalda muy erguida porque llevan bultos sobre la cabeza. Y por la calle, en una casa, un cartel: "El médico regresa el 24 de mayo" (estábamos en diciembre). Cerca de lo del médico, la funeraria más alegre que he visto; las paredes del local con un mural de

colores vivos y arriba de la puerta de entrada, un cajón en rojo, decorado con mariposas y flores.

Hace un mes, cuando me invitaron a la Feria del Libro de Lima, aproveché la ocasión para pedir una entrevista con un antropólogo, que como tener los tienen en abundancia. Entonces me sacaron de la mesa de escritores viajeros y me pusieron en una de "Etnias aculturadas de la selva peruana". Y la tentación de participar en esa mesa iba unida a mi ignorancia: no hay material en Buenos Aires para que yo pudiera hacer pie en semejante convocatoria. Pedí que me bajaran de esa mesa al suelo y me contestaron que no me preocupe, que iba a estar todo bien. Yo no sé si los organizadores tienen virtudes chamánicas o simplemente se dijeron: "Ahora no vamos a cambiar otra vez a la gente de las mesas", pero yo estuve en esa mesa con un antropólogo, Cornejo, y con una escritora de ficciones y también antropóloga, Karina Pacheco, que me regaló dos libros de gran valor. Como dicen los chicos, en la mesa "zafé" y Karina Pacheco me dijo:

—Te quiero presentar a unas personas que te van a interesar.

Eran Rebeca y Roger. Rebeca es blanca y Roger indio de la comunidad shipibo de la selva amazónica. Ellos dos con su hijo David forman una trinidad, van a todos lados juntos. Ellos van juntos para promover la cultura de la selva y la alegría. Roger y Rebeca están tan contentos de estar juntos como si se hubieran conocido ayer. Es una alegría adolescente. El hijo, David, como casi todo adolescente, es serio: estudia Bellas Artes en Lima. Es el que

fotografía y filma todo. Rebeca me dice con entusiasmo: "Él se fue a Nueva York solo". Y añade: "Quedate para ver la mesa siguiente que te va a interesar". Me quedo.

En esa mesa presenta un libro de literatura infantil con ilustraciones propias Rember Yahuarcani, que es de la etnia witoto. El autor dice que proviene de una etnia que se está extinguiendo, muchos witotos se desplazaron por trabajo o huyendo de la esclavitud a que los sometieron los caucheros en la época del auge del caucho. Hubo naciones amazónicas que desaparecieron y otras quedaron con muy pocas personas.

Esta presentación es auspiciada por el Centro Cultural de España y la tirada del libro es de 5 000 ejemplares. El nombre del libro es *El sueño de Buinaima*. Primero baila una joven una danza reptante, como de serpiente, pero como de serpiente limeña, discreta. La primera presentadora del libro es de piel blanca, con cara de gato satisfecho. Hace grandes elogios a Rember. El otro presentador es serrano y ha preparado muy bien su trabajo, dice, entre otras cosas: "Nuestro país tiene una gran deuda con las naciones amazónicas, los han matado y vejado".

El color de piel del presentador serrano es de un color distinto al de Rember, es de un moreno más opaco. Rember tiene brillo en la piel, y está tirante y lustrada, él lleva un rodete y dice: "Por parte de madre soy del clan de la garza madre, por parte de padre, del clan del jaguar". Es uno de los más importantes pintores indígenas del Perú. (Después pude ver sus pinturas en la computadora, en su página web, y es realmente extraordinario.) Sigue

Rember: "Quiero recordar a mi abuela Marta que me contó todos los mitos; los mitos para el mundo witoto son respuestas, hay seis versiones, todas ciertas, de cómo aparecieron el hombre y la mujer en el mundo. Acá hay amigos de hace diez años, el tiempo que hace que llegué a Lima. Yo con mi papá empecé a investigar cómo podemos introducir palabras en nuestro lenguaje, trabajamos para ver cómo traduciríamos 'Cámara fotográfica'".

Y a pesar de que Rember vende sus pinturas en Alemania y cotiza muy alto, dice: "Las ilustraciones de este libro son en realidad pinturas, yo ilustré este libro para que la gente que no pueda comprar pinturas mías pueda tenerlas". Y como hijo de la selva que es, aprecia los olores. Dice: "Cuando salió este libro lo primero que me encantó es su olor a papel impreso".

\*\*\*

Las etnias de la selva peruana son muchas y están organizadas en comunidades. Hay una multitud de asociaciones que promueven la organización del trabajo, la participación política, la venta de productos y otras que contribuyen a mejorar la calidad de vida de los nativos. Pero no es oro todo lo que reluce, en cuanto a la participación política. Si bien ya hay alcaldes surgidos de las etnias, los mestizos y los blancos se adjudican los puestos más importantes y quedan relegados a cargos menores. Uno podría suponer, como le dijo un nativo de la Polinesia a un antropólogo: "Antes le pedíamos

a los dioses, ahora le pedimos todo al jefe de distrito". Pero no, han logrado ensambalar el mito con la realidad actual. Por ejemplo, para que se empoderen frente a los mestizos y blancos que manejan los negocios, se recurre a un mito transmitido oralmente: el de Iva y Bachín. Iva es un hombre fuerte y grande, y Bachín un ser humano que tomaba la forma de mono, era muy escurridizo, un estratega que vencía a Iva con astucia. Un ritual que conservan es el de tomar ayahuasca. Por ejemplo los arawak la toman antes de decidir qué función de Estado les es más conveniente en ese momento. Ya hay muchos nativos que trabajan como comerciantes, maestros y profesores, choferes y que tienen participación política local. Pero estas poblaciones siguen siendo demasiado invisibles para las autoridades centrales y son discriminados en Lima. Alan García concibió el Amazonas como una tierra despoblada, dijo: "Tierras sin hombres para hombres sin tierra". También los acusó de ser "Perro del hortelano". Y cuando Alan García y Fujimori abrieron las puertas a las transnacionales para la explotación de petróleo y gas, como esto traía aparejado la deforestación de la selva, los indios hicieron piquetes de oposición. Alan García dijo que los indios estaban en connivencia con potencias extranjeras que se oponían a que Perú fuera una potencia petrolera. Pero en realidad los bloqueos de carretera eran para oponerse a la contaminación del suelo, del agua, del aire.



## Formas de percibir

¿Cómo ven el mundo las etnias de la selva? Algunas son de origen arawak, que es de donde provienen los guajiros de Colombia, Venezuela, hasta Cuba, la selva peruano-ecuatoriano-brasileña y llegan hasta los chagné del norte de Argentina. El antropólogo brasileño Eduardo Viveiros de Castro, en *La mirada del jaguar*, dice: "Conciben el mundo poblado de otros sujetos que perciben lo real de modo distinto a los seres humanos". Por ejemplo, la etnia de los arameté cree que sus dioses veían a las tortugas como humanos. Karina Pacheco, la antropóloga y escritora de cuentos con temas selváticos, escribe en *Miradas*: "Nosotros no recogíamos los huevos para comerlos, mi abuelo decía que las tortugas cargaban sobre su lomo el peso del mundo y si ellas desaparecían, este peso recaería en nosotros y nuestra caparazón no está diseñada para sostenerlo". Y más adelante, en el mismo cuento: "Si me tocaba la piel de la espalda podía sentir la corteza de tortuga y las hendeduras de cada uno de los octaedros y lianas que la adornaban".

Habría como una sustancia común, la coracidad (además la tortuga es un animal muy prestigioso y valorado). La coraza de la tortuga parece más fuerte y resistente que mi columna vertebral: prueba de que mi columna no es tan fuerte, es que cuando me inclino o me duele la espalda, o me doblo. Sería una entidad por participación; el caparazón y mi columna participan de la coracidad y en otro orden, el jaguar y el hombre en su

posibilidad de ser feroces, de la ferocidad o jaguaridad. A diferencia del modo de pensar de occidente, donde se sostiene que el hombre tiene un pasado común con los animales y luego triunfó sobre la animalidad, por decir así, acá la humanidad es atribuible a los animales, al viento y hasta a los objetos inanimados. Los animales pueden aparecer bajo forma humana y viceversa. Karina Pacheco escribe: "El sol se puso a cantar con su voz de cigarrá", y más adelante: "Se puso a cantar con su voz de jaguar". Según el antropólogo brasileño lo que cambia no es la perspectiva, en esta cosmovisión lo que cambia es el mundo. Vendría a ser que las formas están al servicio de las fuerzas, estas cambian de forma y se manifiestan en formas provistas de intención. La lluvia, el sol, la misma piedra me dicen algo. Si todo me habla, si todo me dice algo, para asegurarme de una decisión, para precisar lo que siento basta con echar una mirada a mi alrededor, un chillido de garza me puede dar la respuesta. Parece raro, pero no lo es tanto. Cuando no entendía bien algo que me estaba pasando, o tenía una sensación de desasosiego, a mí me bastaba ver la conducta de mi gato para ver qué me pasaba a mí.

En el libro de César Calvo, escritor y periodista de Iquitos, *Las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonia*, se encuentran cosas sorprendentes. Es una novela hecha en capítulos breves donde se cuentan muchas experiencias con ayahuasca, hechas por brujos y adláteres. Ese libro me recuerda a Roa Bastos. Aquí se habla de boas con orejas, peces que antes cantaban en forma audible y

ahora lo hacen con sonidos que no podemos captar, perros que se ofenden si les dan un plátano (es alimento de hombre), Cristos con alas que van volando y mariposas de alas "terciopelosas". También aquí se habla de policías que toman ayahuasca con los presos, uno puede decir "es ficción" pero aun siendo ficción es sorprendente. En otro texto, un nativo pierde el avión porque le sobra un poco de tiempo y se acerca a la selva para despedirse, se pierde en ella y no llega a tiempo para su vuelo. También se nombra un restaurante "La bagueette de Pucallpa" (Pucallpa es una ciudad de la selva) porque la novela también habla de cosas de todos los días. Por ejemplo, en relación a las transacciones comerciales actuales (en general los mayoristas son blancos y mestizos), les venden a los nativos herramientas domésticas y de labranza, por supuesto deben pagar por ellas, pero en realidad creen que es el dueño de esas herramientas el que se las manda para ellos. Como todo tiene dueño, el monte, el río, una deidad, el que da permiso para que llegue hasta ellos es el dueño. Otra cosa que se dice aquí es que las enfermedades no se curan con hierbas, sino con alegría. Acá no valdrían las hierbas por sus propiedades intrínsecas sino por la conducta de quien las da o receta y la disposición del que las recibe. Traspolando contextos, un médico que no es cuidadoso me puede dar un remedio que me hace mal para otra cosa, y además si lo recibo con prevención es muy posible que me caiga mal.

También leemos que las ideas se graban mejor en el aire que en los cuadernos.

Es sabido que Fitzcarrald fue un cauchero que mató a muchos indígenas. Ino Moxo, el chamán de Iquitos, dijo: "Cuando pienso en Fitzcarrald y en sus mercenarios, cuando pienso en esos genocidas, me dan ganas de nacionalizarme culebra".

### *Tras los hijos del bosque*

Rebeca Rivanadeira, la maestra limeña que se casó con Roger, líder shipibo de Ucajali, Amazonia, escribió un libro, *Tras los hijos del bosque*, donde da cuenta de su vida en la selva como instructora de maestros locales. El libro está dedicado a "Roger, mi amado esposo, a David, mi hijo esperado y a todos aquellos que son llamados a servir entre los hijos del bosque".

Lo de servir se vincula con el culto evangélico del cual Rebeca y Roger son ministros. Cuenta en el libro que su deseo de ir a la selva nació cuando su padre, un periodista limeño le mostró cabezas reducidas de jíbaros que tenía en su casa. Rebeca se dijo: "Yo voy a ir allá a la selva a ver por qué hacen esto". Ya de joven, se fue a la selva sin avisar en su casa como para echar una primera ojeada. A la vuelta, como no creían que había estado en la selva los convenció mostrándoles una piña que había traído de ochenta centímetros de largo por sesenta de diámetro. Después decide quedarse en Pucallpa: había allí unos trescientos maestros bilingües católicos, evangelistas y hasta curanderos. Allí conoce a Roger, que ya

había hecho sus estudios bíblicos y él la invita a comer a un restaurante de Pucallpa. Roger se portó como un caballero educado, le retiró la silla para que ella se sentara y le pasó la azucarera para que se sirviera ella primero. Ella se preguntaba dónde había él aprendido esas normas, nacido en la selva. Él las aprendió en el instituto de estudios bíblicos.

A Rebeca los nativos le pusieron por nombre "Soklo". Como ella es un poco gordita y andaba con una pollera azul dijeron que era parecida a un pájaro de ese nombre que es un ave gordito de alas azules. Después Roger le propone casamiento y ella acepta. En la ceremonia llevó una pollera blanca de cañamazo, en el ruedo semillas que hacían ruido al andar y una corona de colores. Roger llevaba una corona de tres plumas.

Y ahora, después de la pérdida de tres embarazos de Roger, nació David, el hijo que los acompaña a todas partes.

### Una visita a la comunidad de Cantagallo

Me parece que lo que vincula a Rebeca con las gentes de la selva peruana es la creencia de que casi todo es posible, ella perdió tres embarazos de Roger, se le dijo que no iba a tener más hijos y después tuvo a David. Se casó con un shipibo y superó las prevenciones de sus parientes de Lima, se cayó de un bote en un río de la selva y la daban por ahogada, pero nunca abandonó lo que ella llama su

misión. Ella me guía para ir a la comunidad shipiba del Cantagallo, que queda cerca del río Rimac, en Lima, en la ciudad vieja. Cantagallo es lo que en Buenos Aires llamaríamos villa miseria y los peruanos, con eufemismo, dicen "pueblo joven". No hay cloacas y deben buscar agua de una toma, las calles son un poco desparejas, todas de tierra. Las casas son de material precario, de todos colores, con mucho azul, rojo y amarillo. Hay una escuela bilingüe dentro de la villa pero es feriado y está cerrada. Junto a ella, juegan cuatro chicos de seis a once años. Pregunto: -¿Quién nació en Lima?

Los tres más chicos levantan la mano, el mayor nació en la selva, se acuerda poco de antes pero ha vuelto una vez.

Salieron a recibirme en tándem Rebeca, Roger y David, como la santísima trinidad, como una pequeña empresa que va a todas partes. David con una poderosa cámara de fotos. Ellos ya habían hablado con Roldán y Roxana que me esperaban en casa de esta. Antes hablo con Jonás que es fundador de la comunidad y de la escuela bilingüe. Es nacido en la selva, hace quince años que está en Lima y me dice:

-La comida en la selva es más sana que la de Lima, todo es asado, no se usan picantes, allá se dejan abiertas las puertas de las casas, porque es raro que roben, allá cuando la gente, pide le dan.

Me dice que hay costumbres más higiénicas, porque en la comunidad hay muchos problemas de piel en los chicos y por la falta de cloacas, allá después de hacer sus necesidades la gente se limpia con una hoja de plátano. Le

pregunto qué encuentra distinto en Lima y me dice que los amores son distintos, que allá todavía ahora existe la práctica de que el padre de la novia la entregue al novio y ella tiene que obedecerle.

Y entramos en casa de Karina, allí está ella, también de la comunidad shipiba, y Roldán que es pintor. Uno se olvida de que la casa está hecha de material precario, porque los colores vienen de todas partes, de las paredes, donde están colgados los cuadros de Roldán, de la mesa donde trabaja sus artesanías, collares, pulseras, sonajeros de puertas, canoas con su remo en miniatura. La canoa es de un rojo natural, opaco, y los dibujos son negros. Es un rojo maderil, absolutamente ensablado con la forma de la canoa, uno se imagina la planta de donde sacó la tintura. Los sonajeros de puertas están hechos con dientes de pez y un collar con semillas azules es una joya en cualquier parte.

En los cuadros de Roldán están el jaguar, la boa, la garza, el mono, la tortuga. Roldán vende sus cuadros en Alemania, viajó a Alemania y a Japón, y sigue viviendo en la comunidad de Cantagallo. Me da su tarjeta, de un lado tiene un bicho con su cuerpo lleno de nervaduras, como si fuera a la vez un vegetal y un animal. Del otro lado se leen dos nombres. Arriba, Shoyan Sheca, y debajo: artista shipibo-konibo. En el centro, con letra más grande, Roldán Pinedo López. Y la dirección: Vía Evitamiento 6, tercer nivel, mercado Cantagallo, Rimac, Lima, Perú. Me dice que Shoyan Sheca es el nombre que le puso la comunidad, quiere decir "ratón inquieto". Me

dice: "Mi abuelo era curandero chamán; allá a los chicos se les transmiten los cuentos y los mitos, hay animales que anuncian larga vida, como la tortuga; el búho anuncia visita, y hay un ave, el sharara, que vuela y pesca al mismo tiempo. Entonces el hombre dice: 'Cómo quisiera ser ave para pescar volando'. Hice mi primera exposición en Lima en 1999 y acá yo me imagino la selva, me vienen recuerdos entonces pinto y me da placer".

Karina anda en los treinta, es linda y reticente, mientras habla, sigue trabajando. Me dicen que ha sufrido recientemente una desgracia, murió su esposo de menos de cuarenta años, pero yo sospecho que atraviesa las vacilaciones de la transición: no es de acá ni de allá. Tiene puesto su traje típico, pero muy prudente, muy disimulado. Dice, como quien no quiere la cosa: "Mi abuela pronosticaba cosas, ahora ella está en Lima, ella interpretaba a través de los sueños y de los animales. Mi bisabuelo tenía dos esposas y eso era legal, muchas veces eran hermanas, era legal".

Roger dice: "Yo estoy agradecido al abuelo de Karina que me salvó la vida. Mi mamá me enterró al nacer (era usual cuando había gran número de hijos u otras circunstancias y lo dice sin énfasis, como cuando uno agradece un regalo cualquiera). Yo me cambié el nombre varias veces: Juan, Tomás, García, pero Juan no podía ser porque ya tenía un hermano llamado así. A los dieciocho años descubrí que García era apellido. Mi hermano mayor nos puso el nombre a todos y la fecha de nacimiento era la que



te anotaban en el registro civil. Mi hermana me dijo que no nació en la fecha que me anotaron, porque nació en época de la sandía. Yo acá en Lima aprendí a mirar a los ojos de la gente, porque en la selva no se usa, se mira arriba o abajo, nunca de frente". Y ahí salta Rebeca y dice:

—Yo le decía a Roger "decime que me amas".

—No, allá no se usa eso —dice Roger—. ¿Que cómo se demuestra el afecto? Haciendo la mujer una comida que le gusta al marido o él deja de ir a pescar para acompañarla.

Le pregunto a Roger cuáles son los insultos más frecuentes. Al que es lento, haragán *panshe*, perezoso, como el bicho. Otro insulto es "mono delgado". Dice: "Cuando un niño no tiene padre, eso es vergonzoso, es nacido, pero nomás crece". Y volviendo a sus diversos nombres y a la vida en la selva, dice: "Yo he vivido una vida de dicotomía y allá en la selva también viven así, cuando están enfermos van a ver al pastor, al cura, al chamán y al espiritista que les dicen distintas cosas".

Tanto Roger como Roldán tienen puestas camperas típicas con dibujos geométricos. La de Roger tiene un lettero. Rebeca dice:

—En tu campera te pusiste "Nibake" (hijo de la selva). Y los dos se dan vuelta para que yo vea bien su casaca.

Y a continuación:

—Muéstrale, Karina, tu faja.

Karina se levanta su blusa roja y deja ver una faja ancha, blanca, signo de su status; desciende de un chamán. Después ella me cuenta que en Lima hay unas mil personas de distintas etnias de la selva; la asociación que

ella preside difunde el arte de la selva en Lima. Su hija mayor, de diecinueve años, estudia Gestión Ambiental en Lima.

\*\*\*

Muchas cosas me asombraron de esta visita y de mi viaje en general. Primero que los limeños no conocen la existencia de comunidades selváticas en la ciudad; en segundo lugar, la capacidad de sus pintores y artesanos es innegable. Y también la historia de estos pueblos, rechazaron a los conquistadores, a los incas, a los guerrilleros de Sendero Luminoso, que fueron a buscar adeptos y no encontraron. Hay un cuento del escritor peruano Daniel Alarcón en el que plantea que la mayor dificultad de los guerrilleros en la selva no fue la lucha, que era escasa, los enemigos eran el calor, los bichos, la larga espera cuando estaban incommunicados, que era casi siempre, escuchando ruidos desconocidos.

Yo para eso iría a la selva, para escuchar ruidos nuevos y desconocidos.

Yo para eso iría a la selva, para escuchar ruidos nuevos y desconocidos.

## ECUADOR: QUITO Y OTAVALO

### Entramos a Quito

El taxi que me lleva del aeropuerto al hotel tiene la radio prendida a todo lo da. Son las seis y treinta de la mañana del domingo y el locutor grita: "¡Que viva Quito! Un saludo a los ganaderos, a los encargados del volante, a los escolares. Anoche se eligió a la reina de Quito, la nueva soberana (se empiezan a ver los cerros y un camino en la montaña). ¡Tenemos reina en Quito! Se trata nada más y nada menos que de Panchi Vergara, Panchicita!". Luego se escucha una canción tristísima que repite "mi vida no vale nada" y aparece todo Quito colgado de la montaña. Ya entrando en la ciudad, un cartel: "Centro del muchacho trabajador", ahí aprenden oficios, y "Viveres Isabelita". El locutor dice: "¿Qué chica quieres?". Viene a ser "che cazzo". Sigue: "qué más le podemos pedir al papito Dios". Hace llamados a los oyentes: "Hola, mi comadrita", y luego: "Qué bacán, qué bacán, hoy he venido como un alacrán". Y añade: "Fue elegida la señorita Agua-Cielo".

Entramos a la ciudad. Carteles: "Restaurante el paso del fraile", baños turcos "La kaskada" y un café que se llama "Dios no muere".

Dejo la valija y me siento en una plazoleta donde hay un puesto de flores, mejor dicho una florería chica desde donde se escucha a una madre que reta a un nene chico.

-¿Dónde lo botaste?

Es un enojo tranquilo pero persistente:

-¿Dónde botaste el marcador?

Y así, unos veinte minutos de eterna repetición. Mientras en un rincón, unos hombres juegan al ajedrez. Suelen sentarse en las plazas para jugar a diversas cosas con sus tableros. En otro rincón, un músico duerme en el suelo, rodeado de instrumentos varios, un guardián dormido. Pasa gente debajo de sombrillas para cubrirse del sol, una nena pasa debajo de una sombrilla, llorando.

A una cuadra de allí hay una manifestación contra las corridas de toros, a pesar de ser un grupo chico, de gente totalmente inofensiva, hay más policías que manifestantes. Gritan: "¡Quito no es taurino, abajo Ponce!" (Ponce es el empresario que organiza las corridas). Manifiesta uno que tiene puesta una cabeza de toro, y cuando gritan "Libertad para los toros", la cabeza asiente. También van enumerando los argumentos de Ponce para estar a favor de las corridas, y la cabeza de toro niega. Los manifestantes gritan "Falso" y "Todos somos toro".

A la tarde fui a la feria del libro, pulcra, ordenada, donde los libros son visibles, más bien contemplables, no hay tropes de gente. Hay un recital de música peruana en el auditorio, quiero escuchar. Hay algo de doméstico en el mobiliario de la sala; las sillas donde se sientan los músicos son como las de la sala de una casa, y cuando queda

mucha gente parada llevan muchas sillas caseras para que todos se sienten. No son sillas impersonales. Las mujeres del público llevan sombreros parecidos al panamá y en el escenario, nada de efectos especiales de luz. Las canciones que tocan son en general las tradicionales, por ejemplo, Chabuca Granda, pero en otras que no conocía el amor es tratado con un respeto supino muy difícil de encontrar en el Río de la Plata. En una canción, la separación está planteada con tanta delicadeza que no se puede creer:

No sufras más mi amor por mí

Búscate alguien que te haga feliz.

Has sido mi guía, mi faro.

El momento de la despedida se atenúa con alabanzas al despedido. Otra letra: "Cada domingo a las dos, después de misa". Y pienso que esa letra no funcionaría en el Río de la Plata. La guitarra, tanto en Perú como en Ecuador se vuelve a veces casi violín y otras, percusión.

Saliendo de la feria, un grafiti en la pared: "Ay, Karina, es por ti que hago lo que intento". Muy educado el muchacho. Entro a la iglesia de San Agustín. El cura está explicando el evangelio: "Hoy encontramos a Jesucristo en actitudes especiales". Y recuerda a los mercaderes del templo. Después le acerca el cáliz un sacristán que lleva una chaqueta marrón con alamares blancos en los hombros y cuando el cura recibe el cáliz, el sacristán inclina medio tronco. En una pared lateral, hay un panel, "El rostro de la sábana santa", que es un recuento de las heridas

que sufrió Cristo en la cruz. Aparece la cara de Cristo toda magullada y de ella salen flechas explicativas: "Ojo derecho, fuertemente golpeado, nariz hinchada y torcida, parte de la barba arrancada". Y suma y sigue. Mejor vamos a la calle. Un cartel: Óptica "El comisariato de los lentes". Y una librería: "El comisariato de los libros".

En el trole que me lleva al sur, muchos vendedores y promotores ambulantes, cualquiera sea la cosa que vendan, pidan o propaguen, todo tiene que ver con Jesús y la Biblia. Uno pide limosna porque está incapacitado para trabajar, recita un versículo de la biblia y dice que te devolverán lo que diste. Otro viene con una guitarra, cantando "Me enamoré de Jesús, cuando a los hombres hablaba". Y dos músicos de reguetón, que berrean recio aluden a Jesucristo porque están en contra de la delincuencia y dicen que a los delincuentes "el prójimo les importa un carajo".

### El hotel de Quito

Cuando espíe por el vidrio el pasillo del hotel de Quito me alegré. Parecía hermoso, con las paredes pintadas de colores suaves con flores y arabescos, pero al entrar sufrí un desconcierto, el dueño, encargado o responsable parecía no saber qué pito tocaba allí, hablaba en tono monocrorde sin ningún énfasis y lo secundaba un argentino de aspecto despierto que podría haber trabajado en un banco o ser estudiante en alguna universidad, él era voluntario, que quiere decir que trabajaba por la cama y la comida.

Cosa que decía el encargado o lo que fuera, el porteño la ejecutaba. Había una nena de unos cinco años que se manejaba con la autonomía de los chicos a los que se dan pocas indicaciones, si le hubiera preguntado al encargado o lo que fuera de quién era esa nena, me habría dicho que alguien la dejó por ahí. El argentino me trataba a prudente distancia. ¿Tendría algún pasado oscuro y se había refugiado en ese centro hippie? Mi animosidad contra ellos llegó al máximo cuando entré a la habitación. No había un armario para guardar la ropa, sólo tres perchas de distintos colores colgadas afuera, en la pared, tampoco había veladores y una luz pendía del centro de la habitación. Y en el techo había dibujos, como en el de la Capilla Sixtina. Jabón ellos daban cuando se acordaban y una vez salí a la calle sin bañarme porque el agua caliente la daban ellos desde su comando. Para el desayuno, una vez me dieron damascos absolutamente verdes. La mesa de desayuno estaba cubierta con un alegre mantel a franjas, era larga y parecía la mesa de una fiesta de casamiento campesino. Lamentablemente olvidé copiar todas las indicaciones que estaban pegadas en la puerta interior, pero recuerdo una: "En caso de incendio, no haga chistes".

Yo me iba para Otavalo al día siguiente y también olvidé en mi casa una bolsa verde que me gusta tanto, se frunce y se agranda como un zapallo. La guardo como recuerdo de la última vez que fui en primera (pagaron el pasaje los que me invitaban a un congreso). La bolsa es de un verde comestible y me hubiera servido para guardar las cosas que comprara en Otavalo. Me vi obligada a pedirle



al encargado o lo que fuera algún recipiente para no cargar con valija hasta allá y me cedió una mochila negra que agarré con precaución de la última tira.

### De Quito a Otavalo

El micro sale de la terminal Carcelén, donde termina la ciudad. El viaje es muy barato, un dólar y medio, para una hora y cuarenta minutos de duración. Entran los vendedores ambulantes; afuera, las nubes están más bajas que los cerros. Venden bizcochos, fritaditas calientitas y chile, cuando se van, alguien pone música para animar la vida. Una voz canta:

Para Inglaterra me voy,

Esto es Londres

Me voy a vacilar.

Y después cuenta que se va a bailar allá. Canción típica otavaleña, porque ellos se van a todos los lugares del mundo. ¿Qué ritmo es? Es mezcla de bachata, canción andina, es fusión, como lo es el espíritu otavaleño.

Y otra canción:

Dime qué hago, yo tengo otro y

Tú tienes a otra.

El micro es una animación constante. Cuando entra un charlatán que vende un producto, la radio se calla y empieza a tallar él, seguro, dispuesto a quedarse. Dice: "Cuando una persona ingresa a un lugar debe saludar y no quedarse calladito la boca". Luego saluda y explica todo lo que hace desde que se levanta. Muestra unos fármacos para combatir la halitosis. Dice: "La halitosis es la enfermedad del siglo XXI, está cobrando vidas, toda persona debería limpiarse el colon". Vende una crema para limpiar el colon y otra para el masaje prostático. Me cansé y lo haría callar, pero nadie se cansa, escuchan pacientemente y alguno le compra. Por la ventana veo un volcán, todo nevado, parece un helado. Recoge su dinero y dice: "Gracias, caballeros". Reaparece el volcán, firme, instalado, como diciendo "Aquí estoy yo". Y ya vamos entrando a Otavalo. Hay casas de dos plantas con escalera afuera, a la vista, son casas de tejas rojas, nuevas, color rojo sangre. Paró el ruido dentro del micro y sube una señora morena con sus dos nenas. Le pregunto qué se cultiva en esos campos y me dice "choclo, cebada, habas, maíz". Habla lo preciso. Está con ropa sencilla pero muy pulcra, las nenas con mochilas de la escuela. Ella va bordando una blusa blanca hermosa, de esas con flores en el escote. Le pregunto si la blusa es para vender y me dice que es para ella. Ella y las nenas silenciosas. Y pienso, al verla tan perseverante, tan precisa, que los serranos nos van a arrasar a todos los costños, a los del Río de la Plata, a los de Lima y a los de Río de Janeiro.

## Las calles de Otavalo

Cuando uno llega a Otavalo no se sabe si el pasado se hace presente o viceversa. Se ve gente con todas las variaciones de las vestimentas tradicionales, eso sí, cada uno lo entiende como quiere y se viste a su manera. La tradicional ortodoxa entre los varones es pantalón blanco que cubre la rodilla, camisa blanca, pelo largo con una trenza sobre la espalda. Sombrero, zapatos negros y poncho. Pero pocos van así. Van con vaquero y trenza larga sobre la espalda, camisas de cualquier color y trenza o una coleta. Lo de la trenza y el pelo largo de los otavaleños es un asunto serio: en el servicio militar, donde los rapan a todos, tienen el privilegio de conservar su trenza, porque es patrimonio nacional.

Las mujeres llevan también el pelo largo, suelto o recogido y en la cabeza pueden llevar un sombrero o la fachalina, un cuadrado chato de tela. Algunas llevan un pañuelo atado por atrás o nada, una blusa blanca con pollera negra que al caminar deja ver unos vivos blancos. Otras llevan blusas con flores bordadas en el escote, de tipo mexicano. Eso sí, llevan un calzado bastante uniforme, unas zapatillas negras con vivos blancos. Hay en el diseño de ese traje y esas zapatillas una vocación de correspondencia y de armonía, el traje blanco y negro de ellas se corresponde con el blanco de ellos, y las zapatillas con el vestido. Pasa una muchachita con su pollera larga y negra y su celular. El poncho es azul y la combinación de negro y azul es hermosa. Se destaca bien entre los cerros

brumosos. Hay algo de neto, de definido, en esa mezcla de azul y negro y en el porte de los otavaleños. ¿Cómo puedo distinguir quién es pobre y quién rico con tanta vestimenta regional? "Por la calidad de las telas", me dice el empleado del hotel, "las ricas llevan telas importadas y por lo que se echan encima. ¿Ve esa que está pasando ahora? Lleva por lo menos ochocientos dólares puestos en pulseras, collares."

Pasa una joven vestida de otavaleña rica, percibo la riqueza en su prestancia. Le hacen señas desde un auto conocido y se sube a él. Es una cuatro por cuatro. En una esquina, una señora chiquitita, toda de blanco con pollera larga, da de mamar a su bebé, ella lleva un sombrero adaptado al tamaño de su cabeza, ella es una miniatura como las reproducciones de indígenas sentados que se venden en el mercado.

Yo había estado en Otavalo ocho años atrás y lo que ha crecido ese pueblo no se puede creer. Cantidad de negocios de venta de celulares y objetos de computación, varios comercios muy bien puestos que venden electrodomésticos, oficinas de diversas aerolíneas, todas las calles centrales con semáforos, varios hoteles buenos, todo para un pueblo que apenas llega a los 40000 habitantes. Me alojo en el hotel "Indio Inn", sus propietarios son indígenas y tienen otra sucursal, muy bien atendido, con buen restaurante, está puesto y decorado con elegancia, los dueños son indígenas y los empleados, mestizos. No tienen ningún problema en ponerle el nombre "Indio" porque ya no es despectivo, es triunfante. Todos los

*Handwritten notes in Spanish:*  
"¿Por qué se llama Indio Inn?"  
"Porque ya no es despectivo, es triunfante."  
"Todos los indígenas..."

locales están adornados para Navidad y en ellos compra mucha gente, hay varios bancos, una terminal de micros con unas diez entradas para salir en distintas direcciones. Los carteles en las paredes de negocios están escritos en quechua y en castellano. Baños públicos es *ishpana uku*.

Tía Luz exportaciones

Pasajes aéreos, marítimos. LAN. TACA. United Airlines.

Frente al mercado, café SISA, con un letrero muy diseñado y colorido. Debajo, "Café, capuchino, artisan beer". Cerca, Academia de español "Mundo andino" y "Spanish classes".

En la esquina, un negocio de telas con diseños a cuál más lindo.

### El mercado de los ponchos

El mercado de Otavalo ocupa toda la plaza central, una amplia manzana llena de puestos donde se venden ponchos, chales, sombreros, dibujos y pinturas, instrumentos musicales, adornos de todo tipo, joyas. Los otavaleños se han destacado históricamente por ser hábiles artesanos y músicos. Bolívar usaba telas otavaleñas para confeccionar los uniformes de sus soldados y los auditores de la audiencia de Quito se vestían con telas fabricadas por los de Otavalo y a fines del siglo XIX, estas telas

recibieron un premio en la exposición de París. Pero no sólo son grandes artesanos, han sido grandes comerciantes desde siempre, porque trocaban sus tejidos por sal y por productos agrícolas con los de Quilca y los de Lita. El mercado está atendido por indígenas jóvenes y viejos. Son hábiles para vender, dejan revisar a gusto y no se mosquean si el mirón no compra. No son cargosos ni lastimeros. Como me ve comprando, se me acerca una viejita muy delgada y muy bajita, parece un duende. Me sonrío con complicidad, está pidiendo sin pedir. Le digo a un vendedor del mercado:

-¡Qué chiquitita!

Me dice:

-Ella ha sido siempre una niña.

De repente se ve a alguien corriendo para llevar una carga o un paquete de un lado a otro, como un chasqui de antes. Muchas de las que atienden el mercado llevan su traje típico, a una mujer le pregunto si lo usa siempre y me dice:

-Cuando me canso, me pongo el equipo de gimnasia.

Y la de al lado:

-No, pantalones yo sólo uso para limpiar la casa.

Pero me dicen que para un casamiento todo el mundo se pone el traje típico.

En el mercado hay puestos atendidos por extranjeros, vi un hippie con sus rastas y una chica con cara de holandesa. Empiezo a charlar con José, que atiende un puesto cercano al de los extranjeros, lo invito a tomar un café enfrente, acepta gustoso y me dice: "Yo hasta los

treinta años trabajaba en el telar de madera, hacía ponchos y tintoreamos negro y lacre, se compraba un polvo para tintorear, había que revolver cuatro horas, como comida. Ahora todo con máquinas, botamos telar, salí a vender a Uyaquil, conozco todo Uyaquil. Mi abuelo araba con bueyes y arado con iogo, criamos borregos, se hacía pan en horno de leña, un pan para durar un mes. No, carne no, se estaba pobre, el puerco se vendía. No había escuela en Otavalo, hice nocturna en Uyaquil”.

No se lamenta de su pobreza anterior, toma rápido su café y se va a vender. Recorro las calles cercanas al mercado. Carteles: “Otavalo Shopping Center”. Y otro: “Centro de Musicoterapia (masaje tradicional, amarramientos, golpeteos)”. Usan técnicas hindúes. Venden artesanías hechas en la zona pero también de todos lados, de México, de Colombia, ropa hindú. Están dispuestos a probar todo. Y en cuanto a las comidas, hay sándwich de higo, pizza con frutas.

### El museo y su guía

El Museo Otavalango funciona en un predio que fue fábrica de frazadas a partir de 1850 y antes una hacienda. La escritura de la hacienda está en el museo, es de 1820, de cuando Ecuador no se había separado todavía de Colombia y Venezuela. La fábrica de frazadas quebró hace unos veinticinco años y el gobierno de Correas dio créditos a los operarios para que trabajaran el lugar como museo. El guía,

exoperario, es indígena. Se llama René y tiene dos perros, la perrita se llama Asambleísta y el perro, Presidente. René es alegre, charlarán y entretenido. Me va mostrando las cosas del museo y responde a todos mis curiosos. Pasamos por un lugar donde hay trajes de casamiento, uno para el novio, otro para el padrino, hay también un látigo.

—¿Para qué era?

—Era porque si alguien quería separarse, o el hombre le pegaba a la mujer, el alcalde que los unió lo castiga con el látigo y lo baña con ortigas. Esto se practicaba hasta hace poco. Antes era así, a mi mamita la casó el alcalde, él veía una chica y un muchacho que le parecía que iban y ya. El abuelo le dijo a mamá: “Vas a casarte”. ¿Con quién?” El padre se lo señaló y ella se casó. Así era, nomás. Mi papá pegaba mucho a mamá, ella lloraba mucho, por eso a mi mujer nunca le pegué. Ella enseña quechua acá, en el museo. Cuando papá venía achumado, mamá nos escondía entre los maíces y mis hermanos mayores, entrando el tiempo, cuando papá le pegaba a mamá, le pegaban a él. Había un dicho antiguo: “Marido es, tienes que aguantar”.

En otra parte del museo hay una cama y arriba una estera. Dice René:

—Yó en mi casa tengo camas con estera, no uso colchón, y mis hijos, como yo. Ah, sí, sábanas, eso sí.

Suena el celular. Es su mujer, la atiende con mucha dulzura, como si fuera una enamorada reciente. René tiene un diente de oro. Vamos a la zona de las hierbas medicinales y me dice: “En la comunidad hay un sabio



que da medicina, el tataiacha, hace una radiografía del cuerpo con el cui, le saca todo el cuero al cui, que se empieza a morir, si tú estás enfermo del corazón el cui te marca la muerte”.

Después miramos la historia de los trajes, y le cuento los vestidos que vi y cómo llevan el pelo. Me dice:

—Ahora hay chicos hippies, *emos*, rockeros, les gusta el rock. Ahora los chicos se cortan el pelo porque quieren, antes le cortaban al ladrón para señalar. Cuando presté el servicio militar, el oficial dijo que nadie podía cortar el pelo a un otavaleño porque es patrimonio de la nación. Con mi hijo mayor pasó que tenía el pelo hasta la cintura y se lo cortó por el hombro, no le hablé por tres días.

(Hay un proyecto que considera cobrar multas a los peluqueros que corten el pelo a los otavaleños.) René reta a la perra Asambleísta que hizo pis en la alfombra y limpia rápidamente. Me dice:

—Yo soy el único que quedé acá, mis hermanos están en Europa, en República Dominicana y un primo vive en Australia, antes escribían cartas, ahora nos vemos por la computadora, yo me quedé acá para cuidar a mi mamá, yo a los dieciséis años fui a Bogotá y pasé tres años tejiendo y vendiendo, trabajé en la fábrica y después me puse a vender por toda Colombia, la conozco todita. Ahora mis hijos estudian en la universidad (lo dice con orgullo).

Lo requiere un hombre de aspecto severo y René le dice:

—Hola, compañero.

## La Universidad de Otavalo

A unas veinte cuadras del mercado central está la Universidad de Otavalo, muy bien construida, es privada y se paga por los estudios una cuota mensual alta. En una pared del patio central, este lema: “Libres y unidos en la diversidad”. Las carreras que se estudian son Abogacía, Turismo, Desarrollo Social y Cultural, Administración de Empresas, Diseño Industrial. Hay un restaurante muy pulcro, donde almuerza una muchacha con su traje tradicional, pero sin sombrero. De veinte chicos que entran a la universidad, uno es blanco, algunos mestizos, y la mayoría de acusados rasgos indígenas. Encaro a dos chicas, una con traje típico y la otra de remera y vaqueros, esta me dice que le interesa el ecoturismo. La chica del traje típico se llama Pacarina (amanecer) y estudia Turismo para que los turistas se interioricen de temas tales como la identidad otavaleña y la cultura. Ella pertenece a la comunidad. Pacarina parece un pajarito sonriente y despejado. Me dice: “Los mindalais son los primeros que salieron a vender por todo Ecuador, después fueron a vender a Colombia y Perú. Mi mamá y mi papá se especializan en tejidos de gorras. Mi esposo me apoya para que estudie y él ahora está haciendo el secundario. No, lamentablemente no hablo quechua, mis hermanos mayores, sí”.

Me animo y le pregunto a un muchacho, también de la comunidad, qué estudia. Me dice:

—Turismo, porque tenemos un natatorio.

Otra chica, de unos veinte años, me dice que estudia Administración de Empresas.

—¿Por qué?

—Porque quiero tener mi propia empresa.

—¿Cuál sería?

—Un banco —dijo lo más fresca.

Voy a la mesa de entradas para averiguar si hay algún profesor que me pueda contestar algunas cosas de mi interés. La empleada me dice, sin dudar:

—Para eso, el profesor Plutarco.

Pero el profesor está muy ocupado en ese momento presentando los treinta primeros títulos sobre la cultura de la zona, desde las crónicas de los primeros viajeros hasta lo que se escribe en nuestros días. En realidad lo que está haciendo es una presentación, los libros saldrán más tarde a la venta. Somos unas ocho personas (entre ellas hay una profesora alemana) y Plutarco, con gran entusiasmo nos habla de esa colección, los treinta libros que están lujosamente impresos, exhibidos en una mesa que está al fondo de una sala alfombrada donde predominan el rojo y el caoba. Y yo, que no suelo ir a las presentaciones de libros en Buenos Aires, estoy aquí, en esta presentación, haciendo méritos para que Plutarco me dé una entrevista. Me siento y pienso que ojalá termine pronto este acto, porque los asistentes, que desconocen el contenido de los libros, los hojean, entre prevenidos y demorados, sin saber mucho qué hacer con el libro entre manos. Pero Plutarco no se amilana por esas caras de circunstancia o lejanía, su entusiasmo por la colección vale por ocho.

Al día siguiente me recibe en su despacho, antes hay una salita de espera, otro señor espera a Plutarco para que lo reciba a la misma hora que a mí, pero no se produce esa irritación como la de los pacientes de un consultorio que tienen el mismo turno, porque vino un señor que dijo unas palabras de circunstancia: “Que ya viene, que pronto está, que la pase usted bien”. Todo dicho en tono de crispada cortesía. Cuando se fue, le dije al hombre que esperaba conmigo:

—Ese viene a ser como un ablandador.

—Algo así —me dijo riéndose.

El profesor me recibió a mí primero y me dijo que él era el fundador del Instituto de Antropología, que fue la base de la Universidad. Comienzo a preguntar:

—¿Desde qué fecha están los otavalos en Ecuador?

—Esta etnia es anterior a los incas. Hay registros de mil años antes de la llegada de los incas, estos los invaden en el siglo XV, ahí hubo una guerra de conquista muy dura, porque vencen a dos grandes grupos nativos, especie de reinos. La presencia de los incas introdujo fracturas culturales, se cree que acá hubo presencia de grupos mitimats, o sea, gente de otro lado que ellos introducían en el lugar. Esta es una primera fractura; la segunda es la llegada de los españoles, y la tercera, la época de las guerras de la independencia, llegan tropas de todos lados, de Argentina, de Chile, forman familias, se mestizan. La cuarta fractura o apertura se da desde hace unos cuarenta años, con los viajes de los otavaleños al exterior, donde toman lo que necesitan de otros lugares o culturas.

—¿Cómo se da el equilibrio entre identidad y absorción de distintas culturas?

—Su propia condición mercantil hace que en su contacto con el mundo externo utilicen tecnología de punta, es parte de su negocio. Esto marca la diferencia con otros indígenas que por sus ocupaciones no tienen necesidad de usar tecnología. Esta es una etnia que ha sufrido cambios y se ha adaptado a ellos. En el siglo XIX se vendían haciendas con personas incluídas, esto generó esclavitud económica, cuando se alfabetizaron, lo hicieron con la firme conciencia de salir de la dependencia del blanco, o sea, aprender a leer, a escribir y a contar para no dejarse engañar.

—En esta sociedad hay clases sociales. ¿Cómo se distinguen?

—Hay estratificación económica que se ha acentuado en los últimos treinta años, donde hay un grupo de indígenas que está por encima de los mestizos. Esto se refleja en la tenencia de propiedades, casas, negocios, autos de alta gama son propiedades de los indígenas. El rasgo que caracteriza a los otavaleños es su capacidad de venta, hay evidencias arqueológicas de la existencia de mercados y luego, el testimonio de los cronistas que han visitado la zona.

—Ayer hubo protesta en el mercado porque parece que el municipio quiere hacer una especie de *shopping* cerrado que sería competencia.

—Si ellos hubieran llegado a la conclusión de que deberían tener un negocio cerrado, ya lo habrían hecho. Los colonizados no son los otavaleños, son los gobernantes que

vieron en otro país o población un *mall*, les pareció una cosa bonita que vieron en el viaje y la quieren aplicar acá.

—En el mercado venden productos de la zona pero también artesanías y telas colombianas, peruanas, hasta hindúes...

—Sí, ya sé, están poniendo el grito en el cielo porque venden cosas de otros lados. ¿Cuál es el problema? Saben perfectamente a quién le tienen que vender cada cosa —y añade—: Esta es una sociedad rural, con cultura rural, donde de las ocupaciones más importantes fueron los oficios y la agricultura. Los jóvenes se sienten avergonzados de sus abuelos artesanos y agricultores. Es necesario recuperar el sentido de la ruralidad.

—Cuando salí, estaba esperando para ser recibido por el profesor Plutarco el hombre que tenía el mismo horario de atención que yo. No parecía impaciente ni disgustado.

### La profesora Carmen Chuquin

Entre las alumnas con su traje típico veo a una señora de más edad, también con su vestido blanco y negro, largo hasta el suelo, el pelo semicano recogido y pensé: “Tiene la mirada ática”. Así hablaba Aristófanes de los intelectuales atenienses. Es una mirada que no se posa en lo inmediato sino en lo que se está por hacer o en lo que pasó antes. Es una mirada preocupada. “Debe ser profesora”, pensé y la llamé:

—¿Señora, señora!

Se detuvo. Efectivamente era profesora, no me podía recibir ese día porque tenía que revisar unos *papers* para el día siguiente. Ella enseña quechua e inglés, es lingüista y profesora de tiempo completo. Tiene un despacho de buen tamaño y le pregunto por los carteles que me llamaron la atención en la calle y en la universidad.

—El sector de aulas tiene un cartel, *Yachachina uku*, ¿qué significa?

—*Uku* quiere decir sitio cerrado. Sería “lugar donde se enseña algo”.

—En el sector de investigación leí: *Taripay pushak*.

—*Taripay* es un neologismo, *pushak* viene de *pushama*, el que conduce, el que guía.

—En el centro he visto un cartel “Fundación *Sinchi Sachá*”.

—*Sinchi* es energía, trabajo fuerte. *Sacha*, monte. Sería: trabajo para gente valiente, que se atreve.

—Y en un negocio del centro, “*Chasqui Nam Travel*”.

—Los chasquis, en este caso vendedores viajeros, han salido de Otavalo para Colombia, de ahí a Panamá y luego a Estados Unidos. Por razones de comercio, el indígena actual suele escaparse hacia el inglés. Hay que recordar que nuestra lengua, el quechua, es oral. La escritura de la misma fue muy posterior.

—El uso del diminutivo, en todo Ecuador, ¿a qué se debe?

—Nace de la cultura indígena. Se dice “por favorcito”. Responde al respeto hacia la otra persona. El uso del diminutivo se mantiene más en las personas que no han estudiado, los que han estudiado, tienen un lenguaje más

directo. Del diminutivo se cree que en su origen fue un estilo de lenguaje de la realeza indígena.

—Leí en las listas expuestas en la vidriera algunos apellidos de alumnos. Ejemplo: Amaguaña. Nombre: Ajavic, y también, Curi Sunaj.

—Ellos son de grupos étnicos de seis siglos atrás.

—¿Qué nombres están poniendo a los chicos que nacen ahora?

—Bueno, algunos históricos, como Atahualpa, Pacha. Nosotros a un ahijado le pusimos Cuni Raia (dios indígena). Lamentablemente, también les ponen nombres ingleses.

—¿Las generaciones jóvenes hablan quechua?

—Algunos sí. Yo trabajé en Estados Unidos, en la Universidad de Illinois, y llevé para allá a una persona de Otavalo para que le enseñara quechua a mi hija.

—Se observa acá y en Quito una actitud más grupal, más coral. En cualquier institución se ve a diversas personas conciliando, dialogando.

—El origen de esa conducta es la minga (trabajo colectivo obligatorio) que era grupal.

—Y también observé, acá y en Quito que de repente alguien lleva cosas de un lado a otro de una carretera.

—En el mundo indígena existe la idea de que lo que se hace rápido se hace mejor.

—En el centro vi un cartel en un negocio: “Se necesita muchacha indígena para vender en el interior”. A mí la empleada me dijo que era por el lenguaje, que en el interior hay gente que habla sólo quechua.



—No, no es por el lenguaje. Es que es más fácil relacionarse con personas de la misma etnia. La relación con el mestizo es más lejana. Pero (*se ríe*) yo tengo marido y empleada mestizos. No es el caso de mi marido, pero en la casa indígena, la mujer administra el dinero, en los matrimonios mestizos, suele administrarlo el hombre.

—¿Algo para añadir?

—Acá en Otavalo hay profesionales e intelectuales indígenas: abogados, médicos, arquitectos, lingüistas, antropólogos. La profesora Carmen Chuquin tuvo la gentileza de contarme su historia personal. Nació en el monte, fue pastora de ovejas y hasta los ocho años habló solamente en quechua, en su casa sabían lo mínimo de castellano, apenas como para comprar en el almacén; cuando ella iba, aprendió de memoria "Véndeme sal". Iba diciendo eso todo el camino para no olvidarse. Aprendió castellano en una escuela de monjas colombianas, una profesora mestiza le dijo reiteradas veces que tenía que seguir estudiando. Dice: "Mi madre me llevó de las manos al secundario". En el secundario le dieron una beca de una institución que se llama Misión Andina y como tenía excelentes notas fue a la Universidad Católica y de ahí a Estados Unidos, a la Universidad de Illinois.

### Un exportador

Yo quería saber cómo aprendieron a exportar los otavaleños. No hay duda de que fabrican cosas hermosas y

tienen instinto vendedor, pero sacar productos del país es todo un arte. Pregunté a la gente del mercado con quién podría hablar. Me indicaron una dirección a media cuadra de la plaza, la del Cabildo Quechua. Preside el cabildo el señor Raúl Amaguaña Lema, comerciante. Es directo, sin preámbulos, su vestimenta es correcta, pantalón y camisa, pero es como si tratara de pasar desapercibido.

—¿Cómo es que empiezan a vender por todo el país y los vecinos?

—Esto comienza a mediados del siglo pasado, se recorre el país, se va a Colombia y Venezuela. Mi padre, que era comerciante, hace treinta años salió con mercadería para Venezuela, llevaba artesanías, no reunía los requisitos para exportar y le sacaron todo en la aduana, entonces se tuvo que quedar trabajando dos años fuera de casa en una fábrica de tejidos, hasta pagar la deuda. No, no hubo franquicias, cada persona se hacía cargo de su negocio.

—¿Cómo llegan a Estados Unidos?

—Se subió a Panamá, México y luego los Estados Unidos, se llevan artesanías y se hacen contactos de ferias, allá deben viajar muy lejos, tengo hermanos en Chicago y en Nueva York, nos comunicamos por internet.

—¿Qué llevó a esta comunidad a ser autogestiva?

—Viene de muchísimo tiempo atrás, y se trasmite de generación en generación el ojo para producir y el ojo para vender.

—También son grandes músicos...

—Sí, y adoptan la música de los lugares que recorren, hacen fusión con flamenco y reggae, acoplan en sus repertorios

música peruana, boliviana, chilena. Hablando de músicos ahora debemos repatriar a dos músicos, que han fallecido en Rusia, en un accidente de auto; cuando mueren allá, la idea es traer el cuerpo a la comunidad.

—¿Cuántos sectores sociales hay?

—Bueno, los ricos tienen varias casas, puede ser en Quito o fuera del país.

—¿Usted tiene casa en Quito?

—No, mucha polución. La clase media tiene coche, vivienda propia y manda a su hijo al secundario. Pobre es quien no tiene una vivienda y apenas le alcanza para su subsistencia.

—Cuénteme de los jóvenes y sus modas.

—Últimamente los jóvenes se cortan el pelo con las nuevas modas, hay hippies, *emos*. Pero las carreras que siguen, no lo hacen por modas (Relaciones Internacionales, Turismo). Van a tener un nivel alto de preparación y tendrán empresas grandes.

—¿Qué hacen sus hijos y qué quiere para ellos?

—Tengo tres, de veintinueve, la chica de veintitrés y una de once. Mi hijo está gestando un emprendimiento de fabricación de calzado con rasgos autóctonos. La chica de veintitrés estudia Desarrollo Social y Cultural. De mi hijo desearía que fuera un empresario responsable y generoso, que dé puestos de trabajo.

—Y con tantos viajes y cambios de lugar de residencia, ¿no se pierde un poco la noción de pertenencia, de identidad?

—Bueno, la identidad no es algo dado de una vez por todas, la identidad se construye, podríamos decir que es móvil.

—Y viajando se aprende, de alguna manera le cambia la vida a la gente.

—Yo he viajado bastante, he estado en Nueva York, Chicago, en Berlín, Colonia. Eso por trabajo. Pero hace siete años, he viajado para conocer, en moto, he ido por Latinoamérica, Ecuador, Perú, Machu Picchu, Bolivia, Chile, todo eso en moto. Lo que más me gustó es el Machu Picchu y las Salinas del norte de Chile, viajando por el desierto uno se siente en otro planeta.

Sonríe, mira su reloj, y terminamos la entrevista.

### De Otavalo a Quito

Me vuelvo a Quito en la misma línea de ómnibus que tomé a la ida. Agarro el bolso que me prestó el encargado del hotel de Quito con precaución, como si tuviera una enfermedad contagiosa. No bien llegué en un taxi a la terminal, vi unos hombres gritando: "¡Quito, Quito!". Me cazaron del taxi y me metieron en el micro. En el micro pienso en el hotel pintarrajeado de Quito, tan distinto al de Otavalo, allí me quedaría a vivir. Las habitaciones daban a un patio central, muy amplio, como si uno viviera en una casa que da a la calle, ese patio tenía mesas afuera, era un lugar para descansar y para leer. Las paredes laterales estaban decoradas con cuadros y tapices del lugar, todo en colores, con el blanco resaltando, eran los picos nevados. En el restaurante servían el dulce en copa, y todo eso me gustaba.

Ya en Quito, me dijeron en el hotel que me habían cambiado de habitación, pero que la nueva todavía no estaba hecha. A la calle. Me fui a la feria del libro para ver si encontraba algún material sobre Otavalo y su gente. Encontré lo que buscaba y cuando vuelvo al hotel, cuando me ven, se ponen a arreglar mi habitación. Una señora hace la cama y le da instrucciones al voluntario de Mar del Plata para que la secunde. Ese hotel es un laboratorio. Vuelvo a la plaza grande, que es como llaman a la plaza central para leer el libro. Su autor es un antropólogo español, David Atienza de Frutos, que ha estudiado a esa etnia en Otavalo y en España. Pero no sólo lo ha hecho él, hay numerosos estudios y tesis doctorales de antropólogos norteamericanos sobre la conducta viajera y la prosperidad de los de Otavalo. Su pregunta básica es: ¿pueden mantener la identidad indígena en medio de la diáspora migratoria? Su conclusión es interesante: si bien los de Otavalo viajan para mejorar su situación económica, el viaje tiene algo de iniciático, de rito de pasaje al estado adulto, pero a la vez se da una paradoja, para ser aceptado por el grupo como adulto tiene que diferenciarse, ya que su viaje y los resultados del mismo implican un recorrido peculiar. Tomo de ese libro dos anécdotas significativas. Dice el investigador:

Le pregunté a Leonardo: "¿Tú qué prefieres, ¿una novia mestiza o una indígena?"

—Hay indígenas muy bonitas pero prefiero las mestizas.

—¿Por qué?

—Las indígenas más bonitas tienen mucha plata y no podría casarme con ellas.

Leonardo le cuenta al investigador que no se iba a casar por la iglesia, sólo por el civil. Le dice:

—Entonces, Leonardo, estás perdiendo muchas de tus tradiciones.

—Si una tradición te hace infeliz es mejor abandonarla.

Son gente práctica, han sentado plaza en España, por el idioma y porque es la llave para entrar a Europa, los otavalesos son el grupo migratorio más numeroso de España. No sólo están en Madrid y Barcelona, también en Sevilla, Murcia y Valencia. Cuando en Europa hay restricciones para entrar, entran por los países de Europa del Este y a veces con pasaportes bolivianos. Muchos en España se hacen evangelistas. Ya en España o en cualquier lugar de Europa se establecen diferencias entre los que tienen papeles en regla y los que no. Se establece una relación de superioridad por la cual a veces el padre debe obedecer al hijo o el hermano mayor al menor. Esto da lugar a situaciones de resentimiento y competencia. Así como son de flexibles para vender cosas de todos lados, lo son para los rituales o restos de rituales que conservan, algunos de ellos peruanos, y son sus intelectuales los que los ponen en circulación. Pero una práctica que se mantiene es el exorcismo de la envidia.

Parece que muchos quechuaotavaleños sueñan con alcanzar algún día un Estado quechua que abarque toda la región andina, y que tendría su centro en Otavalo. Es muy posible que lo logren.

## LOS GUAJIROS

Agradezco al señor Weildler Guerra, antropólogo colombiano de origen wayuu (guajiro) por haberme regalado un hermoso libro de su autoría *El mar cimarrón* donde trabaja temas tan interesantes como la clasificación de los animales y toda una serie de concepciones del mundo y la vida de los guajiros. También le agradezco el regalo de *Antología Wayuu* que es una compilación de cuentos, reportajes, poesías y estudios sobre el mundo de los guajiros. Ellos son los que habitan en las costas de Colombia y Venezuela, en terrenos semiáridos. Vienen de los arawak, de la selva del Amazonas. Según un censo de 1992, había en los dos países 297 000 personas de esa etnia, que se dedica a la ganadería y la pesca. Según el escritor Ramón Illán Bacca, de Barranquilla:

Resistieron a los españoles antes que los criollos, fueron de las pocas tribus que sobrevivieron a las matanzas porque ni había minas; en sus comienzos eran nómades y tuvieron contacto con los piratas ingleses y franceses que los armaron contra los españoles. Así que conocieron las armas de fuego mucho antes que otros indígenas latinoamericanos y también el whisky. Tuvieron mucho



comercio con Curaçao y Aruba, a Riohacha llegaron muchos judíos sefardíes y también árabes. Cuando se dio el auge del contrabando y de las bandas de narcos, muchos sicarios eran wayuu, los elegían por su aptitud para tirar (se mandaba mucha marihuana para Estados Unidos). En el siglo XX llegaron los capuchinos, educaron a los muchachos para choferes y a las jóvenes para sirvientas. Los guajiros no se sienten ni colombianos ni venezolanos, ellos son wayuu, de ahí que no consideren el contrabando un pecado mortal.

Según otra fuente, en la segunda mitad del siglo XX llegaron los evangelistas y los llenaron de culpas: el contrabando era una cosa mala, así como también comprar una mujer.

En la antología wayuu aparecen personajes de la vida comunitaria guajira como el palabrero, especie de mediador de conflictos, la relación de los hombres con los animales (se supone que los animales tienen clanes, como los humanos) y hay muy interesantes relatos de descendientes de guajiros que estudiaron, fueron a la universidad y cuentan su adaptación a la vida de ciudad, con otras normas, otro idioma y otra forma de pensar. Algunos de ellos son mezcla de guajiro y extranjero pero con mucha frecuencia después del periplo universitario, desean volver a su tierra para registrar hechos y costumbres guajiras. También se cuenta el caso del que primero no se adapta al mundo de los blancos y luego no se adapta al rancharío. No es ni de acá ni de allá. Y está también la

actitud abierta, valiente, del que no llora sobre el pasado y se dispone a incorporar cosas de todos lados, como una escritora que dice: "Yo no escribo para los wayuu, escribo para todo el mundo".

### Una forma de pensar

En la cosmovisión wayuu, cada animal, cada ser tiene alma, a diferencia del pastor cristiano que está por encima de su oveja, la lucha entre un pescador y su presa viene a ser de igual a igual. Y así como los wayuu tienen clanes, unos más prestigiosos socialmente que otros en función generalmente de su riqueza, los animales tienen clanes, por ejemplo, la tortuga pertenece a un clan prestigioso, no así un pez que pertenece a un clan pobre y oscuro. Y como todos provenimos de un clan animal, muchas veces los hombres aparecen como animales castigados. A la pregunta ¿por qué no entendemos a los animales?, el mito responde: es que unos guajiros comían de unos sembrados sin permiso y Lyonta, la hechicera, los castigó picándoles las fibras que sostienen la lengua. Desde entonces los animales dejaron de hablar con palabras claras como los hombres. Los animales serían entonces objeto de un maleficio, hombres encubiertos que en cualquier momento, si alguna divinidad lo decide, podría hacerle el beneficio de hablar con palabras.

Es un mundo percibido en constante transformación. En otro mito, un joven muere castigado por un dios

por no saber guardar un secreto. Su padre, que lo quería mucho guardó su corazón; de ahí nació el cardenal. Hay una asociación por color. La pregunta sería: ¿dónde está el rojo? (Y nosotros clasificamos por formas, en la clasificación de las hojas decimos, hojas festoneadas, hojas dentadas.) Otra pregunta que se hacían es: ¿dónde están los dientes? En la vagina dentada, mito inspirado en alguien que temía a una mujer y... En los dientes de los tiburones. O sea, la vagina dentada y los dientes del tiburón entran en la categoría de lo temible, el cardenal, pájaro prestigioso y el corazón del muchacho, de lo que-rible. Un ejemplo de transformaciones bruscas se da en un cuento de Ramón Paz Ipuana. Unas jóvenes estaban oliendo unas flores (los olores son importantes). Influenciadas por los olores tuvieron relaciones entre ellas y los olores de exquisitos pasaron a hediondos.

El tejido está asociado a cosas buenas, las muchachas que no quieren tejer se transforman en vampiros. Lo malo está asociado a lo feo, las que no quieren tejer tienen mal aliento y, en el caso de las jóvenes que se relacionan entre ellas, el olor de las flores se vincula a un acto reprochable. Para explicar por qué la cabeza de las tunas y la de los conejos se parecen, en el momento de flechar, las tunas se transformaron en conejos. Aparece la caza como acto eficaz de transformación: los cactus al dispararles se transformaron en puercospines (espinas).

Un mito que debe ser relativamente reciente es el de las muchachas que fuman y ríen, se transforman en animales de caza. Y acá aparece el deseo.

Dice el compilador de la antología, Juan Duchesne-Winter:

En la pareja guajira el hombre y la mujer son enemigos potenciales, porque pertenecen a clanes con intereses frecuentemente contradictorios (...). Estamos ante un pensamiento relacional que entrelaza oposiciones sin reducirlas nunca a una dicotomía maniquea ni a una síntesis armoniosa definitiva.

O sea, lucha y cambio permanente de los elementos.

### La tortuga

La tortuga es vista como un animal prestigioso, ac-tualmente son valoradas en los restaurantes y hay inter-medarios para su venta. En 2004, W. Guerra hace una entrevista a pescadores guajiros y dice:

La tortuga verde está emparentada con la vaca por su forma y su valor económico. Y su valor estético. (Es considerada como muy linda.) (...) Las tortugas tie-nen un jefe tradicional, de tamaño pequeño, su lavala, literalmente el tío de ella, de caparazón dura y carácter arisco (...). La tortuga es considerada por el mito como ascendiente de un clan prestigioso. Un cangrejo es la nodriza de las tortugas chicas; las traslada al mar, para ponerlas a salvo de las gaviotas.

En la mitología las tortugas se enamoran de los pescadores y les coquetean sumergiéndose en el agua y saliendo. Las mujeres tienen celos de las tortugas y les dicen a los maridos que no vayan al mar.

### La clasificación de los animales

W. Guerra acaba de publicar *El mar cimarrón* (los wayuu llaman cimarrón al mar bravo, lejano, desconocido). Este libro trata de la peculiar forma en que los guajiros ven a los animales, antes y ahora. Ya sabemos que las clasificaciones son azarosas pero la de los guajiros, al centrarse en otro aspecto de lo real, nos remite a los criterios que usamos para nuestras clasificaciones. Ellos como nosotros forman familias de animales, pero de modo distinto, con un criterio más sociológico, digamos. Por ejemplo los flamencos que son blancos y rosados, otros, son considerados animales blancos (*alijunas*). El hombre blanco y el flamenco pertenecen a lo blanco. El color tiene importancia como criterio; el mero rojo tiene el mismo nombre que una piedra rojiza.

Diversas clases de tortuga corresponden a distintas clases sociales, la tortuga verde es la aristócrata de las tortugas. También clasifican por belleza: las gallinas finas y las langostas son equivalentes en su aspecto. Y los peces y el escorpión que no les resultan agradables de ver son nombrados de la misma forma que un cian desaparecido de wayuu a los que consideraban inferiores.

Como los wayuu vienen de la selva, al hacerse pescadores les pusieron a los animales del mar los nombres de los que conocían en la selva, el pulpo y el mono tienen el mismo nombre. Al pulpo le dicen "mico del mar" porque los dos son movedizos. También clasifican en hijos y caminadores, hijos la tortuga y el mero, caminadores el caracol, el calamar y otros. A los caminadores los consideran animales sin casa. A los animales sin casa que van en multitud, los llaman "veloriantes", porque para los funerales los wayuu van en manada de un lado a otro. Nos parece curioso que se adjudiquen clases sociales a los animales, pero entre nosotros, a las flores chiquitas silvestres, de forma igual a la de las margaritas, jamás las asociamos con sus hermanas más grandes, despectivamente les decimos "flor de bicho colorado", con desprecio, poniéndolas en otro rango. Y en cuanto a algo que nos puede resultar insólito, nombrar a los bichos del mar con el nombre de los de la selva, ¿acaso los franceses no nombraron a la papa (desconocida en Europa, llevada de América) *pomme de terre*, manzana, que sí conocían, pero de tierra?

### El palabrero

Según la mitología, el palabrero es un pájaro. En una poesía de José Angel Fernández Silva Wuliana:

Son ellos los últimos

En despedir a la aurora

Son ellos los conjuradores de la palabra

Son ellos los portadores de himnos,

Son ellos, los pájaros.

En el mundo real, el palabrero ha sido hasta hace poco el encargado de mediar, por persuasión, entre los clanes en disputa. Hay muchas clases de palabrerías, están los que se dedican a asuntos graves, como crímenes o robos importantes, otros se ocupan del precio de la novia y están los que se los llama por temas menores, por ejemplo, una mujer descuidada en sus tareas domésticas.

No sólo hay distintas clases de palabrero según el asunto abordado, también importa la personalidad del mismo, algunos agravan los problemas creando más irritación. Otros no son claros en sus expresiones, no se les entiende bien. El palabrero lleva un bastón que es multituoso: sirve para hacer inscripciones en la tierra como recurso mnemotécnico para fijar los argumentos ya usados; sirve también para espantar a los perros cuando él llega a la rancharía, y para dar un palazo, si es necesario, para calmar a los locos o personas sin juicio. El palabrero es pacificador, siempre aconseja pagar y no pelear. Uno dice: "Es bueno poder pagar, pelear no es bueno". Otro palabrero cuenta que durante una mediación, una parte pedía una indemnización que a la otra parte le parecía elevada, esto se tradujo en una sonrisa irónica por parte del que debía pagar y debió pagar por ese gesto de disconformidad. Otro palabrero, Eduardo Suárez, voló a Quito y cuenta: "Llevé conmigo este mi palo. Un policía

en el aeropuerto me quitó el palo, me dijo: '¿Qué vas a hacer con esta metralleta, vas acaso a matar al piloto?'. Cuando faltaban cinco minutos para tomar el avión, me dijo: 'Tome, señor, su bastón, disculpe.'"

Su hijo, Luro Suárez, es docente en un internado indígena de la Guajira. Es poeta y representa mitos y escenas teatralizadas en la comunidad wayuu.

### Indemnización o retribución

Todo derramamiento de sangre debe ser indemnizado, por ejemplo, el padre de un recién nacido debe pagar a la rama materna por la sangre vertida en el parto y si mientras juegan dos chicos uno le hace una herida a otro, debe indemnizar a la familia porque se derramó sangre, una maledicencia o insulto se compensa también con dinero. Es una cultura donde todo se paga. En uno de los cuentos de la antología una mujer casada se va con un camionero y deja a su marido, el argumento principal cuando duda si se va o no es: "Cómo haré esto, han pagado por mí".

Como muchos wayuu se volvieron ricos por el auge del comercio y existía la esclavitud por deudas, muchos ricos esclavizaron a wayuus pobres, haciéndolos trabajar para ellos, bajo excusa de ofensas o insultos. En el hermoso cuento de Vicenta María Siosi Pino un personaje quiere agradecer a otro y dice: "Cómo podré pagarle a ella esta alegría, puede ser con los collares, pero están tan altos..."



La práctica del resarcimiento parecería tener subyacente la idea de un equilibrio cósmico. En la recolección de frutos del mar las mujeres deben ser medidas, si no, pueden ser fecundadas por haber pescado de más. Y los animales se vengan de los hombres que pescan o cazan en exceso.

Los pagos matrimoniales y las compensaciones por peleas se siguen usando.

### El encierro

El encierro ritual de la joven durante su primera menstruación se usa en muchas comunidades indígenas de América Latina, entre ellas, la de los chané del norte de la Argentina, que vienen de los arawak, como los guajiros. Aquí también existió hasta hace poco esta práctica, en la que se sube a la joven a un chinchorro, debe comer ciertos alimentos y privarse de otros, custodiada. La duración del aislamiento es variable, puede llegar a los tres años. Olga Redondo cuenta que en el encierro pueden cuidar a la púber tíos de ambos sexos, a ella la vigila un tío materno. Dice: "A una la bajan como a las dos de la mañana para hacer necesidades, no se puede suspirar fuerte. Todas las pertenencias que eran de uno en la pubertad se las quitan totalmente, le cortan el cabello mochito, mochito (...), le prohíben a uno comer comida con sal, con azúcar (...). Este encierro puede durar de tres meses a tres años (...), a uno le dan consejos (...) que aunque un joven silbe a una

muchacha recién desarrollada no haga caso. A las muchachas que no vivieron el encierro, se las llama venado, si se las aconseja no prestan atención (...). Son ariscas, son brinconas (...), se van al monte".

Olga Redondo es maestra y asesora de programas de educación wayuu. En un reportaje cuenta la novelesca historia de su padre, mitad wayuu, mitad blanco, que fue raptado por su padre pero luego buscó a su madre y se propuso aprender la cultura wayuu, lo hizo y por ello Olga vivió el encierro. Esterilia Simanca escribió una novela *Soy el venado*. Dice: "Se considera como venados a las mujeres wayuu porque los venados no se dejan agarrar, son rebeldes y eternamente infantiles". Otro de sus cuentos es "Encierro de una pequeña doncella". Ella vive y trabaja en un atelier de Riohacha. Publica en internet, tiene un blog, es abogada. Cuenta que ella no pasó el encierro y cuando les contó a los wayuu el cuento del encierro, que estaba escrito en primera persona, le dijeron: "Si tú no pasaste el encierro, ¿con permiso de quién hablas?".

### Nuevas generaciones

En la actualidad existen muchos escritores de origen wayuu que han egresado de la universidad como literatos, sociólogos, antropólogos. La mayoría escribe en castellano y vuelve recurrentemente a los caseríos para encontrar testimonios directos. Vicenta Siosi Pino es

mezcla de italiano con wayuu y cuenta el proceso de adaptación de una nena guajira al ir a trabajar a una casa *alijuna* (de blancos). Su madre la coloca allí para trabajar, la nena rompe un jarrón y la madre vuelve para pagar por él pero no para llevársela, pese a los ruegos. Una vez que creció y es valorada por los dueños de casa, la madre quiere que vuelva con ella, pero la joven no quiere ir con los suyos. Cuando fue de visita a su casa, no se hallaba, se cayó del chinchorro, extrañaba la falta de luz eléctrica porque no podía ver televisión, etc. Pero no se adapta a ningún lado. Dice: "Tengo confusión de sentimientos, creo mía esta casa ajena y de mi Guajira indomable no tengo recuerdos ya". Cuando vuelve a la casa de la ciudad, como el perro ensució la terraza de la vecina, esta le gritó: "¡India desgracia y desnaturalizál!".

No es de aquí ni es de allá. El cuento se llama: "Esa horrible costumbre de alejarme de ti".

Actualmente los wayuu aprecian la ropa y las zapatillas de marca, usan anteojos de sol, hacen tiros al aire en cualquier acontecimiento como nacimiento, casamiento, son muy hábiles tiradores y, como ya dije, muchos de ellos fueron elegidos por los narcos como guardias de seguridad. Tienen grandes aptitudes para la tecnología, fabrican señales para internet donde no las hay y también han fabricado submarinos artesanales para llevar marihuana a Estados Unidos. Ahora el tráfico está más controlado. Muchos han muerto en esa empresa.

El notable cuento de Miguel Ángel Jusayú, "Ni era vaca ni era caballo", remite al aprendizaje de lo mecánico:

un pastorcito ve en la sabana un ser que lo llena de pavor, ni era vaca ni era caballo, hacía un ruido raro y avanzaba a mucha velocidad. Lleno de pavor, cree que es Yoluja, una divinidad de intenciones dudosas con la que lo habían asustado, o un animal desconocido. Se dice: "Por suerte no me ha olido". Finalmente aprende lo que es un camión, se hace camionero y no se aparta nunca de su vehículo, al que confundió con un animal y le inspiró temor.

Ahora los wayuu practican tiro al blanco, manejan flotas de camiones hacia Venezuela. Y acá hay algo interesante, al considerarse como pueblo guajiro preexistente a la formación de los Estados nacionales de Colombia y Venezuela, no consideran el pasaje de mercadería entre los dos países como contrabando, algo a lo que están habituados. El contrabando tiene un encanto particular para ellos; en un cuento se habla del "dulce olor del contrabando". (Me llamó la atención la referencia constante a los olores, en un cuento una mujer que se casa con un *alijuna*, no lo quiere demasiado pero sí le gusta su olor.)

Aparece con frecuencia en los cuentos y en las entrevistas a escritores el tema de los viajes y de los descubrimientos hechos en estos. Vuelven a la casa con artefactos de uso desconocido y un personaje dice de los que viven en casas urbanas: "Allá son ricos, hasta la mierda tiene casa".

Otro, al que lo llevaron a la ciudad a tener relaciones sexuales con prostitutas se le ocurre la idea de enseñarles a las mujeres del poblado lo que ha vivido. Un cuento

notable es el de Estercilia Simanca Pushaima, "Manifiesta no saber firmar. Nacido: 31 de diciembre". Cuando los inscribían en el registro civil, como los del clan Pushaima eran muchos, les ponían a todos la misma fecha de nacimiento. Ella de chica creía que todos habían nacido el mismo día y soñaba con hacer una gran fiesta de cumpleaños, también soñaba con enseñarles a escribir a todos, pero dada la dificultad, se resignó a enseñarle a escribir a su abuelo... que se dormía mientras aprendía.

En una especie de automanifestación dice: "Este último trabajo me representa como el venado que camina hoy por el territorio de los antepasados" (venado era la chica que no era encerrada durante su primera menstruación y se convertía en discípula y desobediente). Dice: "Si hubiera pasado por el hermoso ritual del encierro, seguramente mi voz y mis letras fueran otras. Hubiera aprendido a quedarme callada cuando correspondiera, porque nosotros no sabemos pedir perdón como los blancos cuando ofendemos. Nosotros pagamos por cada ofensa causada y cobramos por las recibidas".

Con ese sistema de que todo se paga, entre los guajiros, ser rico no es un deseo vago, es casi una necesidad. Como decía un palabrero al miembro de un clan que quería pelear: "No es bueno ser valentón ni peleador, es bueno poder pagar". Porque este sistema ha contribuido a la esclavitud entre ellos mismos. Si una ofensa se debe pagar y el ofensor es pobre, su deuda se paga con trabajo... esclavo. Seguramente más de un rico ha aprovechado la

situación para hacerse insultar a propósito. Antonio López cuenta lo siguiente: "Un indio de esta familia Ulewana asesinó a uno de mis sobrinos y se fue a Venezuela. Ellos son de baja clase y nosotros de alta categoría. Un muerto nuestro vale por un millar de ellos".

Pasan la frontera con bienes, y algunas veces, con personas que transportan para trabajo esclavo.

Pagan coima a los aduaneros. En Bogotá, un sinónimo de coima es mermelada.

Pero no quiero terminar esta crónica refiriéndome al contrabando. Hojeando la antología wayuu como un I Ching, aparecen poemas a cuál más lindo. Uno de José Ángel Fernández Silva Wuliana dice:

¡Doncella del alma mía! ¡Doncella lacustre!

Extiéndeme tus manos desde la otra orilla del río padre

Doncella danzarina bajo el cielo matinal

Extiéndeme tu dulce mirada y apura tus pasos al son  
de tus senos

Así se espantarán los fantasmas del día

Como crustáceos entre raíces de mangle.

## ÍNDICE

Prólogo .....	7
Dos ciudades y un río .....	11
El Obrador .....	41
Yo no sabía .....	49
Chacu .....	59
Tucumán .....	73
En el Chaco salteño .....	99
Cuestión de pertenecer .....	117
La selva de Lima .....	125
Ecuador: Quito y Otavalo .....	141
Los guajiros .....	169